UNA HISTORIA
DE LA SERIE
FUEGO EN EL HIELO

Aventura PELIGROSA

SLAYERS HOCKEY

MIRA LYN KELLY
AUTORA BEST SELLER DEL *USA TODAY*

AVENTURA PELIGROSA

A SLAYERS HOCKEY ROMANCE

SERIE FUEGO EN EL HIELO
LIBRO 2

MIRA LYN KELLY

Traducido por
DAISY SERVICES FOR AUTHORS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Otras Obras de Mira Lyn Kelly
Acerca del Autor

Copyright © 2020, 2025 por Mira Lyn Kelly
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o físico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.
Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.
Aventura Peligrosa

Traducción: Daisy Services for Authors

1

Quinn - La temporada pasada

Se acabó. No más aventurillas de una noche.

Una vez terminé en una cama, esposado sin llave y, meses después, todavía no lo he superado.

Eliminando el último gif, esta vez cortesía de la esposa del gerente general, miro con furia la máquina expendedora del hospital y el vaso de papel lleno de café precariamente equilibrado. Esto va a doler.

Agacharme para agarrar el vaso ya es bastante malo, pero volver a enderezarme me hace sudar frío. Todo me duele. Mis nudillos están hinchados y amoratados. Siento el hombro como si alguien hubiera intentado sacarme el brazo de la articulación. Y mis rodillas, maldita sea, muchachas, lo siento.

Qué mierdero.

Sabíamos que entrar en este juego sería duro. Incluso sin la rivalidad con otro equipo como la que enfrentamos esta noche con los *Epics*, el hockey es un deporte bastante exigente físicamente. No entras a la pista sin comprender que existen riesgos inherentes al juego. Pero Dios, no es como que sea una pelea de gladiadores en el Coliseo Romano.

Ahora tenemos a dos de nuestros mejores jugadores en el hospital, y el *cara de mierda* del otro equipo que comenzó todo está siendo cosido al otro lado de la ciudad. Es el tipo de noche que me hace envidiar a los jugadores que tienen a alguien con quien ir a casa. Alguien real. Alguien en quien confíen para escuchar cómo se estropearon las cosas.

Sí, tener a alguien sería bueno ahora mismo.

Pero aun así… *no más aventurillas.*

Tomo aire y doblo la esquina hacia la sala de espera semiprivada donde Greg Baxter, el capitán de mi equipo, me envió un mensaje

diciendo que su hermana se estaba volviendo loca. Lo que no mencionó es que no está sola.

Mierda.

El café está lo suficientemente caliente como para derretir la piel de mis dedos y se derrama mientras olvido cómo caminar, cada célula de mi cuerpo se sintoniza con la pelirroja que tiene una mano suave en el brazo de Nat.

Lleva el cabello corto con ondas que se derraman alrededor de su rostro. Y *esa cara*. Juro que mi corazón acaba de saltarse un latido. Mis pies se mueven más rápido. Es como si no pudiera ver el resto de ella lo suficientemente rápido.

No es tan alta como Nat, pero apuesto mis huevos a que es una atleta. Hay algo en la postura, tranquila y alerta. Lleva una camiseta de Foo Fighters que le queda perfecta, y sus pantalones tipo cargo insinúan piernas fuertes y un trasero fenomenal.

Sus brazos y rostro están cubiertos de pálidas pecas, y sus labios son carnosos y anchos. Todavía no puedo ver sus ojos, pero con cada paso más cerca sé que estoy a punto de hacerlo. Quiero. Necesito verla.

El jodido tiempo se ralentiza y siento cada pesado latido de mi corazón. Una sonrisa que no puedo explicar empieza a tirar de mis labios.

Y luego lo tengo: contacto visual.

Esos ojos miel se encuentran con los míos, y algo que se parece mucho a un reconocimiento me golpea con la fuerza de un defensor de cien kilos. Nunca he visto a esta chica antes. La forma en que sus ojos brillan me dice que esa extraña sensación de algo no es unilateral.

Sus labios se separan y espero la sonrisa que responda a la mía.

Este es el momento del que les hablaremos a nuestros nietos. Una mirada y lo sé.

Vaya.

Eso no es una sonrisa. De hecho, ese pequeño y exuberante labio se ha convertido en una línea plana tan poco acogedora como todo lo que he visto antes. Y esos ojos de corazón y alma de repente son duros como la piedra, entrecerrándose rápidamente.

Natalie se da cuenta de mí entonces y asiento, entregando el café mientras ordeno mi mierda y trato de no mirar boquiabierto a la chica cuya mirada de enojada prácticamente me está desafiando a participar.

Hospital, idiota.

Estoy aquí por Nat.

Sólo que hay algo en esta chica es tan intenso que no puedo relajarme. Así que le ofrezco mi mano.

—Hola, soy Quinn O'Brian. Creo que no nos conocemos.

Ella no la acepta, sino que levanta una ceja y pregunta—: ¿Seguro que lo recordarías si lo hubiéramos hecho? —Su voz es ronca y baja, acariciando suavemente la parte posterior de mi cerebro, como si de alguna manera hubiera logrado rascar una picazón difícil de alcanzar. Pero luego sus palabras se registran, y lo entiendo.

Mierda. Ella ya sabe quién soy. Y no sólo cosas del hockey.

—La reputación es tan mala, ¿eh? —pregunto, frotándome el cuello con una sonrisa tímida.

Sé que lo es. He visto las revistas. Las encuestas. Las chicas soltando la boca sobre cada jugador de los *Chicago Slayers* que se han anotado y la frecuencia con la que aparece mi nombre. Nunca me había molestado antes.

¿Ahora?

Quiero decirle que todo lo que ha oído no es verdad. Que es exagerado… pero estaría mintiendo. Y antes de que pueda pensar en una broma o incluso pensar en preguntarle su nombre, ella le dice a Nat que tiene que hacer una llamada para que su familia no se preocupe.

Ella es *ese* tipo de chica.

Me hace sonreír porque me gusta, incluso sabiendo que es ese tipo de chica significa que está aún más fuera de mi alcance que hace diez segundos.

La veo irse y luego me giro hacia Natalie, que es la razón por la que estoy aquí. No le preguntaré por su amiga esta noche. Demonios, con la forma en que esa chica me miró, toda indignación, no debería preguntar por ella.

Pero maldita sea, sé que lo haré.



George

Increíble.

Agachándome en una esquina, presiono mi espalda contra la pared y respiro entrecortadamente tras otra hasta que las manchas detrás de mis ojos finalmente se aclaran, junto con cualquier pensamiento díscolo sobre un jugador de hockey *Slayers* que necesita una cama en la sala de emergencias.

No puedo creerlo. Después de todos estos años.

Quinn O'Brian.

Delante de mí. Sonriéndome de esa manera. La que puso mi barriga en caída libre la primera vez que lo vi. La que me dejó sin aliento. Y luego, menos de un día después, me dejó humillada. Devastada. Desarrollando fantasías sobre la ira que derramaría sobre él si alguna vez lo volviera a ver.

Bueno, al final la ira no fue tanta. Mis rodillas apenas me sostienen cuando miro hacia arriba para encontrar esos estúpidos ojos verde mar centelleando hacia mí como un héroe de Disney que ha cobrado vida.

Esos estúpidos ojos.

Estúpidos hombros anchos y músculos firmes.

Estúpido cabello rubio arena erizado como si una chica hubiera tenido sus manos en él durante la última hora.

Y esa arrogancia.

Exhalando un suspiro, niego con la cabeza.

Ni siquiera me reconoció. Aunque por qué alguna vez pensé que podría hacerlo está fuera de mi entendimiento. Seis años después y todavía estoy leyendo más sobre esa noche que nunca. Más en esas miradas profundas y caricias lentas. Más en esas tiernas palabras que resultaron ser mentiras.

Y maldita sea, eso no debería doler.

No debería avergonzarme. Pero así es exactamente como me siento.

Me avergüenza haberme permitido creer que había una posibilidad de que este imbécil recordara a una chica de las vacaciones de hace seis años. Que tal vez incluso habría llegado a arrepentirse de lo sucedido. Pero aparentemente no.

Bueno, ahora lo sé.

Empujándome de la pared, me enderezo. Estiro mi cuello y sacudo las manos, obligándome a seguir con mi vida.

Quinn O'Brian no merece que vuelva a pensar en él.

2

George - Postemporada

—¿Y sabes qué más? —digo, señalando con mi cerveza a Natalie Baxter y su cuñada, Cammy Wesley—. No hay forma de que un chico se vea tan descuidadamente sexy *en la naturaleza*. No me sorprendería si algún asistente personal lo llevara a dar un paseo en un armario antes de que se filme su segmento y luego deje que maquillaje lo trabaje también.

Estamos teniendo una noche de chicas en el bar Belfast. Los *Slayers* acaban de terminar la primera ronda de los playoffs, lo que le da a Nat una noche libre de preocuparse por su novio, Vaughn, y su hermano, Greg.

Cammy entrecierra los ojos, mirando de mí a Nat, quien le da un pequeño movimiento de cabeza, como si tal vez me estuviera volviendo loca otra vez. Pero no lo estoy.

Mordiéndose el labio, Cammy mueve sus dedos alrededor.

—Entonces, ¿estás diciendo que tuvo relaciones sexuales con dos personas diferentes antes de visitar a esa niña enferma en el hospital?

—No lo dejaría pasar. —Inclino mi cerveza para otro trago, tratando de apagar el fuego que ha estado ardiendo dentro de mí desde la noche en el hospital la primavera pasada. Pero no funciona como esperaba.

Este tipo es como un mal sarpullido. Después de manejar todos estos años sin un solo encuentro, de repente está en todas partes, y gracias a la relación de Nat y Vaughn y al hecho de que Quinn resulta ser uno de los amigos de Vaughn, nuestros círculos parecen haberse cruzado en una superposición que no va a desaparecer.

—Está bien, en serio —interviene Nat, revolviendo una papa frita en catsup—. ¿Cuál es tu problema con este tipo? Quiero decir, sé que tiene sus momentos, pero por lo que dice todo el mundo, en realidad es muy buena persona.

¿Buena persona?

Cammy asiente, sus rizos rubios rozan sus hombros.

—Sí, Julia dice que él no es muy exigente con todo el asunto de quién, qué, cuándo o dónde, y digo, ella me dijo que no saliera con él ni nada, pero nunca escuché a nadie decir nada *malo* sobre él… excepto tú. Entonces, ¿qué es?

Las puntas de mis orejas arden y de repente no tengo puedo hacer contacto visual con ellas. Incluso la hermana de Cammy piensa que él está bien, y Julia Baxter sabe todo lo que sucede detrás de escena del mundo de los deportes. ¿Cómo este tipo tiene a todos cegados?

El Belfast está lleno, es la hora pico después del trabajo, pero nadie que conozcamos se dirige a la mesa para salvarme de la mirada amable y expectante en los ojos de Nat. O el golpe de nudillos más impaciente de Cammy sobre la mesa, indicando que mi tiempo se ha acabado.

Trago saliva y les doy a mis amigas un tibio encogimiento de hombros mientras estudio la etiqueta de mi cuello.

—Conozco a alguien que se enganchó con él en la universidad. Él… esto… él le hizo una mala jugada. Fue bastante jodido.

—¿Universidad? —pregunta Nat, y puedo sentir esos ojos azules clavados en mí. Siento el calor empujando mis mejillas.

—Sí, pero ella no estaba en Wisconsin con nosotras.

Ella asiente.

Cammy toma un trago de su té helado y luego mueve la cabeza.

—Está bien, sabes que no soy fanática de los imbéciles que usan chicas y luego las tiran. —Teniendo en cuenta que es una madre soltera unos años más joven que nosotros con un hijo que tuvo en su adolescencia, probablemente sea un eufemismo—. Pero eso fue ¿cuánto, hace cuatro años?

—Seis —corrijo en voz baja, sabiendo a dónde va y no queriendo escucharlo, incluso si es posible que tenga razón.

—Seis años. Así que piensa en cuánto has cambiado en seis años. ¿Quizás O'Brian también ha cambiado algo? —Luego, como ella es una de las buenas, agrega—: Pero si es importante para ti, puedo odiarlo.

Riendo, niego con la cabeza.

—Agradezco la muestra de solidaridad, pero tienes razón. —La parte razonablemente reticente de mí, la que normalmente está a cargo, lo sabe. Lo ha sabido desde aquella primera noche en el hospital—. Es posible que haya cambiado. Pero, de cualquier manera, estás fuera de peligro. Si voy a guardar rencor, lo haré por mi cuenta.

Tomando otro trago de mi cerveza, me pregunto si es posible que deje ir el resentimiento que he tenido hacia Quinn todos estos años. Aceptar que podría no ser la misma persona que era en México. Si tal vez podría estar lista para dejar el pasado atrás.

El teléfono de Nat se enciende y ella palidece, mostrándole la pantalla a Cammy, quien gime.

—¿Qué? —Sólo entonces lo siento. El ambiente cambia. Ruido de cuerpos y aumento de voces hacia el frente del bar.

Y lo sé.

Nat se muerde el labio.

—Lo siento mucho. Le dije a Vaughn que vendríamos al Belfast, pero no aclaré que era cosa de chicas.

Puedo sentir que mi ojo comienza a contraerse mientras me giro hacia donde tres delanteros de los *Slayers* están abriéndose paso entre la multitud.

Vaughn Vassar está a la cabeza, seguido por Doug Shore y el estúpido y sexy Quinn O'Brian, quien probablemente sólo está en la parte trasera porque se detuvo para recibir una mamada en el callejón.

Dios, lo odio.

Odio lo anchos que son sus hombros y cómo su boca parece estar enganchada en esta media sonrisa, como si siempre estuviera listo para soltar una carcajada. Y odio cómo una vez que los chicos ponen una mesa vacía junto a la nuestra, automáticamente se desliza en la silla junto a la mía.

Odio recordar cómo fue sentarme a su lado ese primer día y ese tirón invisible en mi vientre cuando sus ojos se encontraron con los míos. Cuánto me dolía cerrar la distancia entre nosotros.

—Esto no es solo esta noche, Georgie… Es real. Dime que tú también lo sientes.

—¿Me estás gruñendo? —me pregunta en voz baja, con esa media sonrisa ganchuda tirando hacia la cosa real.

¿Por qué este chico es tan feliz?

Debería revolcarse sobre un pozo de culpa y desprecio.

—No.

Se inclina más cerca, emitiendo un *ruidillo* cerca de mi oído que resuena a través de mí.

—Creo que sí. Una chica tan bonita. —Él se sienta—. Me gusta.

—No me importa si te gusta. —Sueno como una niñata, y el hecho de que él me haya llevado a eso se agrega a la lista cada vez mayor de cosas que odio de él.

—Así también. —El tipo realmente ronronea, lanzándome una mirada que podría derretirle las bragas a cualquiera.

A todas menos a mí. Nunca más.



Quinn

Desde la primera noche en el hospital, supe que esta chica me odiaba.

La lógica dicta que la deje ir, que me aleje. Encuentra alguna chica ansiosa que se muera por tener mis atenciones por un rato. Pero aparentemente la lógica abandonó el edificio la noche que conocí a George.

Y no es que sea uno de esos tipos que disfrutan siendo abusados o que nunca he sido capaz de alejarme de un desafío. Lo he hecho. Muchas veces. Pero el desafío que ofrece *esta chica* no se parece a nada que haya sentido antes. Y la quiero.

Lo que significa que tomaré cualquier tipo de atención que pueda obtener.

He intentado hablar con ella. Intenté ser sociable y mirarla como una amiga en lugar de como la chica que me muero por probar. Pero cualquier rencor que esté alimentando es demasiado grande, y cada interés decente, respetuoso y legítimo que muestro en ella como ser humano hace que desconfíe aún más de mí.

Ser agradable no genera resultados.

¿Pero qué puede hacerlo? Dándole lo que ella espera. Un tipo que no es más que un juego. Y hola, la atención negativa es mejor que ninguna atención.

Así que me he convertido en un niño pequeño. O un idiota total. Probablemente lo último. Pero diablos, si me provoca uno de esos ceños fruncidos que chisporrotea y quema o el sabor de esa lengua afilada… entonces que así sea. Estoy dentro.

—Así que *Georgeous*, ¿qué hay de bueno aquí… además de ti?

Dough suelta una carcajada desde mi otro lado, pero mi atención está puesta sobre George.

Su cabeza gira, sus ojos ardiendo como las brasas del infierno. Mucho calor.

—¿*Cómo* acabas de llamarme?

Mierda.

—Hermosa en inglés. Sí, bueno, si el zapato te queda bien. Choca y quema, hombre. Choca y quema. No debería haberlo dicho en voz alta, pero cada vez que la veo, se me pasa por la cabeza. Incluso si ese no fue totalmente intencional.

—¿Hablas en serio?

Sólo sobre ella.

—No, he estado aquí antes. Todo es bueno —digo, alcanzando el pequeño menú del bar encajado contra la pared junto a ella. No tocar, porque eso sería una mierda. Pero un primer plano sin obstrucciones del brazo que la he pillado mirando fijamente una o dos veces, ¿por qué no?

Efectivamente, sus ojos se nublan un poco mientras me demoro unos segundos más de lo necesario. Y cuando finalmente me mira, le *guiño* un ojo.

—Dios, te odio —murmura, lo suficientemente claro para que yo lo escuche, pero probablemente no para el resto de la mesa.

—¿Seguro? —pregunto, recostándome—. Porque parece que te podría gustar. Aunque sea un poco.

Ella deja escapar esta media risa que me hace doler físicamente por escuchar la cosa real.

—Caramba, O'Brian, ¿nadie te advirtió que te vas a ahogar como Narciso si sigues inflando tu ego de esa manera?

—Podrías inflarlo por mí. —Estoy realmente avergonzado de mí mismo. Simplemente no lo suficiente como para parar.

—Ni en un millón de años.

—Vaya, movimiento audaz lanzando el guante de esa manera —La provoco.

Sus ojos vuelven a los míos. Cabreada. Curiosa. Hermosa. *Atrapada en el juego*.

—Quiero decir, considerando cómo operan los tipos como yo y todo eso.

Fría como la piedra, ella responde—: Explícate.

—Nos lanzamos desafíos. No puedo ignorarlos. Todo el mundo sabe esto. Así que ahora me pregunto si te *gusta* la idea de que te persiga, tal vez más de lo que quieres admitir.

Maldita sea, estoy jodido. Y estoy seguro de que uno de mis compañeros de equipo tendrá algo que decir. Pero esto es lo más parecido a una conversación que hemos tenido.

Estoy esperando su próxima broma, anticipando el brillo en sus ojos mientras me manda a la lona. Pero cuando me mira, es como si me estuviera dejando ver algo real por primera vez. Algo que no está tan lleno de sarcasmo… Me detengo en seco y me dan ganas de extender la mano y tomar la suya. Preguntarle si me dejaría encontrar un lugar donde pudiéramos hablar. Hablar de verdad, por una vez.

Pero luego ella simplemente se aleja.

—No.

Y siento que he perdido algo que ni siquiera puedo describir.

Dios, ¿qué me pasa con esta chica?

3

Quinn - Pretemporada

Estamos a la mitad del campamento de entrenamiento, y mi mente está en lo rápido que ese novato salió al hielo hoy. Cómo puede estar a la altura. En este momento, lo tengo vencido, pero es más joven, con espacio para crecer. Regresando de la ducha, me dejo caer en el banco al lado de Vassar. Tiene la cabeza en su teléfono, probablemente enviando mensajes de amor a su chica, Nat.

Jugamos en Detroit mañana por la noche y me pregunto si llevará a George al partido.

Levanto mi teléfono, pero el único mensaje que tengo es de mi madre preguntándome qué pienso sobre esta última *oportunidad de inversión única en la vida* que mi hermano ha estado presentando.

Exhalando un suspiro uniforme, envío un mensaje rápido: **No lo hagas**.

Tendré que llamarla más tarde. Explicarle los aspectos legales de por qué mi asesor financiero me advirtió que no invirtiera, y hacerle saber que le di a Pat algo de dinero para el alquiler y la comida, ya que él ya había invertido todo lo que tenía en este plan.

Me enoja que se diera la vuelta y fuera con mamá, pero en serio, debería haber sabido que lo haría.

—¿Cuál es el problema, O'Brian? ¿Tu pene se está pudriendo o algo así? —Baxter ladra, asustándome mientras camina con Rux pisándole los talones.

—¿Qué mierda? —Toso, agarrando mi paquete, mi paquete perfecto, limpio y viril, gracias, a través de la toalla colgada alrededor de mi cintura.

Apartándose el cabello de la cara, Rux le lanza una mirada de incredulidad a su amigo y murmura—: ¿Amigo?

Baxter se vuelve hacia él y se encoge de hombros. Como si las palabras que acaba de lanzar para que el maldito universo juegue

con ellas sean del tipo que escuchas todos los días.

—¿Qué? Hemos hablado de esto.

—¿Hablamos de *qué*? —Está bien, y estoy seguro de que mi voz se quebró como si la pubertad estuviera a punto de llegar.

—Sobre *facilitarlo*. —Rux hace un movimiento de mano—. Hubo media docena de escenarios por los que este tío dejó de compartir su pene como no hubiera mañana, ¿y *ese es* el que lideras?

—¿Muchachos? —Me ahogo.

Ese imbécil de Vassar ya está con la cabeza metida en el teléfono. De repente, es todo oídos y… supongo que es una sonrisa. Con él, puede ser difícil saberlo.

Baxter está sacudiendo la cabeza.

—Sí, pero ese es el que me preocuparía, ¿no?

Rux me lanza una mirada compasiva y me alborota el cabello.

—A nadie le preocupa que tu pene se pudra. —Hace una pausa, en el medio—. ¿No lo está, cierto?

—Mi pene está *bien*. —Está limpio. Prístino. Inmaculado… salvo algunas posibles irritaciones cortesía de un sueño particularmente vívido sobre mi pelirroja esta mañana.

Estábamos en una playa, el viento soplando su cabello alrededor de su rostro. Y ella fue…

—¿Ves? —Rux le dice a Baxter y a los otros seis muchachos que ahora están parados para ver el espectáculo. Entonces de vuelta a mí—. Entonces, ¿qué pasa con esto de que no te estás acostando con cualquier escoba con falda? ¿Tienes una chica?

Una me viene a la mente, pero ella no es mi chica. No importa lo mucho que quisiera que ella lo sea.

—No.

Popov levanta su barbilla hacia mí, extendiendo una sonrisa torcida.

—¿Tienes un chico?

Estoy a punto de decir que no a eso también, pero luego Rux echa la cabeza hacia atrás y gime antes de volverse hacia él.

—Poppy, suficiente. Incluso si O'Brian se balancea de esa manera, la respuesta es no. —Él se gira hacia mí, con una ceja

levantada—. ¿Te gustan los chicos? Porque el hermano de Poppy es un imbécil de clase mundial, pero tengo un amigo…

Dios.

—Gracias por la oferta, pero no. ¿Y por qué estás hablando de mi polla?

Esta vez es Vassar interviene—: Se dice que no te has acostado con una chica en meses y están tratando de averiguar si es porque contrajiste una ETS o comenzaste a ver a alguien.

Rux sujeta una mano en mi hombro.

—A tu capitán le importa lo que te pase, hombre. A todos nos importa. —Su sonrisa se vuelve plana, y estoy seguro de que esto es lo que se siente al estar alineado frente a Rux para recibir un puck porque la mirada que me está dando dice que no está jugando—. Entonces, ¿qué está pasando?

Vassar se levanta del banco y se dirige hacia las duchas.

—Está colgado de la amiga de Natalie.

Me quedo boquiabierto ante su forma en retirada. Y pensando cuánto tiempo guardé *su* maldito secreto.

La mano en mi hombro se convierte en un puñal.

—¿Está hablando de Cammy?

Ahora tengo a Baxter y Rux mirándome como si estuvieran a punto de desarmarme. Cammy es la cuñada de Baxter, así que tiene sentido, pero ¿Rux?

—No, hombre. —Su agarre se afloja.

—¿George Bowen? —Rux pregunta con menos intensidad.

—¿George? *Te gustan* los chicos. Mi hermano no es idiota…

—Guárdalo, hombre. George es una chica. —Rux vuelve a mirar a Baxter—. ¿Es el diminutivo de?

Y esto me interesa.

—Mierda, Nat me dijo una vez. Es como, Georgia o algo así. Pero en serio, la conozco desde que eran estudiantes de primer año, y nunca escuché a nadie llamarla de otra manera que no fuera George. Algo sobre sus hermanos…

Él se rompe. Luego, frotándose la boca con la mano, habla con Rux. Quien mueve la cabeza y se encoge de hombros.

Dios, estos dos tienen toda esa cosa de conexión psíquica dentro y fuera del hielo.

—Sabes que tiene como cuatro hermanos, ¿verdad? —pregunta Greg, con un brillo en los ojos.

No lo sabía, pero puedo verlo.

—Bueno. ¿Estás diciendo que van a tener problemas conmigo?

—¿Ellos? De ninguna manera. Pero estaba pensando en todos los amigos de Nat que anotan estado de hermana sustituta con el equipo, elegiste la que menos me preocupa. George puede cuidarse sola. Esos hermanos suyos son idiotas, pero una mirada y están corriendo para salvar sus vidas. Así que… —Se encoge de hombros y sonríe—. Estás jodido, hombre.



George

—Oye, George, el inventario dice que tenemos más tubos de veintiséis pulgadas, pero no puedo encontrarlos.

Miro a mi hermano menor, Gary, y me pregunto, no por primera vez, cómo pudo literalmente crecer en esta tienda, trabajar aquí desde que tenía doce años y aún no tener idea de dónde está la mitad de nuestro inventario o cómo manejarlo. El tío no tiene ni idea de cómo reparar una bicicleta.

A los veinte años, Gary es el bebé de la familia y el que más se parece a mí: tiene el mismo cabello rojo brillante, ojos miel y pecas. Pero no podríamos ser más diferentes cuando se trata de motivación y sentido. Y ese diente que estaba perdiendo, pero no se atrevía y finalmente decidió vivir sin él.

Si no fuera mi hermano, ya lo habría despedido más de seis veces. Pero, aunque he estado administrando *The Bike Shop* durante cuatro años y tengo toda la intención de tomar el control algún día, por ahora, mi papá todavía se encarga de la contratación y el despido de los miembros de la familia.

Limpiándome la grasa de las manos con el trapo que tengo en el bolsillo trasero, le hago señas para que me siga hasta el pasillo trasero y hasta nuestra bodega en el sótano.

—¿Sabes cuál necesitas? —pregunto, señalando los estantes en la pared del fondo.

—Si, lo tengo. —Me da una sonrisa desdentada que me hace frotar la parte superior de su cabeza como un cachorro—. Gracias, George.

En las escaleras, mi teléfono se enciende con una llamada de Nat. Deslizándome por el vidrio con telarañas, respondo—: Sí, todavía estoy planeando ir al partido esta noche y no, no he decidido sobre el *Five Hole* después.

Ella se ríe a través de la línea.

—Vamos, será divertido. No tenemos que quedarnos mucho tiempo, pero Rux siempre está tan emocionado cuando vuelven al

hielo que probablemente estará bailando *break dance* en la trastienda. No querrás perdértelo.

—¿Vienen Cammy y Margo? —pregunto, volviendo a la tienda para ver a mi segundo hermano menor, Ross, ayudando a un cliente en el mostrador. Él puede manejar esto, así que me dejo caer en la silla junto a mi ordenador portátil.

—Matty tiene fiebre, así que Cammy no va a ir. Y Margo tiene una cena con un cliente. Vamos. No me dejes colgada.

No estoy segura de que dejarla con su súper atento novio después de su juego constituya dejarla colgada, pero si ella quiere que vaya, entonces lo haré.



La pretemporada no es tan intensa como temporada en sí misma, pero el partido de esta noche es genial y una victoria es emocionante, sin importar cómo se mire. Y cuando Nat me pide que vaya al *Five Hole* después, estoy demasiado emocionada para resistirme.

Durante años dejé que mi miedo de encontrarme con Quinn me impidiera asistir a los partidos o aceptar las invitaciones de Nat cuando estaba con su hermano o con los muchachos del equipo. Y qué desperdicio. Porque me *encanta* el hockey. Me encanta jugarlo. Me encanta verlo. Me encanta celebrarlo con personas que comparten mis sentimientos.

Acercándome a la barra, encuentro espacio más pequeño. Lo suficiente para señalar al cantinero y pedirle cuatro cervezas. El chico a mi izquierda hace señas para pedir sus tragos y, abandonando su lugar, me deja mirando un par de ojos verde mar demasiado familiares.

Quinn. Lo que me faltaba.

Sus labios se dividen en una sonrisa irritante que apesta a sinceridad y tiene cada músculo de mi columna tensándose. No nos hemos visto desde aquella noche en el Belfast cuando bajé la guardia y le mostré a este tipo más de lo que pretendía. Intento con

todas mis fuerzas mantenerlo alejado, pero esa noche, de repente, todo en lo que puedo pensar es en cómo fue en México. Cómo desde el primer segundo en que nos encontramos en el puesto de helados hasta el último momento en que me dejó en mi puerta, parecía tan sincero, tan genuino.

Incluso pensando en ello ahora, sabiendo lo que pasó, siento el eco de mi corazón acelerado y el aleteo de una mariposa en mi vientre. Y por un momento, todo lo que quiero hacer es preguntarle al tipo que pensé que era cómo pude estar tan equivocada. Preguntarle por qué no pudo haber sido real. Porque de alguna manera ese tipo que en realidad nunca existió se siente como una de las mayores pérdidas de mi vida.

Y esa es quizás la peor parte de esto. Cada vez que Quinn me mira como lo está haciendo ahora, veo a ese tipo. Y tengo que recordarme a mí misma, no importa cuán real se sienta… no lo es.

Sabe que no quiero hablar con él. Pero en lugar de solo ser genial y mostrarme su barbilla o fingir interés en su teléfono, se desliza hacia el espacio abierto entre nosotros.

Espero a que me pregunte qué pienso de su juego, pero en lugar de eso, apoya los antebrazos en la barra y dice—: Entonces, una tienda de bicicletas, ¿eh?

—Sip. —El pop de esa P y mi desprecio están destinados a señalar el final de la conversación.

Pero este tipo no se rinde.

—Vaughn dice que estás loca por el ciclismo. Y creo que eso es genial. No hay suficientes personas en el mundo que puedan hacer lo que aman.

No debería mirar. No debería darle la satisfacción. Pero no puedo evitarlo. Mi cabeza gira lentamente alrededor hasta que lo miro fijamente, buscando alguna señal de que sabe lo que está haciendo.

Pero no hay nada. O es el mejor farsante del planeta o Quinn O'Brian realmente no recuerda que haya tenido casi exactamente esta misma conversación conmigo antes. Y cuando digo casi, me refiero a que la primera vez que me preguntó qué planeaba hacer después de la universidad, estaba ansiosa por responder, por

involucrarme con su perorata sobre las personas que hacen lo que aman.

Lo que pasó entonces no debería importar. Al igual que lo que sea que esté buscando ahora tampoco debería hacerlo. Pero todavía estoy enojada, porque *duele*. Me duele pensar que durante seis años y medio he estado tratando de dejar atrás esa noche, cuando ni siquiera es una señal en su radar.

—Mira, no sé cuál es tu problema, O'Brian, pero no estoy interesada. He tratado de ser obvia al respecto, asegurándome de no ser amable… Pero o no lo entiendes o crees que yo no lo entiendo. De cualquier manera, retrocede.

Allí. Espero la sensación de alivio que debería venir al decirle a este chico que me deje en paz. Pero no es así.

De hecho, esa leve mueca que deja, la que debería ser la cosa más satisfactoria que reventar las bolitas del plástico de burbujas, me hace sentir *mal*. Culpable. Incluso después de lo que hizo, soy la que tiene algo por lo que sentirse mal. Vaya mierda.

Quinn asiente, toma el par de cervezas que ordenó y se aleja de la barra. Una vez más, espero el alivio. De nuevo, no llega.

Pero antes de que pueda pensar demasiado en ello, él está de vuelta, con el ceño fruncido y esos ojos verde mar tan tormentosos como nunca los he visto.

—Mira, sé que no te caigo bien. Y no estoy presionando por algo que no está ahí. Pero pensé que podríamos ser amigos. Ya sabes, ya que *nuestros amigos son amigos*.

Esa punzada de culpa que he estado experimentando es incinerada por la rabia al rojo vivo que hierve dentro de mí. *¿Amigos?* Después de todo lo que hizo, ¿está tratando de ser amigo?

—¿Hablas en serio?

Pero incluso antes de que me responda, lo veo.

Este tipo es absolutamente serio.

No tiene idea de por qué he sido una perra tan monumental. No tengo idea de por qué estoy usando un soplete para quemar cada rama de olivo que extiende.

Y como si Quinn O'Brian no me hubiera hecho sentir lo suficientemente mal… Ahora me siento aún peor.

—No importa. Olvídalo.

Pago las cervezas y las llevo de regreso a la mesa donde Nat está sentada en el regazo de Vaughn, charlando con Popov y Vsev sobre el equipo femenino que ella entrena. Felicito a los muchachos por el partido, dejo las botellas, miro el asiento vacío que me espera y luego al otro lado de la barra hacia donde Quinn está hablando con un par de fanáticos en ropa de los *Slayers*, sus ojos todavía en mí.

He tenido suficiente.

—Odio despedirme, pero estoy cansada. Ustedes tomen esto y los veré por ahí.

4

Quinn

Cuando Vassar me dijo a dónde se dirigía esta noche, me sorprendió mucho saber que así es como le gusta pasar su tiempo libre. El chico no es exactamente de los que sientan cabeza, por lo que los niños no parecen encajar de forma natural. Pero luego va y hace esa cosa espeluznante en la que esboza una sonrisa que es principalmente un mito y una leyenda, y tengo que venir.

Me alegro de haberlo hecho, porque ver las caras de estos niños iluminarse cuando salimos al hielo con ellos es como un bálsamo para mi alma. No hay equipos de cámara. Nadie gritando instrucciones sobre el ajuste de la iluminación o ladrando sobre el calendario. Se trata de los niños y el deporte que aman y de ser parte de algo mágico.

Acabamos de terminar de repartir los regalos patrocinados por los *Slayers* a nuestros pequeños fanáticos y estoy dejando las bolsas vacías detrás del banco cuando un pequeño rugido de vítores estalla detrás de mí y luego—: Oigan, muchachos, demasiado tarde para Nat y para mí. para jugar con ustedes al quemado?

De ninguna manera.

Estoy de pie, mirando hacia la puerta de la esquina donde, efectivamente, George y Nat, todas rojas y sudorosas, están siendo rodeadas por dos docenas de niños con necesidades especiales que les brindan el tipo de recepción con la que Vaughn y yo sólo podíamos soñar.

Ella se endereza, un pequeño punto tirando entre sus cejas. Algo dentro de mí muere, porque soy un tipo que sabe leer las expresiones de otra persona. Y sé que está a punto de darse la vuelta y verme, y cuando lo haga, esa sonrisa tan brillante como el sol desaparecerá.

Ella se voltea. Nuestros ojos se encuentran y el brillo desaparece.

A veces es una mierda tener razón.

Afortunadamente, el pequeño parado frente a ella se estira y toma su mano, y la lleva de regreso al momento que no debería ser sobre nada más que estos niños.

Lo empezamos, sigo el mismo juego que aprendí cuando era un chiquillo en Minnesota. Practicamos ejercicios. Y cuando los niños le ruegan a George que les muestre sus movimientos en la portería, ella cae en una posición tan profunda que estoy seguro de que me voy directamente al infierno, porque ese movimiento definitivamente la llevaría al banco de azotes.

Después de que terminamos, me quedo atrás, hablando con un par de padres y entrenadores mientras Nat y George hablan con Vaughn. Para cuando he firmado todo lo que me ponen delante y he tomado todas las fotografías que nos piden, George está de pie sola junto al banco… esperándome.

Patino y, saliendo del hielo al piso de goma, levanto mis manos frente a mí.

—No sabía que ibas a estar aquí. Vassar estaba hablando de salir esta noche. Ni siquiera mencionó que Nat iba a estar aquí.

George se encoge de hombros.

—No es la gran cosa y no es que tenga más derecho a estar aquí que tú. Los niños se divirtieron esta noche.

—Especialmente una vez que apareciste. Parece que tienes más fans aquí que Vassar y yo juntos. Son los movimientos de tus piernas. A los niños les encanta.

No son los únicos.

—Mira, Quinn. —Ella se lame el labio y me mira a los ojos—. Acerca de la otra noche, estabas tratando de ser amigable y… no debería haber sido grosera. Lo siento.

No digo nada durante un minuto, me tomo tiempo para asimilar sus palabras. Podría decirle que está bien, que no se preocupe, excepto que no puedo.

—Seamos sinceros, no *sólo* estaba tratando de ser amigable.

Su aliento se escapa en una risa corta que se siente como lo más parecido a una victoria que he tenido con esta chica.

—Aun así…

No quiero que se sienta amedrentada o hacer algo estúpido como estirar la mano y tocarla, así que me siento en el banco y empiezo a atar los cordones.

—No entiendo lo que hice para molestarte tanto.

Toma una respiración lenta y luego otra, observando a Zamboni hacer otro pase.

—Mira, todo el mundo dice que eres un gran tipo —comienza lentamente, y tengo que obligarme a mantener el trasero en el banco, sin movimientos bruscos. Porque creo que en realidad podría estar a punto de decírmelo—. Quiero decir, claro, tienes tus momentos, pero eso no me importa. La cuestión es que lastimaste… a alguien que me importa con tu mierda.

Mi mente se esfuerza por ver un borrón de caras y un revoltijo de nombres. Me gustaría pensar que siempre me he esforzado por ser honesto y directo con las mujeres con las que he estado, para asegurarme de que comprendan los límites de nuestras interacciones antes de que suceda algo. Pero incluso con las mejores intenciones, los sentimientos heridos no siempre se pueden evitar.

—No sé qué decir. Yo… Mierda, lo siento. ¿Quién fue? ¿Qué pasó?

Ella niega con la cabeza, alejándose de mí tanto como puede.

—Fue hace mucho tiempo. No importa quién, sólo que hubo alguien y ella me contó lo que pasó entre ustedes. Y cuando tú y yo nos conocimos, todo lo que podía pensar era en cuánto la lastimaste.

—¿Mucho tiempo? ¿De qué estamos hablando, de un par de años, de universidad?

Un movimiento de cabeza.

Mierda.

—Está bien, me esfuerzo mucho por no ser un imbécil, pero puedo decir con absoluta certeza que he mejorado con la madurez y la experiencia. Aun así, no puedo pensar en nadie con quien haya sido seriamente malo. —Me paso la mano por la nuca—. ¿Ella sintió cosas por mí que no fueron correspondidas… o fue algo completamente diferente?

—Olvídalo. Creo que si la estuvieras mirando en la cara, no te acordarías. Ya no importa.

—Por joder que no, George. Apenas puedes soportar mirarme.

En ese momento, ella se gira para quedar frente a mí.

—No importa, porque nada de lo que digas va a cambiar lo que siento por ti.

Sus palabras me golpean de lleno en el pecho, y toma un momento, pero me recupero. Meto mis pies en mis zapatos y, tirando mi bolso sobre mi hombro y me pongo de pie. Esta vez no trato de mantener la distancia entre nosotros, sino que alcanzo el extremo de un solo rizo para rozar un nudillo contra su suavidad.

Sus labios se separan y sus ojos se acercan a los míos.

—¿Recuerdas lo que dije sobre no poder pasar un reto en el Belfast?

—Sí —responde con cautela, diablos, un poco sin aliento.

—Estaba jodiendo ese día. Diciendo cualquier idiotez que pudiera para sacarte de quicio. Pero para que quede claro… ¿este desafío? George, voy por ti. Y tarde o temprano, te voy a gustar. Aunque sea un poco.

5

George

—Recuerdo esos torneos, Nat. Fueron geniales. Para nosotras. ¿Los padres y los entrenadores? —Me estremezco al pensar en las noches, los recuentos, las fiestas en la piscina, los controles de las habitaciones, las súplicas para que nos calláramos y cuantas noches pasamos con la cabeza metida en el retrete, vomitando—. Me encanta ayudar con el equipo, pero no podrías pagarme lo suficiente para pasar una de esas noches.

Ella sonríe desde el sofá donde está estirada, estudiando detenidamente algunos anillos.

—Bien, porque esto no paga nada.

Contrariamente a toda lógica, ese pequeño detalle me tiene mordiéndome el labio, luchando sobre si debería decir que sí.

—¿Tenemos que sujetarles el cabello si vomitan?

Antes de que pueda responder, la puerta principal suena con un ruido sordo desagradable.

—Tienes que acabar con esa mierda, hombre —grita Vaughn desde el final del pasillo—. Ni siquiera hemos llegado a la temporada regular. Y aquí lo estás arriesgando todo, porque no puedes decirle que no a nadie con falda.

Sólo hay un tipo en el equipo que entiende ese tipo de mierda. Y diablos, en realidad solo hay un tipo por el que Vaughn está dispuesto a encadenar más de cinco palabras juntas.

Quinn.

Mi boca sabe agria, y quiero agarrar mis propios hombros y sacudirlos. ¿Qué me importa con quién está? Excepto que aparentemente lo hago, porque estoy haciendo callar a mi mejor amiga agitando las manos mientras estiro el cuello para escuchar.

Quinn me lo dijo, me advirtió que me iba a destrozar. Hacer que me importara. Y hasta hace una semana, no habría pensado que eso era algo dentro del ámbito de la posibilidad. Pero luego fue y se

presentó en la práctica de Nat, corriendo sobre el hielo con la camiseta de *Vassar*, alineándose con las chicas que no podían dejar de reírse, mirando con ojos asombrados y sonrisas mientras él gritaba sobre llegar tarde.

Traté de aparentar seriamente enojada. Intenté ser buena y enfadarme por la interrupción. Pero es el equipo de Nat, y sólo ayudo cuando tengo tiempo… y ella no estaba enojada.

Y luego fue y lo hizo.

—Entrenador Baxter, sé que llegué tarde. ¿Cuál es mi castigo?

Porque no llegas tarde al hielo sin una consecuencia. Todos lo saben.

Observé mientras se tocaba la barbilla, sabiendo lo que iba a decir y odiándome por contener la respiración.

—Lagartijas, O'Brian.

Todas las chicas comenzaron a saltar, cantando—: ¡OOOooooh, está en problemas! ¡Lagartijas! ¡Lagartijas! —Mientras se ponía en posición de plancha sobre el hielo, con las manos en los guantes. Manteniendo esa posición, me miró y me guiñó un ojo y otra sonrisa que derritió las bragas antes de hacer una lagartija perfecta tras otra.

Me avergüenza admitirlo, pero vi todas y cada una de ellas.

No se quedó mucho tiempo: después de tomarse una foto con el equipo, les deseó suerte a las chicas en su temporada y nos dejó entrenar.

Debería haber sabido que ese no sería el final.

Al salir, el tipo que afila los patines me atrapó y me entregó una nota.

Soy un tipo que asume la responsabilidad de sus acciones.
Dime qué puedo hacer para solucionar esto.

POR UN MINUTO *casi* me sentí mal. Porque no había nada que él pudiera hacer.

No es que eso lo detuviera. Luego vino el partido del jueves pasado. Nat jura que no le dijo que estaría allí, pero desde el momento en que entró en el hielo para calentar, se aseguró de que yo supiera que *él sabía* que yo estaba allí. Golpeando su bastón en el vidrio cuando pasó por nuestros asientos en la primera vuelta.

Afortunadamente, su cabeza estaba en el partido como debía ser, pero una vez que volvimos al bar, comenzó de nuevo, haciendo que un jugador tras otro del equipo viniera y dijeran unas cuantas palabras sobre lo tonto que es.

Al final de la noche me dolía el estómago de tanto reírme.

Pero no importa cuánto este tipo coquetee o bromee o haga el ridículo para llamar mi atención, no va a cambiar nada. Todavía es el tipo que hizo de jugar conmigo un deporte hace casi siete años. Sigue siendo el tipo que tomó cosas que nunca podré recuperar y las tiró sin mirar atrás.

Todavía es el tipo al que le importaban tan poco sus acciones que ni siquiera recuerda que todo lo que está tratando de obtener de mí ahora… ya lo ha tenido.

Eso es lo que estoy pensando en el apartamento de Nat mientras Quinn suelta una carcajada.

—¡Vassar, tenía setenta años! Necesitaba una mano.

Con los ojos como platos, Natalie se tapa la boca y yo niego con la cabeza. Porque incluso si todos los rumores sobre Quinn O'Brian fueran ciertos… no lo haría. ¿O sí lo haría?

—¿Alguna vez has oído hablar de Ted Bundy? Ese hijo de puta también necesitaba una mano.

—Estaba lloviendo y ella claramente no sabía cómo cambiar una llanta.

Los chicos entran en la sala. Ambos hombres están empapados de las rodillas para abajo, sus calcetines hacen ruidos al pisar, el agua gotea de los bordes de sus gorras y, en el caso de Vaughn, de las puntas de su cabello. Quinn luce una salpicadura fangosa que cubre lo que alguna vez fue una camiseta térmica blanca, el cuello y

la mandíbula… a excepción de un círculo limpio de piel con un solo beso de lápiz labial malva en el centro.

—Oh, Dios mío —Nat jadea mientras muevo la cabeza, sintiendo la sonrisa que ni siquiera estoy tratando de ocultar extendiéndose rápidamente.

Ahí es cuando los chicos se dan cuenta que estamos aquí. Todo el rostro de Vaughn se ilumina cuando comienza a explicar cómo Quinn tiene ganas de morir y se detuvo para cambiar la llanta de esta mujer.

—Este no es tu primer rodeo —reprende a Quinn—. Te han asaltado antes, hombre. Lo sabes.

Se me corta el aliento y mi estómago se tensa al pensar en él enfrentando ese peligro.

—¿Te han asaltado? —pregunta Nat—. ¿Aquí en Chicago? ¿Te lastimaron?

Quinn la despide. Sus ojos siguen cortando los míos como si no esperara verme aquí y ahora que lo ha hecho, parece casi avergonzado.

Lo cual no puede ser correcto.

—No, fue en la universidad. Sólo un par de tipos que buscaban problemas, no dinero. Me rompieron la nariz.

Esa nariz que he mirado tantas veces, preguntándome qué pasó y cuándo, porque estaba recta como una flecha la primera vez que lo conocí. Siempre supuse que sucedió en el hielo.

—¿Ves? —Vuelve Vaughn—. Y eso fue antes de que tu cara apareciera en vallas publicitarias y apareciera en el carrete de momentos destacados un par de veces a la semana. ¿Ahora? Sabes lo que significa ser parte de un equipo como este. La gente tiene fijaciones extrañas. Chicos. Muchachas. *Abuelas*.

Quinn parpadea, y cuando sus ojos se levantan, encuentran los míos y los sostienen. Y por un segundo, es como si pudiera leer todo lo que dice de un vistazo.

¿Abuelas? Esto es increíble.

Le respondo con un rotundo *no.*

Y luego, como si no fuera suficientemente malo tener nuestros ojos manteniendo una conversación, siento que mi sonrisa se

sincroniza con la suya. Las dos se hacen más grandes a medida que ese tirón loco que nunca desaparece del todo comienza a tirar más fuerte.

¿Se da cuenta de que todavía lleva puesta la insignia de gratitud de esa viejecita?

Se vuelve hacia Vaughn, nuestro contacto visual persiste antes de romperse.

—Amigo, ella no tenía idea de quién vendría por ese camino o si se detendrían.

—Crimen de oportunidad, hombre. Crimen. De. Oportunidad. Podría haberte echado un vistazo, haberse dado cuenta de quién eras y haber pensado: Llanta de hierro en la parte posterior de la cabeza. Meterlo en el maletero. Tenerlo secuestrado en mi sótano para usarlo para mi placer personal desde ahora hasta que muera. Y luego, después de soportar años de esa indignidad, te morirías de hambre allí abajo.

No puedo evitarlo. No quiero molestar a este tipo. Pero es demasiado tentador.

—Apunta esto al último *incidente*.

Tres de nosotros nos echamos a reír, pero la sonrisa en el rostro de Quinn dice que no le importa ni una mierda.

Natalie toma un trozo de la camiseta de Vaughn.

—Cariño, esto tiene que lavarse ahora. Ve directamente al baño, por favor, y trata de no tocar nada. —Vaughn se inclina con cuidado como si fuera a besarla en la mejilla, pero en el último momento la rodea con los brazos y la atrae hacia su cuerpo empapado.

—¿Tocar algo como esto?

Pasé mucho tiempo jugando al hockey con esa chica, y ninguna broma, ninguna rociada de hielo en la cara, ninguna lesión me ha valido un chillido tan fuerte como el que deja escapar ahora.

Ellos discuten amorosamente por unos momentos y yo me quedo ahí, observando con una especie de fascinación, porque de nuevo, Nat y yo nos conocemos de siempre. Y ella es quizás la única chica que he conocido que es tan cautelosa con los chicos como yo.

Hace que ese lugar suave y blando dentro de mí se caliente al verla tan completamente enamorada.

Lanzo una rápida mirada a Quinn, quien me observa como si me estuviera leyendo de nuevo. Y maldito sea, no lo quiero dentro de mi cabeza, así que me giro hacia mi amiga, que ahora está medio empapada y empuja a Vaughn por el pasillo hacia el dormitorio. Mirando hacia atrás por encima del hombro, señala el dormitorio de invitados.

—Quinn, hay toallas en ese baño. Ve a darte una ducha y límpiate. Puedes tirar tu ropa en la lavadora y tomar un par de sudaderas de Vaughn y una camiseta de la secadora mientras vemos la película.

—Sí, señora —responde, ya dirigiéndose hacia allí.

Y con eso, es hora de que me vaya.

—Oye, tengo que ir a casa de mi prima. Llámame mañana sobre las fechas del torneo. Si no hay boda o bautizo, iré.

Ella asiente y luego vuelve a chillar mientras Vaughn se la echa al hombro y desaparecen por el pasillo.

La ducha se enciende en la habitación de invitados y gimo.

No quiero pensar en Quinn allí. Desnudo.

Sucio.

Luciendo la insignia de color rosa fuerte de su buena acción en la mandíbula.

No quiero preguntarme cómo se ve su cuerpo ahora. Qué diferente debe ser de lo que era entonces.

No quiero pensar en él.

Conteniendo la respiración, tomo mi sudadera y mi bolso de la mesa de café y avanzo por el pasillo. *Diablos, mi teléfono*. Estoy hundida hasta los codos en mi bolso, buscándolo, sin mirar por dónde voy y *izas!*

Choco de cara contra una sólida pared de piel húmeda, músculos duros y todo lo que quería evitar.

Dejo caer mi bolso y me tambaleo hacia atrás, pero no más de un paso cuando Quinn, que usa nada más que una toalla, me atrapa con una mano en mi cintura.

—Vaya, ¿estás bien?

Trago saliva, trato de apartar la mirada, pero él está *justo ahí.* El hombre cuyo cuerpo desearía poder olvidar, ahora más grande y

ancho y repleto del tipo de músculos en capas que es difícil de creer que existan fuera de Photoshop y CGI… quemando su camino aún más profundo en mi memoria.

Intento tomar aire para calmarme, pero todo lo que consigo es a él. Ese aroma amaderado y masculino con un toque de colonia.

—Georgie —murmura, su agarre en mi cadera amplio y cálido. Relajado, pero sin ir a ninguna parte.

Georgie.

Lo miro parpadeando, la sangre se me sube a la cabeza mientras me alejo. De esa fácil familiaridad con la que a veces me trata.

Él no me recuerda. Nunca me ha dado un segundo para creer lo contrario. Pero escucharlo llamarme así otra vez…

Busco sus ojos en busca de reconocimiento, el miedo y los nervios luchan dentro de mí. Porque a pesar de lo enojada que me hizo sentir que él no supiera quién soy, he llegado a apreciar que fue el mejor escenario posible se hizo realidad. Mi secreto está a salvo. Nunca tendré que ver la mirada en sus ojos cuando se dé cuenta de quién soy o de lo que sucedió en ese entonces. Nunca tendré que saber si sentiría lástima por mí, se reiría o…

—¿Te lastimé? —Sus pómulos sucios se tiñen de rojo y niega con la cabeza—. Lo siento, estaba distraído.

Tomo aire, y al ver que mi mano descansa sobre la piel desnuda de sus abdominales, la quito rápido. Las puntas de mis dedos hormiguean por el lugar donde hicieron contacto, por lo bien que se siente estar tan cerca de él, y lo odio. Odio lo mal que se siente tener que admitir que todavía me afecta. Que no importa qué tipo de bastardo haya sido para mí cuando nos conocimos, de alguna manera esa huella del primer amor no importa cuán equivocada o tonta haya sido, no desaparecerá.

—No puedes lastimarme. Y no me llames Georgie. —No cuando todavía me despierto con el eco del susurro de vez en cuando.

Tener el recuerdo fresco de cómo suena en sus labios es lo último que necesito.



Quinn

George me empuja, con las mejillas ardiendo, mientras huye por el pasillo y sale por la puerta trasera.

Mi corazón todavía está latiendo como un redoblante debajo de ese lugar donde su cabello rozababa mi pecho, como todas las jodidas fantasías que he tenido sobre esta chica desde la noche en que la conocí. Está bien y posiblemente más tiempo que eso.

El cabello rojo.

Mierda, es mi kryptonita. Aunque antes de conocer a George, el cabello en mis fantasías sucias y sin rostro siempre es largo. Derramándose sobre mi almohada o alrededor de mi cara, haciéndome cosquillas en mis hombros, pecho y abdominales.

Pero ahora, no hay nada sin nombre o sin rostro en las fantasías que me han asaltado regularmente durante los últimos meses, es George. Sus ojos ardientes, de párpados pesados mientras me mira a través de las pestañas rojizas. Sus labios siempre llenos, hinchados y entreabiertos mientras me mira fijamente.

Pero no importa si ella no lleva el pelo largo, siempre lo veo contra mi pecho. Siempre lo toco, pero termino con esta sensación frustrada de que estoy olvidando algo.

Ahora sé cómo se sienten esas olas salvajes contra mi piel. Y es suficiente para dejarme sin aliento y hacerme luchar contra la erección del siglo mientras estoy parado allí como un idiota frente a la chica que quiero tanto que duele.

Empuñando la toalla a mi lado, doy un paso atrás en el cuarto de lavado y saco mi mierda de la lavadora, agradecido de no haber sabido cómo empezarla.

Porque ahora que George no está parada dos centímetros frente a mí, y no hay posibilidad de parecer un idiota aún más grande de lo que ya cree que soy, estoy duro como un poste.

De acuerdo, y no sólo por la sensación que sentí de su cabello, cuando chocó conmigo, sino por la forma en que reaccionó cuando se dio cuenta de que no llevaba camiseta.

Eso no era disgusto lo que vi en sus ojos.

Era mucho más que eso.

Era calor. Y ahora que me doy cuenta de que no es completamente inmune a mí, necesito largarme de la casa de mi amigo. Porque de ninguna manera voy a tomar una ducha en su baño de invitados sin pensar en esa mirada. El que está tan cerca de mis fantasías que duele.

Metiendo mis brazos y piernas en mi ropa empapada, salto por el pasillo hasta la habitación de invitados. Cierro la ducha y tomo mi teléfono para enviar un mensaje.

Dejemos la película para después. Surgió algo.

6

George

No puedo pedalear lo suficientemente rápido. Quinn O'Brian me tiene agarrada y nunca podré quitármelo de encima. Corto por las calles de la ciudad, buscando escapar. Pero todo lo que puedo pensar es en cómo fue estar tan cerca de él.

Cómo había sido cuando estábamos tan cerca antes. Cómo mi corazón casi se sale de mi pecho cuando él se inclinó y, después de horas de esperarlo, finalmente me besó.

Cómo se siente como si hubiera estado esperando desde entonces que alguien me besara así de nuevo.

Suena una bocina a mi lado y vuelvo a la acera, paso la pierna por encima del asiento y me bajo. Ni siquiera sé a dónde voy, excepto que no es mi casa. Si hay algo que no puedo manejar después de esto es que mis hermanos derriben las paredes de nuestro apartamento.

Los transeúntes vespertinos pasan a toda prisa, dejando un rastro de hojas caídas a su paso.

Miro al este hacia la orilla del lago. Puedo andar por los senderos, ver las olas correr por la orilla. Miro al oeste hacia la pista. Podría relajarme viendo a los niños practicar o tal vez ver un partido, dependiendo. Pero incluso en el nivel juvenil, el hockey está demasiado cerca del hombre del que estoy tratando de escapar.

Lo que realmente quiero en este momento es un amigo.

Nat está fuera de discusión por todas las razones obvias. Cammy está con su pequeño esta noche. Helene es la más paciente para escuchar, pero en realidad es más amiga de Nat y no me gustaría hacerle las cosas incómodas. Y aunque tengo un montón de primos y amigos que siempre están dispuestos a ir a tomar una cerveza… Siento que necesito a alguien más cerca de la situación.

Vuelvo a subir a mi bicicleta y salgo.

Cuando Margo abre la puerta, lleva puesta una de esas mascarillas de arcilla verde que se dejan secar sobre la piel, un par de aretes de diamantes de imitación brillantes que cuelgan hasta los hombros, pijamas con unicornios y separadores de espuma de poliestireno entre los dedos de los pies pintados y medias felpudas.

Ni siquiera estoy segura de que haya comprobado quién estaba en el pasillo antes de abrir así, pero deja escapar un chillido cuando me ve.

Tal vez es raro que yo esté aquí. Conozco a Margo desde hace menos de un año y solo a través de Natalie, quien la conoce a través de la esposa del amigo de su hermano. Pero de alguna manera, me he convertido en parte de ese grupo de chicas. Y de todas ellas, Margo siempre me ha parecido ser la más directa. La más como yo cuando se trata de decir lo que piensa, y la menos como yo cuando se trata de estos rituales femeninos y lo que normalmente es su magnífico sentido del estilo.

—No fue mi intención interrumpir el maratón de belleza, pero estaba en el vecindario y…

—Ooh, me encanta la visita inesperada. Ya no aparece nadie —dice, indicándome que entre en su apartamento—. Ven a sentarte. Estoy en la sala, pero si no hay un lugar libre, mueve lo que necesites.

De hecho, Margo está *ocupando* su sala… que en esencia parece un espacio amplio y luminoso con líneas limpias y un toque ocasional de color brillante. Paredes de color gris pálido, sofás y sillas blancos, cada uno con cojines en un bonito verde azulado.

Su mesa de café está cubierta con lo que parece una papelera llena de papel, espejos de aumento y una selección de esmalte de uñas. Muevo una bandeja ordenada de sueros y exfoliantes con los que no sabría qué hacer al suelo junto al spa para pies y me siento en su silla mullida con la gruesa manta violeta.

El refrigerador se cierra en la cocina y un minuto después Margo está de vuelta con una lata en una mano y una de esas copas de vino.

Levanto una ceja cuando abre la tapa y procede a servir.

—Te veo juzgándome por ahí —suelta, luciendo encantada mientras me entrega la copa y luego levanta la suya para tintinear—. Pero estas cosas enlatadas son fantásticas. ¡Burbujas frescas en cada envase! Es como la ración individual perfecta.

Sé por experiencia que decirle a Margo que soy más cervecera no tiene sentido. Ella es una traficante de bebidas y, sinceramente, todo lo que me pone delante siempre es bastante sabroso, así que tomo unas copas con ella y tomo un sorbo que me hace cosquillas en la nariz.

Una perfecta ceja de ébano se arquea hacia mí expectante.

—Delicioso, ¿verdad?

Realmente lo es.

—Está bien, entonces, ¿qué es lo que te hizo estallar de improviso? Sé que mi compañía patea traseros en general, pero tienes un aspecto un poco golpeado. ¿Qué fue? ¿Problemas de chicos? ¿Problemas de chicas? ¿Problemas con la bicicleta? ¿Problemas familiares? ¿Problemas bancarios? Problemas…

—Nada de eso. —Toso, porque creo seriamente que ella podría continuar todo el día y nunca aburrirse—. Mi problema se llama Quinn O'Brian.

Ella toma un impresionante sorbo y se inclina.

—Está bien, suéltalo.

Le cuento de México. Sobre el encuentro casual en el puesto de helados y el impacto de esa conexión instantánea. Sobre las horas de risas y conversaciones, y cómo desde casi el primer minuto, Quinn estuvo todo adentro. Sin fingir serenidad, sin cuidar sus cartas. Me dijo que me deseaba, pero no para una sola noche.

Le cuento sus planes de venir a verme a la escuela y que quería que fuera a Minnesota en el verano. Y le cuento la forma en que el aire parecía cargarse entre nosotros y cómo él juró que nunca sintió nada de estas cosas parecidas con nadie antes.

—Lo que me persigue son los recuerdos. Lo que me vuelve loca es que, incluso después de todo, todavía no puedo pensar en su beso sin sentir mariposas. Y lo que es peor, otros chicos ni siquiera tienen una oportunidad en comparación. He dejado que algunos chicos realmente buenos me besen.

—Y más que besarte también, ¿verdad? —ella se entromete, con una mirada de pánico en sus ojos—. Por favor, dime que no cerraste la tienda solo porque…

—Margo. No. He tenido sexo. Pero es difícil quedar atrapada en el momento en que todo lo que piensas es en que el idiota era mejor que el tipo decente con el que estás ahora. ¿Entiendes mi dilema?

—Tan molesto —ella está de acuerdo solemnemente. Golpeando una uña roma en sus labios, me mira fijamente—. Él en realidad no puede ser tan bueno.

Tal vez ella no está escuchando. Abro la boca, pero ella me corta.

—En serio, la primera vez que te besaste, creías que estabas enamorada de este chico. De ninguna manera ese beso estaba siendo juzgado por sus propios méritos. Piénsalo. ¿Tu cabeza, tu corazón y tu cuerpo comienzan a trabajar juntos, acercándose a este tipo de una manera que nunca habías sentido?

Asiento, el eco de ese tirón lo suficientemente fuerte como para envolver mis brazos alrededor de mi vientre y doblarme hacia adelante.

—Eso es algo bastante embriagador, George. Pero no es real.

Mirándola, le pregunto—: ¿Qué estás diciendo? Construí lo que sucedió con Quinn en mi mente… y cuando estuve dispuesto a sumergirme de nuevo en las aguas y salir con alguien… Más de un año y medio después me convencí de que no todo lo que brilla es oro.

—Exactamente. —Se levanta y camina de regreso a la cocina, regresando con dos latas frescas—. Es hora de que dejes de darle a este tipo tanto poder sobre ti.

—¿Cómo sugieres que lo haga?

—Afirmaciones positivas, una manicura y pedicura, para empezar. Quítate los zapatos y mete los pies en la tina. Luego dilo después de mí, Quinn O'Brian no vale la pena.

7

George

Con las piernas estiradas bajo el sol de principios de octubre, estoy estacionando detrás de mi tienda esperando a que Vaughn y Nat pasen a recogerme. Están organizando un asado para celebrar que mañana es el comienzo oficial de la temporada. En esta época del año, los días todavía son bastante cálidos, pero refresca rápidamente por las noches, así que tengo una chaqueta de mezclilla en mi bolso.

Un enorme todoterreno negro entra en el callejón y ocupa la mayor parte del ancho mientras avanza por el cemento agrietado. No es el carro de Vaughn. Reviso mi teléfono, pero no hay mensajes de Nat.

Disminuye la velocidad y entrecierro los ojos para ver quién está dentro. Pero con el sol brillando a través del parabrisas, no es hasta que Quinn se detiene frente a mí que me doy cuenta de lo que está pasando.

—No te emociones, sólo le estoy haciendo un favor a un amigo —me informa, inclinándose hacia la ventana abierta del pasajero, con esa sonrisa encantadora que se vuelve cada vez más difícil de ignorar.

Estoy a punto de decirle que no somos amigos cuando levanta un dedo.

—Y por amigo me refiero a Vassar. Nat dejó su teléfono en el refugio, así que me pidió que pasara y te recogiera mientras ellos corrían de regreso.

Al verme cerrar la boca, sonríe.

—Y dicen que tengo un ego.

No quiero hacerlo. Trato de no hacerlo, pero puedo sentir esa sonrisa luchando por liberarse en la comisura de mi boca.

Y Quinn, siendo Quinn, niega con la cabeza mientras murmura algo que no logro entender.

Este chico nunca se rinde.

Me bajo saltando del escalón y le hago una señal para que espere donde está mientras tomo mis cosas. Es domingo, la tienda permanece cerrada y los chicos no están por ningún lado, pero, aun así, no me gusta la idea de que nadie vea a Quinn aquí.

Si esto llega a oídos de mi padre… ni siquiera quiero pensar en eso.

En el interior, reviso de nuevo que todo esté cerrado con llave. Mi teléfono suena con un mensaje de Nat disculpándose por el cambio de planes y asegurándose de que no he matado a nadie.

Estoy a punto de responder cuando el aire cambia y una mano cálida roza la parte baja de mi espalda. Me levanto de un tirón con un grito ahogado, mirando boquiabierta a Quinn mientras se inclina a mi lado.

—Relájate —dice con un guiño—. Todo esto se trata de la ensalada de papas.

Dirigiendo una mirada hacia donde su mano aún permanece, cálida y ancha en mi cadera, me las arreglo para decir—: ¿En serio?

Sigue mi mirada y me mira como si no supiera cómo llegó allí esa mano. Cosa que no creería ni por un segundo si no fuera por la sombra rojiza que le quema las mejillas.

—Claro que sí. ¿Te estás *sonrojando*? —Me río, apenas evitando estirar la mano para tocarlo.

Porque no quiero tocarlo, para nada.

—Por favor. —Tose, ofendido como si le hubiera preguntado si necesitaba ayuda para pegar su bastón—. No me estoy sonrojando. Soy un jugador profesional de hockey. Los de mi clase no se sonrojan.

Nuestros ojos se encuentran y hago un gesto con los hombros, intentando parecer desenfadada.

—Pero lo *estás*.

Y la cosa es que me está asustando un poco. Porque un chico puede fingir muchas cosas. Él puede mentirte en la cara. Suena tan sincero como largo es el día. Puede mirarte como si fueras su próximo aliento cuando no eres más que las próximas dos horas para matar… pero lo único que no puede fingir es sonrojarse.

Lo que significa que la mirada que Quinn O'Brian me está dando en este momento no es parte de algún juego o broma o cualquier otra cosa.

Es real.

Y si esto es real, entonces es posible que tal vez algunas de las otras cosas que me ha estado mostrando estos últimos meses también sean reales. Y eso es algo con lo que no estoy segura de qué hacer.

—Bueno, los de tu clase probablemente deberían retirar su mano antes de que te la corten —le advierto.

Y están esos rápidos reflejos de hockey en juego. Junto con otra mancha oscura en sus pómulos cuando se gira y recoge las bolsas y la hielera todavía en el suelo a mi lado.

—Vayamos a casa de Nat y Vaughn antes de que se mueran de hambre.

Le doy un pequeño asentimiento y lo sigo de regreso al carro, preguntándome, no por primera vez desde que volvió a entrometerse en mi vida, cuánto de lo que me ha estado dando es realmente *real*.



Quinn

Hago acopio de todo mi autocontrol para mantener mis ojos en las calles de la ciudad y el pie en el acelerador en lugar de estacionar el carro de golpe y exigir saber qué está pensando exactamente George mientras me mira como si fuera algo que se le ha atorado en el zapato. Porque esto seguro no es la mirada fría o el ceño fruncido misteriosamente acusador al que me he acostumbrado.

Esto es más como una mezcla renuente de curiosidad y consternación. Lo cual está causando estragos en mi reciente compromiso de dejar de analizar minuciosamente cada mirada severa y púas desagradables que me lanza.

De alguna manera llegamos a la casa de Vaughn en una sola pieza, y luego George sale del carro y corre para saludar a Nat sin mirar atrás. Es hora de la fiesta.

Para un tipo ampliamente considerado como el jugador menos simpático de los *Slayers* la temporada pasada, Vaughn Vassar lo ha cambiado por completo. La mayor parte del equipo está disperso por su patio, descansando en cómodos muebles de exterior, pasando el rato con familiares y amigos.

Todos estamos entusiasmados con el comienzo de la temporada, hablando de los intercambios fuera de temporada y los equipos a los que nos enfrentamos.

He estado manejando la parrilla durante aproximadamente media hora cuando Diesel se acerca, sacudiendo la cabeza. Genial. *Este* chico.

—Amigo, ¿cómo diablos consigues chicas? No tienes nada de encanto y quemaste ambas hamburguesas de pavo.

—¿Qué? —pregunto, forzando mis ojos lejos de la pelirroja que ha estado ocupando demasiado de mi atención y bajándolos a la parrilla donde hay, de hecho, dos hamburguesas que lucen inquietantemente similares a los discos con los que me gano la vida disparando—. Ah, diablos.

Agarro un bollo integral de la estación al lado de la parrilla y golpeo ambos discos antes de empujar todo el desastre en su pecho.

Riendo, sostiene la atrocidad como si estuviera brindando conmigo. Y luego toma un gran bocado.

—Entonces, ¿qué está pasando con esta chica? —dice mientras mastica—. Ella no parece ser tu tipo. Ya sabes, con el cerebro y la personalidad. Sin mencionar que es tan unida a Nat. Esta chica tiene *cuerdas*.

Una parte de mí quiere ofenderse, sobre todo porque hay algo en Diesel que irrita. Es un hombre rudo, y no un idiota total como yo lo entiendo, pero en un equipo lleno de egos inflados, tiende a sobresalir.

—No importa. Ella no está interesada en mí.

—¿No? —Y no echo de menos el interés en su tono—. ¿Me pregunto en qué estaría ella?

Y ahora tiene mi atención.

—Oye, D, ¿esos son todos tus dientes reales?

—Lo son. —Esboza una sonrisa, mostrándolos con orgullo.

Lo agito para que se acerque, manteniendo mis ojos en los suyos para que no haya posibilidad de perder mi significado—. ¿Quieres quedártelos?

Soltando una carcajada, retrocede.

—Sí, hombre. —Alisando su mano libre de hamburguesas sobre su cabello estilizado, silba—. Mensaje recibido, O'Brian.

Mejor que lo sea. George puede salir con quien quiera. Excepto él. O Popov. Está bien, cualquiera que no sea lo suficientemente bueno para ella.

Estrecho los ojos mientras examino a mis compañeros de equipo, eliminando uno tras otro hasta que finalmente aterrizo sobre ella. Y cualquier locura territorial de mierda en la que estoy trabajando se ha ido.

Porque ella me está mirando. Otra vez.

Lo que es *diferente*.

Hasta hoy, George no quería mirarme. No quería hablar conmigo. No quería reírse de mis chistes ni respirar el mismo aire que yo.

Pero de repente, esta noche, está mirando. ¿Porque accidentalmente la toqué?

Y a pesar de lo que ella podría haber pensado, fue un accidente.

Había ido a ayudar, punto. Pero el pasillo no era tan grande, y yo lo soy. Mierda, no quería derribarla cuando me incliné junto a ella.

Pero luego ella lo señaló. Y allí estaba, mi mano en la parte baja de su espalda, como si *perteneciera* allí. Me gustó tanto que incluso entonces, no se me ocurrió moverla. Así de bien se sentía.

Y tal vez le pareció bien a ella también. Tal vez es por eso por lo que de repente me mira con preguntas en sus ojos en lugar de odio directo.

Tal vez es hora de que deje que la conexión física haga algo del trabajo pesado aquí. En lugar de cerrar esa mierda porque estoy tratando de asegurarme de que sepa que estoy interesado en *ella* y no solo en una aventura peligrosa.

Así que le doy la sonrisa que ha estado rogando por salir y jugar cada vez que la veo. La que no es para nada amistosa. La que jura que estoy a punto de darle el mejor momento de su vida.

Y sí, esa mirada sorprendida, la suave separación de sus labios en un jadeo que puedo sentir, pero no escuchar… Sí, eso dice que esa sonrisa dio en el clavo.

8

George

Dios, ¿qué diablos fue eso?

Esa sonrisa con la sutileza de un mazo.

Esa sonrisa es nueva. Esa sonrisa es desconcertante a un nivel que no sé muy bien cómo manejar. Y algo me dice, esa sonrisa es solo el comienzo. Es por eso por lo que salí corriendo de ese patio hace una hora y me he estado escondiendo en la habitación de Nat con ella desde entonces.

Estamos apoyadas contra la cabecera juntas viendo la cinta del primer partido de las niñas.

—¿Ves, este movimiento de Anita? —dice, señalando la tablet entre nosotras—. Ese paso es donde deberíamos haberlos tenido.

—Sí, abrió la jugada, pero Chelsea quería el punto. Ni siquiera noté que Shayna se pusiera en posición.

—Sin embargo, esa fue una maniobra astuta, un centímetro más a la derecha y ese disco habría estado en la red —dice ella, pausando el video.

Tarareo mi acuerdo, mirando las fotos y chucherías que se han acumulado en este espacio desde que se mudó.

Tanto amor. Hay pruebas de ello por todas partes.

Señalo la foto de ella y Vaughn en un marco en forma de corazón, sus sonrisas tan amplias que casi ciegan.

—¿Nueva?

Ella asiente, con esa sonrisa tonta en su rostro que, en serio, nunca pensé que vería a Natalie Baxter usar.

—Quinn la tomó hace unas semanas cuando estábamos en el lago. Ni siquiera lo vi en ese momento, pero luego, la semana pasada, me la dio de la nada. Estaba todo envuelto en papel de regalo con moño y todo. —Se ríe de la mirada de soslayo que le doy y levanta las manos—. Oye, tú eres la que preguntó al respecto.

—Sí, sí. —Sí fui yo. Y ahora tengo otra pregunta sobre el tipo en el que no quiero pensar—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Está bien, sé que tiene un pasado. Pero en serio, creo que es un romántico de corazón.

Salto de la cama como si estuviera esquivando el tráfico que se aproxima. Volteo a ver a mi mejor amiga en el mundo.

—¿Estás… tratando de venderme a este tipo?

—¡No! Es tal vez… incluso si solía ser un imbécil épico… ¿y si ya no es el mismo tipo?

La puerta del dormitorio se abre y Vaughn asoma la cabeza, ve la tablet que Nat intenta apartar sutilmente y levanta las manos.

—Allie, cariño, dime *que no* viste el partido sin mí.

Ella hace una mueca de culpabilidad y disculpa, y me hace dirigirme a la puerta cuando Vaughn entra.

—¡Lo siento! —Ella chilla cuando él la alcanza contra él—. Recibí el correo de que estaba listo y…

—Mm-hmm. Lo entiendo. Estabas emocionada de verlo.

—Lo sabes, pero te prometo que podemos verlo de nuevo más tarde, juntos.

Cierro la puerta detrás de mí, porque después de correr en secreto durante tanto tiempo, estos dos a veces se olvidan cuando hay otras personas alrededor.

Saldrán a tomar aire en un minuto o veinte y luego se reincorporarán a la fiesta. Pero por ahora merecen estar solos.

Hay una multitud en la sala mirando a Greg Baxter mientras su esposa le gana jugando en el Xbox. FIFA, parece. Miro por un minuto porque Julia es muy mala, pero luego me dirijo a la cocina para tomar una cerveza. Sin darme cuenta hasta que es demasiado tarde de que hay alguien más allí.

Una vez más, mi cuerpo da esa única y breve sacudida. El tirón no deseado de la conciencia. Un tirón hacia lo que quiere, incluso sabiendo mejor.

Quinn O’Brian.

Tiene una botella de agua en la mano y me mira mientras tira la tapa a la basura debajo del fregadero.

—Hola, *Georgeous*. —Recostándose contra el fregadero, toma un trago y me da otra de esas sonrisas clasificadas como M para maduras—. ¿Qué puedo ofrecerte?

Un poco de tranquilidad estaría bien, pero cuando cruza los brazos sobre la poderosa extensión de su pecho, haciendo alarde de sus bíceps sin siquiera intentarlo, sé que no lo voy a conseguir.

No me importa el cuerpo de este tipo.

Me importa quién es y lo que hizo.

Pero el problema es que mientras lo pienso, escucho esa voz tranquila y divisiva en mi cabeza preguntando, ¿quién *es* él o quién *era* él?

No importa. Dándole la expresión plana en la que me he escondido detrás, me muevo hacia la nevera.

—Una cerveza.

Él asiente.

—¿Cuánto tiempo has estado entrenando con Nat?

Reviso el cajón al lado del refrigerador en busca de un destapador.

—Pocos años.

—Eso es muy bonito. Apuesto a que las chicas te adoran —me dice, mirándome moverme por la cocina en busca del abridor. Hay un destello de desafío en sus ojos, como si supiera lo que busco pero no lo dejara saber hasta que se lo pregunte.

Olvídalo.

Busco en otro cajón y verifico dos veces que la tapa no esté desenroscada. Que no es.

—¿Qué demonios? —me quejo

Él se endereza pero cuando pasa junto a mí, su gran mano envuelve la cerveza, arrancándola de mi mano mientras cruza hacia donde están las tablas y cuchillos, efectivamente, hay un abridor montado debajo.

Gracias a Dios.

Extiendo mi mano, pero él no me la devuelve.

—Vamos, Georgie. Dime que soy tu héroe.

—Paso.

Da un paso más cerca, el verde profundo de sus ojos recorriendo mi rostro.

—¿Por qué no? Acabo de abrir tu cerveza.

—Porque creo que tu ego es lo suficientemente grande —digo, alcanzando la botella, lista para terminar con esto. Solo que estoy demasiado atrapada en el engreído desafío en sus ojos, y cuando mis dedos se envuelven alrededor de la botella, rozan los suyos, provocando un hormigueo en mi brazo y apretando mi corazón lo suficiente como para provocar el más pequeño jadeo traidor.

Sus ojos se oscurecen y pronuncia mi nombre como una súplica.

—*Georgie*.

Parpadeo cuando el tiempo vuelve sobre sí mismo, a esa noche en México. El sonido áspero de la grava de su voz en mi oído. Mis dedos se enredaron en su cabello.

Me está mirando con esos ojos demasiado hambrientos. Dándome la misma mierda de camioneta que probablemente le ha repartido a todos los conejitos desde la escuela secundaria. En cierto modo es un alivio. Porque lo superficial es sencillo. Es sencillo.

Y ahí está esa voz otra vez… *Es tentador.*

No.

—¿Nunca te preguntas cómo sería ceder por un momento? Para ver cómo se sentiría esto entre nosotros si le diésemos una oportunidad.

Tomo un trago de la cerveza fría y niego con la cabeza. Odiando lo que hago. Me pregunto por él todo el tiempo. Más de lo que puedo soportar.

Esta vez, cuando escucho esa pequeña voz susurrar, no me importa… *Tal vez es hora de dejar de preguntarme. Tal vez es hora de quitarle su poder.*

Quinn está haciendo esas cosas sexys que hacen los chicos cuando quieren enfatizar cuánto más grandes son que tú. Qué poderosos. Escuché a mis hermanos hablar sobre el arte de plantar el brazo cuidadosamente ejecutado y Quinn definitivamente lo está trabajando como un profesional. No me está acosando exactamente, más bien como si estuviera jugando con el borde de mi burbuja con un brazo apoyado contra el gabinete de arriba.

Y no voy a mentir. Funciona.

Se ve bien haciendo todo, y por una vez, no me digo a mí misma que no me dé cuenta. No me estoy castigando por apreciar la bonita capa exterior.

En cambio, doy medio paso hacia atrás. Tanto mejor para mirarlo y disfrutar del espectáculo.

Él tiene razón. Tengo curiosidad por esa boca, pero sólo porque estoy lista para derribarla de su pedestal. Estoy cansada de odiar que el beso con el que ningún otro puede compararse haya venido de un chico que desearía poder olvidar.

Es hora de recuperar el control.



Quinn

Lo veo en el segundo que sucede. Ese cambio en sus ojos. En la forma en que me mira… como si tal vez estuviera tratando de decidir si valgo la pena.

Mi corazón comienza a latir con fuerza porque esto es diferente. Realmente diferente.

Es incómodo ser evaluado de esta manera, pero al mismo tiempo, se siente bien tener sus ojos en mí. Incluso por este ratito. Esa mirada escrutadora quema mi cuerpo, quemándome el pecho, el cuello, la boca. Ella no se molesta con mis ojos, pero de alguna manera no me sorprende.

Finalmente, se encoge de hombros. Como si realmente no pudiera importarle menos y, alcanzando mi camiseta, me jala hacia su boca.

¿Qué mierda?

No hay forma de que esto sea real. De ninguna manera ella hizo eso. De ninguna manera mi boca está realmente fusionada con la de ella.

Abre los ojos. Grandes y color miel, ella está seriamente molesta. Ella rompe con el… ¿beso? Y resopla.

—O'Brian, ¿vas a hacer esto o no? Muéstrame lo que tienes.

Y ahí es cuando vuelvo a estar en línea. Cuando hace clic. Esta es mi oportunidad. Probablemente la *única oportunidad* que tendré con esta chica. Necesito hacerlo bien.

Mi boca se curva, porque soy un tipo que sabe moverse bajo presión.

—Tú lo pediste.

La beso. La beso como si *lo hiciera en serio*. Como si hubiera estado pensando en ello desde la primera noche que la conocí. Y esta vez no soy yo quien duda. No soy yo el que está demasiado aturdido para reaccionar. Deslizo mis dedos en los ardientes mechones de su cabello, acariciando la parte posterior de su cabeza

mientras me retiro lo suficiente para murmurar contra sus labios—: Vamos, Georgie. Me besaste.

Una pausa. Dejo que mis labios jueguen con los suyos, ligeros como una pluma. Una provocación. Un susurro de lo que quiero, pero solo si ella también lo quiere.

Y luego ese momento ponderado se rompe y ella tiene sus manos juntas en mi camiseta, una en mi hombro y otra en mi pecho. Me está atrayendo hacia ella con un pequeño gruñido.

Había planeado delicadeza para este beso. Una cosa controlada destinada a mostrarle cuán magistrales eran mis habilidades varoniles. Pero no hay nada controlado sobre lo que está pasando entre nosotros. Esto es una locura. Desesperación. Calor y deseo y sí, ira también.

De ella, porque me odia.

Y la mía, porque se siente como si hubiera estado esperándola durante años. Para siempre. *Pero no así.*

No es que vaya a parar. Diablos no. Voy a alimentar a esta pequeña al rojo vivo con mi lengua y devoraré su boca hasta el último segundo.

Ella gruñe de nuevo, más enojada. Y esas manos que estaban amontonadas en mi camiseta están en puños en mi cabello. Cada curva exuberante que solo he imaginado hasta este punto, presionada contra mí en la provocación más cruel.

Este beso no va a durar. En el momento en que recobre el sentido, me empujará y me dirá que me vaya a la mierda.

Pero hasta entonces, mi lengua se arremolina, encontrándose con el roce húmedo de la suya, y mis manos se deslizan sobre su fenomenal trasero, así que la tomo por detrás y la atraigo hacia mí.

Y esta vez ese sonido que hace no es un gruñido. Esta vez, es algo completamente diferente. Es suave y…

—Para.

Se terminó. Dios, no quiero que termine. No quiero que un beso sea todo lo que tenga de ella. Pero ya la he dejado ir. Estoy respirando con dificultad como si acabara de jugar veinte minutos seguidos y mi corazón se siente como si estuviera a punto de estallar.

Con la cabeza gacha, abro los ojos para encontrar su mano en la parte delantera de mi camiseta de nuevo. Justo sobre el corazón que late con fuerza solo por ella.

—Vamos a aclarar una cosa —dice, su voz baja y temblorosa. Enojada, como siempre. Ese pequeño puño le da a mi pecho un golpe lento como si quisiera asegurarse de tener mi atención antes de destrozarme, diciéndome que esto fue algo de una sola vez. Un error—. *Yo te estoy usando a ti* ¿Entendido?

Toma un segundo. Otra mirada más profunda a los ojos ardiendo en los míos. Pero luego, joder, creo que sí.

—Entendido.

Ella se mueve para alejarse, pero la agarro por la cintura y tiro de ella hacia atrás en un beso más caliente que las brasas del infierno.

—Envíale un mensaje a Nat diciéndole que te vas. Ahora.

9

George

Sé que estoy jodida en el segundo en que su boca se encuentra con la mía. Que mi ingenioso plan para recuperar el control fue fallido. Porque nunca consideré que este beso perfecto de mis recuerdos, el que estaba tratando de demostrar que en realidad no existía, al igual que el hombre que me lo había dado, podría palidecer en comparación con lo que él es capaz de hacer ahora.

Y luego pensé, bueno, diablos, si estoy condenada a pasar el resto de mis días dolorosamente consciente de cómo este idiota me arruinó para todos los demás chicos…

¡George!

Debería haber recuperado la razón. Me doy cuenta del gran error que estoy cometiendo y decirle a quien que me lleve a casa. Pero no lo he hecho. Todo lo que puedo hacer es sentarme en el asiento del pasajero mientras él atraviesa el tráfico de Chicago como si estuviera en una escapada que se dirige a anotar.

No hablamos, no nos tocamos. Se detiene en un edificio alto no muy lejos de Lake Shore Drive y toma el lugar de estacionamiento dentro de un área privada cerrada.

El carro está apagado, pero él vuelve a poner sus manos en el volante, agarrándolo lo suficientemente fuerte como para que sus nudillos se pongan blancos.

No debería ser sexy, pero tengo que juntar las piernas tratando de aliviar el dolor entre ellas.

—No voy a tocarte hasta que entremos.

Asiento y miro por el parabrisas con él.

—Probablemente sea una buena idea.

—¿Sólo tomaste una cerveza?

De alguna manera no me sorprende que pregunte.

—Ni siquiera una completa. Si alguien está a punto de ser aprovechado, *eres tú*.

Deja escapar un suspiro como si lo hubiera estado conteniendo y se vuelve hacia mí, con un pequeño tirón en la comisura de su boca.

—Cierto. Estás a punto de usarme como un semental.

Mis ojos caen a su boca. Quiero lamerlo. Quiero mordisquear ese labio inferior carnoso y chuparlo.

—Si no dejas de mirarme así, no saldremos de este carro. Y no sé qué implica este plan para usarme, pero me gustaría pensar que la ejecución será mejor en una cama. O el suelo. —El cuero cruje bajo su agarre mientras sus ojos recorren lentamente mi cuerpo—. Contra la pared… En el sofá.

Estoy asintiendo, una imagen sucia me asalta tras otra.

—O tal vez simplemente termine con esto —susurro, acercándome poco a poco a su espacio—. Y te use aquí mismo.

Él gruñe, soltando la rueda para frotar una mano sobre el oleaje en su bragueta.

—*George*.

Tan. Sexy.

No puedo esperar. No tengo suficiente experiencia en la gestión de este tipo de atracciones.

El garaje está vacío. Mis principios están hechos jirones en el piso de la cocina de Nat.

Estoy a medio camino sobre su regazo, mi boca ya cerrada con la suya, cuando deja escapar un gemido torturado y abre la puerta del carro. Sus brazos se colocan alrededor de mi espalda mientras se levanta del asiento, arrastrándome con él.

Cierra la puerta de una patada, y luego mi espalda está contra ella, mis piernas se abren mientras Quinn me besa fuerte, frotándose contra mí a la perfección. Quiero más. Lo quiero dentro de mí. Ese beso que se suponía que debía odiar, el que debería haber palidecido en comparación con mi memoria… ese beso es mil veces mejor, más caliente, más adictivo de lo que recuerdo. Ese beso es material de leyenda, menos el romance o la conexión emocional, por supuesto. Y ahora he perdido todo el control.

Su lengua empuja más allá de mis labios, acariciando con firmeza y llenándome con su sabor y necesidad. Haciéndome doler bajo en mi vientre y caliente profundamente entre mis piernas.

—Quiero esto —jadeo cuando se separa.

—Nena, entonces tienes que soltarme.

Correcto. Porque mis piernas están envueltas alrededor de sus caderas y mis brazos están enrollados alrededor de su cuello, mis dedos enterrados en su cabello… apretándolo fuerte.

Trago, tratando de recomponerme mientras me desengancho.

Cuando estoy de pie y él se ha ajustado un poco el paquete de acero de sus jeans asiente hacia el ascensor privado que dice *Solo para residentes*.

Alcanza mi mano y lo sacudo.

—Nada de agarrarme la mano.

—Correcto —dice con una risa baja que es un sonido tan bueno que lo siento a través de mí.

Quinn marca un código y se abre la puerta del ascensor. Pero antes de subirme, la vocecita regresa con un sentimiento de culpa que me hace levantar un dedo.

—Sé que te gusto. Pero eso no es de lo que se trata. No lleva a ninguna parte más que a pasar un buen rato. —O si tengo suerte, tal vez solo un *buen* momento—. De verdad.

—Nada más que sexo. Entendido.

Luego, porque no estoy segura de que lo haga, o tal vez porque solo necesito decirlo—: Este soy *yo*, usándote a *ti* para el sexo. No de la otra manera.

Me pone una cara muy seria que en realidad no parece serlo.

—Nunca.

Satisfecha, entro y Quinn me sigue. Presiona un botón y apoya un hombro contra el latón espejado, mirándome fijamente.

—¿Y la distinción es importante?

Críticamente así.

—Lo es.

—Entonces así es como es.

Trago, de repente siento que mis nervios se activan. Nunca había hecho algo así. Quiero decir, he tenido sexo con chicos que no me

tomaban en serio. Pero incluso esa noche de mediocridad casual de amigos con beneficios hace dos años fue más significativa que lo que está a punto de suceder aquí.

Subimos al undécimo piso y cuando bajamos, se encuentra en un pasillo simple pero elegante con solo cuatro puertas. Nos deja entrar en el primero a la derecha y comienza a quitarse un zapato y luego el otro unos pasos adentro del apartamento

—Entonces dime… —Se estira y se quita la camiseta. Despacio—. ¿Cómo funciona exactamente este asunto de '*usar*'?

Deja caer la camisa al suelo, llevándome hacia la parte trasera del apartamento y dentro de su dormitorio.

Está en la punta de mi lengua responder—: Tú dime. —Sólo que esto no se trata de señalar todos los errores que este hombre ha cometido. Se trata de una satisfacción mutua… lograda en mis términos.

La cosa es que nunca he usado intencionalmente a alguien antes. Aun así, no quiero renunciar a mi control. Entonces digo—: Haz lo que te digo.

La esquina de su boca se engancha de nuevo.

—Mandona, ¿eh?

Bien, y ahora estoy segura de que está pensando que tengo un problema que en realidad no tengo.

—No. Sí. *Está bien, no así*. No es que haya nada malo en ello. Pero… Quítate los pantalones y sigamos con esto.

Él se ríe y me hace sentir como si estuviera jugando conmigo otra vez. Porque puedo decir que tengo el control, pero ¿significa eso que realmente lo tengo?

Pero luego dejo de pensar tanto porque Quinn se está desabrochando el grueso cinturón de cuero. Se está bajando la bragueta de los jeans y, de nuevo, es como un gif de Tumblr en cámara lenta de antaño.

Desliza su mano en su bragueta abierta y la frota sobre su pene, y creo que estoy a punto de correrme solo por eso.

—¿Y entonces qué? —Se ve tan sexy y presumido como nunca he visto a un hombre.

—Desnudo —me atraganto. Y su sonrisa se vuelve aún más sucia cuando empuja sus calzoncillos por sus gruesos muslos y se los quita por completo.

—Te quiero en la cama. —Mi voz es temblorosa, demasiado baja, demasiado entrecortada, pero él no dice nada. Simplemente se mueve al borde de su cama gigante y se sienta en el edredón.

—¿Vas a dejar que te pruebe, *Georgeous*? —me pregunta, recostándose sobre un brazo mientras acaricia perezosamente su eje con la mano libre—. ¿Vas a arrodillarte sobre mi cara y dejarme hacer que te corras con mi boca?

Ay dios mío. Mis paredes internas se aprietan y el calor líquido se acumula en mi vientre ante la idea. Aun así, niego con la cabeza.

—Voy a llegar a la cima —susurro.

Pasando su lengua por su labio inferior, hace un sonido de decepción fingida, como si realmente estuviera desanimado porque no puede comerme. Y en serio, el tipo es bueno bajando. Pero está demasiado cerca de lo que sucedió la última vez. Recuerdo esa desesperación y deseo de poner su boca sobre mí, y no quiero volver a caer en eso.

No quiero pensar en eso.

—Quiero… que me folles. —Crudo. Frío. Totalmente puedo hacer esto.

Él levanta un dedo. —Y yo soy todo acerca de eso, pero antes de que nos adelantemos a nosotros mismos…— Se inclina hacia la mesita de noche y saca un condón del cajón.

No estoy muy segura de lo que esperaba que hiciera a continuación, pero no era para aplanar el papel aluminio y darle una mirada más cercana.

Luego, aparentemente satisfecho, lo tira sobre la colcha a su lado. Esta vez, cuando me mira, esa sonrisa de suficiencia a la que me he estado aferrando con tanta fuerza, la que me hace sentir más segura que cualquier cosa que huela a sinceridad, se ha ido.

Él traga.

—Lo siento, sólo… necesitaba comprobar la fecha.

Correcto, porque se supone que debo creer que este tipo no ha estado quemando los troyanos más rápido de lo que podrían expirar.

Lo que sea.

—¿Está bien? —pregunto, alcanzando el dobladillo de mi camiseta.

—Todavía no, pero muy pronto alguien lo va a estar. —Me hace señas para que me acerque—. ¿Qué tal si vienes aquí y me dejas ayudarte con toda esa ropa?

En mi libro, eso suena como seducción, y no quiero estar soñando con la forma en que este hombre me quita la ropa. Quiero el enfoque en el bienestar físico.

—Gracias, pero yo lo hago —digo, agitando mi camiseta por encima de la cabeza. Me estiro detrás de mí y me desabrocho el sostén, dejando caer el satén verde a mi lado y luego desabrocho el botón de mis cargos para poder quitármelos con mis bragas y zapatos, todo a la vez.

Me refiero a que este sea un tipo de encuentro serio, pero el sonido medio torturado que emana del pecho de Quinn y la forma hambrienta en que sus ojos arden sobre mí dicen que no soy totalmente exitoso. Maldita sea, voy a recordar esa mirada.

—Dime que estás seguro de esto —retumba, con los ojos fijos en mis tetas mientras me arrastro sobre su regazo.

—¿Sobre querer usarte una vez y luego nunca más? Sí, estoy segura.

Soy una mentirosa, eso es lo que soy. Porque la parte racional y apenas funcional de mi cerebro me dice que este es el mayor error que he cometido, pero estoy demasiado ida para escuchar.

—Joder, gracias —gime, capturando mis caderas con sus grandes manos, tirando de mí contra él.

Mis rodillas están bien abiertas sobre sus muslos, mis tetas descansan contra su pecho mientras nuestras bocas se encuentran en un beso devorador. Dios, este hombre puede besar. No es de extrañar que me haya perseguido todos estos años. Nuestras lenguas se enredan y ruedan, acariciando húmedas, calientes y hambrientas una contra la otra.

Sus dedos se flexionan y se extienden, deslizándose sobre mi trasero y tirando de mí para encontrarlo justo a la perfección. Él está tan duro. Tan grueso y grande.

—Tan húmeda para mí —él gime contra mis labios. Alcanza entre mis piernas desde atrás, acariciando mi resbaladiza y luego empujando un dedo grueso dentro.

Eso es bueno. Tan bueno. Y no porque sea Quinn O'Brian quien me toque. Definitivamente no.

Porque ha pasado tanto tiempo, eso es todo.

Su tacto es un poco áspero. Y la forma en que se mueve, entrando y saliendo, llenándome con uno, y luego con dos…

Es tan bueno.

—*Quinn* —jadeo, y luego mentalmente me doy una sacudida por no llamarlo *cariño* o *semental* o *tú allí*. Alguna etiqueta genérica destinada que me recuerde que este podría ser *cualquiera*. Que no es Quinn lo que me enciende y me vuelve loco, es la mecánica. Eso es todo.

Quiero que eso sea todo.

Pero mis manos vagan hambrientas sobre el pecho y los hombros. Dedico demasiado tiempo a estudiar. Sube por su cuello y en el cabello que se siente tan grueso y suave como lo recuerdo. Tan bueno entre mis dedos, como su boca se mueve a mi oído. Su aliento una provocación caliente contra el verticilo. Familiar.

—Te sientes tan bien, Georgie. Incluso mejor de lo que imaginaba… Dios, he soñado con esto.

Y ese elogio áspero y la admisión desigual es lo que lo hace. Estoy apretando sus dedos, espasmódicamente alrededor de su toque, corriéndome más fuerte que nunca.

—Así es, nena, córrete para mí.

Ola tras ola de placer golpean mi centro, y solo después de que pasa el último temblor, Quinn se relaja. Debería decirle gracias por el buen tiempo e irme, pero ya odio la pérdida de su toque, extraño la sensación de él dentro de mí.

Abre el paquete, enrolla el condón y se alinea debajo de mí.

—Necesito entrar en ti.

Sí.

Es grueso, más ancho que sus dedos, seguro. Y la presión mientras me cierro sobre él y nuestros ojos se encuentran tiene la respiración estancada en mi pecho.

—Georgie, despacio, nena… nunca nada se sintió tan bien… — Los ecos de esa primera noche juegan en los márgenes de mi mente. Pero esta vez es diferente. Esta vez entiendo dónde están dibujadas las líneas, porque las dibujé yo.

Entonces, ¿por qué de repente estoy aterrorizada?

—Oye —dice suavemente, volviendo a apoyarse en los codos—. Estás a cargo. Todo lo que quieras. Nada que no quieras. Sus ojos están calientes, ardiendo de deseo, pero no se mueve—. Si quieres usarme, úsame. Si has cambiado de opinión…

—No lo he hecho. —Las palabras pasan rápidamente por mis labios antes de que pueda siquiera procesarlas. Pero es verdad. Quiero esto.

Y luego me estoy bajando ese primer centímetro. Es tan intenso, tan abrumador, oh, Dios mío, *tan bueno*, mis ojos se conectan con los suyos, clavándonos en el lugar.

—Preciosa, Georgie. —Sus manos se cierran en puños en el edredón debajo de nosotros, los músculos de sus abdominales, brazos y cuello se destacan en un marcado alivio mientras se contiene para no hacerse cargo.

No puedo apartar la mirada mientras me hundo sobre él. No puedo evitar que mis manos empujen sus pectorales o que mis suaves gritos se contengan cuando la fricción resbaladiza de su cuerpo llenando el mío me tiene casi lista para correrme de nuevo.

—Despacio, nena —grita—. No quiero lastimarte.

Quiero decirle que no puede lastimarme. Que esos días han terminado. Pero incluso yo sé que eso no es cierto.

Esto, lo que estamos haciendo en este momento, esta elección ya me está lastimando. Porque es demasiado bueno. Se siente demasiado bien. Demasiado perfecto. Y no solo la forma en que su cuerpo encaja con el mío. Pero la forma en que me mira. La forma en que suena.

Se siente como si lo hiciera esa primera noche, y esa primera noche fue una mentira.

Pero incluso con todo eso dando vueltas en mis pensamientos, no quiero que se detenga.

Y cuando estoy completamente sentada, habiéndolo llevado tan lejos como mi cuerpo me lo permite, toma un lado de mi mandíbula, acariciando mi mejilla con la yema áspera de su pulgar.

—¿Bien?

Asiento, odiando la vulnerabilidad que siento por ese solo toque.

Sus caderas se presionan hacia arriba, haciéndome jadear mientras se empuja aún más dentro de mí.

Sí.

—Entonces móntame, nena. Úsame para tu placer.

Y lo hago.

Empiezo a moverme, acercándome a su eje, moliendo y meciéndome contra él mientras me llena más que nunca. Mis caderas se rompen una y otra vez, todo el tiempo que Quinn está debajo de mí, arqueándose hacia arriba cuando bajo, susurrando un estímulo sucio tras otro. Diciéndome lo mucho que me quiere… Lo bien que me siento… Lo apretada que estoy a su alrededor… Lo mucho que lo estoy usando y lo mucho que le encanta.

Y cuando me acerco, se lame el pulgar y lo presiona contra mi clítoris, frotándolo justo hasta que me rompo, deshaciéndome a su alrededor.

Me desplomo sobre su pecho, preguntándome si alguna vez recuperaré el aliento. Me pregunto si alguna vez dejaré de querer esto.

La cálida mano de Quinn acaricia mi espalda, sigue un camino posesivo sobre mi trasero y luego regresa a mi cabello.

—¿Estás bien, Georgie?

Me siento fantásticamente.

—Sí.

—¿Mi turno? —pregunta, sus labios rozando mi oído.

Realmente no había pensado en eso, pero parece justo.

—Tu turno.

Su brazo cruza mi espalda, sosteniéndome contra él mientras nos hace rodar. Y luego estoy debajo de él, su eje aún enterrado profundamente, su ingle presionada contra mi sexo sensible.

Se siente aún mejor así.

Quería estar arriba porque había menos vulnerabilidad en esa posición. Sentí que tendría más control. Y yo tenía razón. Porque debajo de él, me siento impotente. Siento que dejaría que este hombre me hiciera cualquier cosa, que me quitara cualquier cosa. Que, así, podría volver a creer las mentiras en sus ojos.

Es peligroso, pero se siente tan bien, no hay forma de que le diga que se detenga.

—¿Vas a usarme? —susurro, mis dedos arrastrándose sobre su pecho.

La mirada que me da activa todas las alarmas de advertencia que tengo, incluso cuando libera miles de mariposas en lo profundo de mi estómago y agita la necesidad que acaba de saciar.

—Ni siquiera cerca, *Georgeous*.

10

George

Margo abre la puerta y saca una cuchara de su boca.

—Oh hombre, ¿qué hizo ahora?

Tomo un respiro tembloroso, luchando contra el temblor en mi barbilla.

—¡Ese bastardo me hizo el amor!

Se ahoga un poco y me hace señas para que entre.

Esta noche lleva un par de pantalones de chándal y una sudadera a juego que se ve increíble contra su piel oscura y probablemente me dejaría muerta, muertecita.

La sigo a la sala y me detengo mientras ella empieza a colectar… Ni siquiera lo sé.

—¿Qué es esto?

—Tablero de inspiración —murmura, moviendo un tablero de corcho cubierto con recortes de revistas, trozos de cinta y un poco de tela a la mesa de café para que pueda sentarme a su lado.

—Si quieres un trago, te traeré uno, pero no hasta después. Quiero una cuenta clara y completamente detallada. —Agarrando mi mano, se inclina más cerca—. No existe tal cosa como demasiada información. Parpadea una vez si lo entiendes.

Hombre, ella es intensa.

Parpadeo. Pero luego una pestaña o una mota de revista me entra en el ojo y termino parpadeando unas treinta veces, lo que pone a Margo en su lugar de enojo.

—¿Y eso que significa? —grita.

—¡Lo entiendo! Quieres detalles —suspiro, frotándome el ojo con el dorso de la mano—. Pero en realidad no soy el tipo de chica que comparte.

Ella me da una mirada mordaz.

—¿No?

Y está bien, tal vez he estado compartiendo más con ella últimamente. Pero no es que corra agitando las encías a todo el que se cruza en mi camino.

—Bien. Comparto. Pero solo porque Quinn me impulsó a hacerlo.

Me da una palmadita en la mano con simpatía y luego, pareciendo pensárselo mejor, levanta una ceja y me tira del brazo.

—¿Mejor?

Un poco.

—Gracias.

—Bueno. Habla. Y no escatimes en detalles. Según los informes, el juego de Quinn es el siguiente nivel. No conozco a nadie que haya estado con él antes, pero siento que todos los que conozco conocen a alguien que lo ha hecho.

Y ahora tengo ganas de vomitar.

—Lo siento —susurra.

—¿Qué vas a hacer? —Me encojo de hombros—. El tipo no es demasiado particular. No es como si lo estuviera probando para ver si el material de novio se sentía bien contra mi piel.

—Mmmmmm. —Asiente. Y luego sacude la cabeza. Y luego, finalmente, cualquier intento de mantenerla tranquila se va directo al infierno cuando se desliza aún más cerca y sonríe como una tonta—. Está bien, entonces, ¿qué estabas haciendo exactamente? Porque lo último que supe era que estabas estrictamente en una dieta sin Quinn. Sin charlar, sin reír, sin mirar, aunque en serio, cada vez que te veo, lo estás mirando, buscando algo sobre él en tu teléfono o hablando de él. Entonces… ¿cuándo mirar se convirtió en tocar?

Mi boca está un poco abierta y quiero protestar, pero el chico ha estado absorbiendo mucha de mi atención últimamente. Con su estúpida sonrisa. Y esos ojos mentirosos. Y ese cuerpo. Mucho mejor sin ropa.

Grande, ancho y poderoso. En todas partes.

Caray, todavía puedo sentirlo dentro de mí.

Los dedos chasquean frente a mi cara y luego Margo también está allí.

—¿Recuerdas el parpadeo? Ese fue un acuerdo *vinculante*. Vas a contarme en detalle gráfico y explícito todo lo que sucedió detrás de

esos ojos en este momento.

Abro la boca para soltárselo todo y luego me dejo caer en el sofá, odiándome más que un poco. Quinn O'Brian no se ha ganado mi lealtad ni mi respeto. Pero de repente, miro a Margo con una disculpa en los ojos, porque sé que no le voy a decir nada.

Ella frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Bien, ¿qué tal si empiezas diciéndome cómo terminaste dejando que el chico te hiciera el amor?

—Fue un accidente —murmuro, tocándome la uña del pulgar.

—Ah, okey. Así que simplemente se cayó, entonces.

Mis ojos se estrechan, ¿por qué esa risa es realmente necesaria?

—Quería recuperar algo de control. Se estaba burlando de mí con todo ese asunto del atractivo de un mujeriego, preguntándome si alguna vez había pensado en cómo sería con nosotros. Haciendo alarde de sus grandes brazos musculosos y…y pensé en lo que tú y yo hablamos. Cómo le estaba dando demasiado poder. Así que pensé que tal vez si lo besaba, ya sabes, entrando con los ojos abiertos, podría obtener una mejor lectura de la calidad. Mirar que el beso de Quinn en realidad no fue *todo eso*. Y entonces tal vez podría dejar de compararlo con cada nuevo beso que recibo. —Parecía un plan tan sólido en ese momento—. Quería que fuera terrible.

—¿Y? —me presiona, un brillo de entusiasmo en sus ojos.

Suspiro—: Fue incluso mejor que la primera vez.

Su nariz se arruga.

—La práctica hace al maestro.

¿Por qué me molesta eso?

—Probablemente.

—Así que empezaron besándose y terminaste en la cama. Espera… —Su barbilla se tira hacia atrás mientras jadea—. ¿No estuviste en ese asado del equipo en casa de Vaughn y Nat? ¡Ay, Dios mío! ¿Lo hiciste en la habitación espeluznante con todas las cajas?

—¿Qué? ¡No!

Espera.

Y para esta parte aquí, no puedo mirarla a los ojos.

—Nos besamos en la cocina y luego le dije que lo iba a usar para el sexo. Y él dijo que estaba bien, y luego nos fuimos a su casa.

Y ahora se ahoga con el aire, mirándome como si pensara que estoy loca o que soy su héroe. Con Margo, probablemente sean ambas cosas.

—Espera, ¿le dijiste?

—¡Sí, le dije! Si voy a utilizar a alguien… será con su *consentimiento*.

—Entonces, ¿Qué salió mal?

Miro mis uñas cortas todavía medio cubiertas con el esmalte que eligió para mí la semana pasada. Debería quitármelo, pero no tengo ningún removedor y me gusta.

—Bueno, entonces era su turno.

Levanta las cejas.

—Y él no te estaba usando.

Me tapo los ojos con las manos, deseando no poder ver la forma en que me miró. Deseando poder olvidar la forma en que me tocó. Como si yo fuera preciosa. Como si yo fuera todo. Como si no fuera a detenerse hasta que vi lo que estaba tratando de mostrarme.

Desearía poder olvidar la forma en que se hundió en mi cuerpo, cómo se movió para que lo sintiera en todas partes. Cómo me acercó una y otra vez, susurrando: *casi… no del todo… sólo un poco más, nena*. Diciéndome que nunca duraría si sentía que me acercaba a él otra vez… y quería que durara.

Mentiroso.

—No. Y como si eso no fuera lo suficientemente malo, el imbécil me hizo correrme dos veces más antes de renunciar.

—Bastardo —jadea. Luego entrecierra los ojos y alcanza uno de mis rizos aún húmedos y le da un tirón… Justo como lo hizo él—. ¿Te duchaste en casa y luego viniste aquí?

Niego con la cabeza, avergonzada.

—Estaba hecha papilla. No pude resistirme cuando me llevó a su ducha.

Ella levanta una ceja.

—¿Y?

—Y me lavó el cabello durante veinte minutos seguidos, masajeando mi cuero cabelludo y besando mi cuello. Mientras que *yo* era la que recibía la mayor parte del rocío.

—*Vaya.*

—Él quería que me quedara a dormir. Trató de tentarme con comida.

—Está bien, no me odies, pero eso suena un poco soñador.

Es todo lo que nunca quise que fuera.

—O como alguien que intenta recuperar mi control. Y al diablo con eso.

Ella no parece convencida.

—Entonces, ¿cómo lo dejaste?

—Me preguntó si podía salir mañana después del partido. Le dije que no, pero le agradecí el buen momento.

—Fría. —Me da un pequeño golpe de puño. Pero luego mira hacia otro lado de una manera muy poco parecida a la de Margo—. Pero quiero decir, *podrías* verlo de nuevo.

—¿Qué? —Me ahogo—. No. ¿No has estado escuchando? Esto fue algo de una sola vez.

Manos arriba, ella comienza a asentir.

—Correcto. Cierto. —Luego, entrecerrando un ojo, pregunta—: ¿Entonces sientes que tienes el control otra vez?

—Ni siquiera cerca —suspiro—. Pero otra noche en la cama de Quinn es lo último que necesito para arreglar eso.

Levantándose del sofá, se dirige hacia la cocina.

—Tiempo por un trago. Te lo has ganado.

11

Quinn - Esta temporada

Rebото en los paneles y persigo a Lorenski, mi enfoque en una cosa y sólo una cosa, el disco.

Él está presionando fuerte, pero yo estoy presionando más fuerte. Lo muevo de su bastón y corto. La defensa está sobre mí mientras trato de cubrir a Vassar también, pero no es bueno. Estamos a punto de anotar.

Lanzo un pase a través del hielo, lo veo aterrizar en el palo de Vassar y uso el ritmo que se necesita para regresar, maniobrando para despejarme.

Y luego el disco está volando, y estoy tomando el tiro cuando está dentro del alcance.

¡Golpe!

Se está volviendo superior, cortando ese espacio mínimo que Otto lucha por proteger. Mi corazón se detiene, conteniendo la respiración incluso mientras corro para posicionarme para un rebote, ¡pero está adentro!

La multitud estalla mientras Vassar viene hacia mí como un tren de carga. Un conjunto de brazos golpea a mi alrededor y luego otro y otro. Apenas puedo ver mientras hacen sonar mi casco y damos vueltas hacia el banco.

Con el corazón latiendo de golpe, los pulmones en llamas, observo a la multitud en busca de ese lío sexy de ondas rojas y los ojos nerviosos que a veces ocupan el lugar junto a Nat. Pero esta noche los asientos de Baxter están ocupados por su esposa y ese jugador de fútbol que se retiró el año pasado. Y parece que Vassar los puso para subastarlos con fines benéficos o algo así, porque no reconozco a los tipos que los llenan.

No es como si tuviera delirios sobre lo que pasó anoche de repente, lo que significa que la voy a encontrar envuelta en mi número, sacudiendo un cartel contra el cristal. Pero tal vez no me

hubiera importado ver su cara después de marcar. Mirarla animándome antes de que lo apague y me dé esa mirada desinteresada que nunca hace el trabajo que se supone que debe hacer.

Aunque no esta noche.

Y eso significa que tampoco la veré en el bar después del partido.

Mierda. Quiero verla.

Ganamos dos a uno. Es uno de esos partidos en los que podría haber ido de cualquier manera. Donde la tensión no afloja ni un segundo. La forma perfecta de empezar la temporada. Mis entrevistas después del partido son afortunadamente breves, pero incluso cuando me ducho y me pongo el traje, preparándome para salir del vestuario, esa ventaja todavía está ahí. Sigo pensando en George. Sobre cómo era estar debajo de ella. Rodeado de ella. *Joder*, enterrado hasta la empuñadura dentro de ella.

Podría enviar mensajes de texto.

Ofrezco mi cuerpo por otra noche de dar vueltas en la cama. Solo que de ninguna manera podría dejarla tomar las riendas cuando estoy así. Si le pusiera las manos encima esta noche, sería yo quien tuviera el control. Yo establecería el tono y el ritmo y cuántas veces se corriera y qué tan fuerte y…

—Vaya, *amigo*, guarda esa cosa.

Parpadeo para encontrar a Rux tirándome una toalla y saludando en la dirección general de mi paquete. Lo cual está de hecho duro.

—Pensé que Popov era el único que conseguía una erección después de una victoria. —Él niega con la cabeza—. Pero mierda.

Joder,

Esto no se va a ir tranquilamente.

Baxter entra con una toalla y le muestra la barbilla a Rux.

—¿Qué pasa?

Estoy esperando que Rux empiece a abrir la boca, pero es Vassar quien interviene como un idiota total.

—La erección deportiva de O'Brian.

—¿En serio, hombre?

Mi *amigo* niega con la cabeza, un atisbo de una sonrisa metida en lo que los fanáticos acuñaron como su cara de pinchazo en reposo.

—Pensé que ibas a golpearme con eso cuando te dieras la vuelta.

—*Hombre*. —Estuve del lado de este tipo cuando nadie más en la ciudad lo estaba. ¿Y ahora esto? Maldita sea, extraño los días en que Baxter y Vaughn apenas podían soportar compartir la misma habitación y mucho menos la misma conversación.

Él hace una mueca o sonríe.

—Fue aterrador.

Baxter regresa.

—Esa cosa es un monstruo.

Continúa así por un tiempo, un tipo tras otro tomando su turno.

No quiero, pero entonces me estoy riendo, tomándolo con calma. Seguro de que no voy a escuchar el final de esto por el resto de la temporada. Probablemente más largo.

Miro a Vaughn y veo que tiene su teléfono.

—Vassar, ¿estás filmando esto?

Levanta un dedo y señala hacia donde está Rux en el suelo, con las manos en alto y la cara torcida en fingido terror como si estuviera tratando de protegerse de un ataque de una polla monstruosa. Y luego Baxter corre en cámara lenta… arrojándose en el camino de dicho monstruo invisible mientras Diesel se tapa la boca con las manos y grita en cámara lenta—: ¡Cierra la boca, hombre! ¡Él va a estallaaaaaaar!

Vaughn mueve su teléfono hacia mí, con una sonrisa en su rostro tan grande que apenas lo reconozco. A Nat le va a encantar esto.

Impresionante.

—¿Se lo estás enviando ahora?

—No, ella y George se reunirán con nosotros en el bar. Muéstraselo entonces.

Y de repente no es el único que sonríe como un tonto.

George

—¿Viste esa jugada de O'Brian en el segundo? —dice un chico sentado al lado de nosotras con un bigote medio rarito. Está hablando con su amigo, que de alguna manera conoce a Nat por una obra de caridad en la que trabajaron juntos—. Te lo digo, ese es el tipo al que hay que estar vigilando. Nat, tus muchachos son buenos, seguro, pero ¿ves cómo O'Brian seguía armando mierda?

Ella asiente, la aficionada al hockey que hay en ella se adelanta a cualquier lealtad que sienta hacia los dos hombres más importantes de su vida.

—Comenzó a juntarse para él la temporada pasada. Pero, ¿viste a Rux?

Él se inclina hacia atrás y gime como si estuviera en éxtasis, y empiezo a sentirme un poco sucia, como si tal vez me estuviera entrometiendo en un momento privado o algo así. Amo el hockey. Pero no estoy tan interesada en los deportes en los que predominan los hombres, no es lo mismo jugar o ver ganar a las chicas de Nat.

Parte de esto es guardar rencor. Desde que tengo memoria, los equipos masculinos han recibido la mayor parte de la atención. Se lo merezcan o no. En el bachillerato, el equipo de mis chicas fue al estatal tres años seguidos. Pero los chicos que no lo habían logrado ni una sola vez siempre obtuvieron el mejor tiempo en el hielo.

En la universidad, Nat y yo jugamos en un equipo campeón, pero la arena nunca se llenó como lo hacían con los muchachos. La conversación en los bares rara vez trata sobre mí o la fuga asesina de Nat. Por lo general, se trata de un tipo en el equipo de chicos.

Pero la cuestión es que, esta noche, lo único que me impide dominar esta conversación es el temor de que, si abro la boca, aunque sea una vez para expresar lo increíble que creo que jugó Quinn O'Brian y cómo creo que se está llevando bien con el equipo y avanzando en un papel de liderazgo… Estoy segura de que no podré parar.

Y en serio, *tengo* que parar.

Necesito dejar de pensar en él. Sobre la forma en que me besó. Sobre la sensación de su fuerte brazo alrededor de mi espalda cuando nos dio la vuelta en su cama y la forma en que se hundió en mí cuando su peso se asentó entre mis muslos.

Necesito hacer lo que vine a hacer aquí.

Vine a verlo. A ver que a pesar de que cada minuto que estuvo dentro de mí ha sido tatuado en mi mente por un tiempo eterno, esa vez fue suficiente. Que todavía tengo el control.

Y luego me iré de este bar sola y no volveré nunca más.

Nat se queja de una mala llamada el primer período y en realidad estoy prestando atención a medias porque los jugadores han comenzado a aparecer. Veo a Popov y Vsev con sus elegantes trajes, rodeados de fanáticos. Un minuto después Diesel. No pueden avanzar más de un pie o dos sin hacer una pausa para dar una palmada en la espalda, un golpe de puño o un apretón de manos. Hay unas cuantas chicas de esas que nos rodean corriendo junto a ellos, con las tetas apretadas contra los brazos de los muchachos, excepto Vsev, porque todos saben que ese tipo es un hombre de familia que no pierde el tiempo. Entonces, para él, las chicas le dan uno de esos abrazos platónicos que todavía no amaría si fuera su esposa, pero definitivamente es el mal menor.

No es la primera vez que me pregunto cómo debe ser, ser uno de estos tipos. Que las mujeres se te echen encima solo por tu trabajo. Y lo que es aún más extraño, ese estatus de casi celebridad probablemente comenzó en el bachillerato.

Me pregunto sobre Quinn y si ha estado con alguna de las chicas que ya se ha aferrado a los jugadores que esperan llevarse a casa.

¿Se vuelve solitario?

¿Se vuelve viejo o aburrido, o el buffet de chicas es tan emocionante el último día como lo fue el primero?

Natalie se anima mirando su teléfono y luego estira el cuello mirando a la multitud hasta que aparece Vaughn.

Ella está fuera de su asiento y salta a sus brazos para un abrazo que es abrazo y besos a partes iguales, y me duele un poco ver el amor entre ellos. Y luego no son Vaughn y Nat a quienes estoy mirando, sino al hombre que camina alrededor de ellos, con una

cálida sonrisa en su rostro y seis botellas de cerveza atrapadas entre sus dedos. Los ojos de Quinn se elevan y una lenta sonrisa se extiende por sus labios.

—George.

Caray. Solo mi nombre en sus labios es suficiente para hacer que mi estómago revolotee y un cálido calor comience a agitarse en mi vientre. Es estrictamente una cosa física. Pero aún.

—O'Brian. —Ahí lo digo. Y sí, es un poco más suave y tal vez un sonido un poco sin aliento, pero no tartamudeo y con la multitud y la música no es como si realmente pudiera escuchar de todos modos.

Excepto que la forma en que sus ojos se oscurecen me hace pensar que tal vez lo hizo. Todos los chicos se ven bien con sus trajes, pero hay algo en la forma en que Quinn usa el suyo que me hace luchar para mirar hacia otro lado.

Vaughn y Nat se separan de su reunión de besos, caricias, no te he visto en horas, y Nat vuelve a sentarse en su asiento mientras Quinn acerca un par de taburetes para que él y Vaughn hagan lo mismo. Él adolescente acerca su taburete al mío, dejando espacio para Quinn y Vaughn al otro lado. Lo que me hace poder recordar su nombre porque el tipo me acaba de hacer un sólido. Y aunque no es tan grande como los jugadores, es lo suficientemente grande como para hacer un buen escudo entre Quinn y yo.

Al menos pensé que lo hizo. Pero luego el tipo se levanta de su taburete, arrastrándolo hacia atrás con alguna disculpa murmurada o una excusa que no entiendo hasta que se quita del camino y tengo una vista clara y sin obstrucciones de la épica mirada de muerte que Quinn le está dando.

Estoy demasiado aturdida para reaccionar. Demasiado aturdida para hacer algo más que mirar mientras el chico arrastra su taburete hacia mi otro lado. Mira hacia atrás a Quinn y luego continúa hasta que llega al otro lado de su amigo.

En ese momento, Quinn se desliza más cerca de mí, invoca una de esas sonrisas de señor Amabilidad y acerca su mano hacia el chico del bigote para estrecharla.

—Hola, hombre, Quinn O'Brian.

Eso es del tipo de mierda de cavernícola que me dé ganas de vomitar. Normalmente.

Pero esta noche…

En serio, no estoy orgullosa del estado de mis bragas, porque así de rápido, están empapadas.

Por lo que vale, Quinn no hace nada más. Me pregunta sobre la tienda y si tengo algún partido por venir.

Le pregunto cómo están sus costillas después de rebotar en los paneles al comienzo del tercero. Luego, Vaughn saca su teléfono y comienza una conversación en el vestidor que rápidamente se revela como la cosa más divertida que he escuchado. Y se trata de Quinn.

—¿Una erección? —El chico se ríe y me doy cuenta de que otra vez no puedo recordar su nombre. Pero en realidad no estoy pensando en nada más que en cómo Quinn se está tomando las bromas sobre ser atrapado con una erección con calma. Cómo es el tipo de persona con la confianza para reírse con la broma en lugar de perder la cabeza por ser el blanco de esta.

No quiero iniciar una conversación con él… pero no hay forma de que pueda ignorar esto. Empujando mi cerveza un poco, me giro hacia él. Miro la forma en que sus ojos se iluminan y algo le sucede a su sonrisa cuando nuestros ojos se conectan. Dios, esa sonrisa es peligrosa. No porque esté haciendo promesas sucias, sino porque parece muy sincero. Porque es casi suficiente para hacerme creer.

—¿Eso es real? ¿Los chicos se ponen *duros* con una victoria como esa?

Su mandíbula se mueve hacia un lado mientras se inclina más cerca.

—Algunos chicos lo hacen. Popov es uno de ellos. Yo no.

Asiento. La historia es demasiado buena para ser verdad. Y ahora entiendo por qué es tan tolerante con todo el asunto.

Solo entonces Quinn se inclina aún más cerca, por lo que nuestros hombros se tocan y sus largos dedos descansan suavemente sobre mi brazo.

—Mi problema era que estaba pensando en ti.

Mi corazón se salta un latido y luego otro cuando fuerzo mis ojos a la mesa frente a nosotros, diciéndome que no mire. No ceda.

Necesito alejarme de este hombre. Necesito aferrarme a mi poder. Necesito aire. Para ir a casa. Dejar de pensar en lo gruesa y dura que se pone su polla y el hecho de que se puso así en un lugar lleno de chicos pensando en mí.

Tropiezo de mi taburete con piernas temblorosas, ese temblor en mi vientre crece con cada segundo que pasa.

Quinn se desliza hacia atrás, parándose a mi lado.

—¿Estás bien, Georgie?

Asiento. Tomo otro paso vacilante solo para sentir su gran mano ahuecando mi codo.

—Bien, tal vez necesites agua o algo así. —Un poco de aire. A cierta distancia del hombre que me está volviendo loca. Necesito…

Nuestros ojos se encuentran y me muerdo el labio inferior mientras mi vientre cae en caída libre. Él me da la más mínima insinuación de un asentimiento. Y todo empieza.

12

Quinn

Estoy sobre ella antes de que se cierre la puerta del baño de arriba. Somos unos locos. Está tirando de mi corbata, de mi cabello. Las solapas de mi chaqueta mientras busco a tientas detrás de mí para poner el seguro. Esta sección del bar no está abierta, pero de ninguna manera me arriesgaré a que alguien más vea a mi chica así. Y luego la levanto, sus brazos alrededor de mi cuello, sus piernas alrededor de mi cintura mientras agarro su trasero y la presiono contra la puerta.

Empujo mi lengua entre sus labios, muevo la erección que no desaparece contra la extensión de las piernas cubiertas de jeans. El grito sin aliento que ella me da a cambio va directo a mis bolas y me hace retroceder.

—¿Vas a usarme de nuevo? —pregunto contra sus labios hinchados por los besos.

—Mucho. —*Esta chica*.

Me muero por ella, dolorido por el apretado agarre de sus rodillas en mis caderas y la forma hambrienta en que su boca encuentra la mía. Esta cosa desesperada entre nosotros se está fortaleciendo.

Retorciéndose, golpea contra mis manos. Sus pies tocan el suelo y menos de un segundo después se está bajando los pantalones y liberando una pierna.

—Cierre —me insta, alcanzando mi cinturón. Y estoy de vuelta en acción, listo para arrodillarme y agradecerle de la mejor manera que sé. Solo que ella tiene algo más en mente—. Condón. Apúrate.

Y luego ella está de vuelta en mi agarre, abierta para mí. Resbaladiza y lista.

—Dime si lo necesitas que vaya despacio —le digo, mi frente presionada contra la de ella mientras me contengo. Estoy al límite, tan cerca de tener lo que quiero, pero no del todo.

Los dedos en mi cabello se vuelven más apretados.

—Nada de ir despacio —susurra contra mi boca, puntuando las palabras con un mordisco en mi labio inferior.

Joder, sí.

Conduzco hacia ese espacio cálido y húmedo entre sus piernas, enterrándome en una fuerte embestida que termina cuando llego lo más profundo que puedo. Y siento que puedo respirar por primera vez desde que se fue de mi casa hace dos noches.

—Quinn —gime, su cuerpo agarrándome con fuerza.

Me encanta meterme dentro de ella. Me encanta cómo pierde la noción de la distancia que le gusta mantener entre nosotros. Y, sobre todo, me encanta oírla decir mi nombre, porque es la única vez que lo usa.

—Tan bueno —jadea, sus palabras inestables.

Retrocedo y luego me hundo profundamente de nuevo. No le voy a dar todo lo que tengo porque, aunque ella dice que no quiere gentileza, no puedo dejar de pensar en lo estrecha que está conmigo. Y por mucho que quiera tomarla por completo, golpear la profundidad de mi necesidad hasta que no pueda sentir nada más que a mí, quiero que sea más bueno para ella.

Así que escucho, y en la siguiente brazada, cuando me hundo un poco más rápido, un poco más fuerte, y ella gime un poco más fuerte, joder, ese sonido, le doy un poco más. Y luego más después de eso, hasta que no puedo escuchar nada más que los sonidos del placer de esta mujer lloviendo a mi alrededor mientras mi cuerpo se encuentra con el de ella una y otra y otra vez.

—Quinn, por favor… así. —No hay nada más que el agarre rítmico de su coño apretándose a mi alrededor cada vez que golpeo ese punto tan profundo dentro de ella—. ¡Me voy… me voy… Quinn!

Ella está allí. Temblando en mi abrazo, separándose tan fuerte que sus gritos se silencian mientras se aferra a mis hombros y entierra su rostro en mi cuello.

—Georgie, te sientes tan dulce corriéndote sobre mí —jadeo, porque casi estoy allí también.

Se aprieta de nuevo y, diablos, añade a la lista de las cosas que amo, la forma en que responde cuando le hablo un poco sucio.

Mi nombre se escapa de sus labios en un gemido y termino. Golpeando con fuerza, me entrego a ella, a la sensación acumulada en la parte baja de mi columna y surgiendo a través de mis bolas.

Minutos después, todavía estoy enterrado dentro de ella. Todavía medio duro donde ella está pulsando a mi alrededor. Todavía sosteniéndola contra mi puerta favorita en toda la tierra. Me pregunto cuánto tiempo me permitirá mantenerla así antes de ignorarme para volver con sus amigos. Antes de que ella vuelva a no mirarme o hablarme o tratar conmigo.

Porque no soy el tipo de chico que una chica como ella quiere más que esto.

Me deja abrazarla más tiempo de lo que esperaba y no se queja cuando beso un lado de su cabeza mientras la bajo y la sostengo firme mientras recupera sus piernas.

Y se siente increíble. Tan bueno que casi puedo convencerme de que es real. Que esto es más que una simple aventura peligrosa para ella.

Sé lo que va a decir antes de preguntar, pero el glotón de castigo que no sabía que existe en mí tiene que hacerlo de todos modos.

—Ven a casa conmigo, Georgie.

Ya está sacudiendo su cabeza contra mi pecho, haciéndome desear por millonésima vez que las cosas fueran diferentes, o al menos que me hubiera abierto la camisa para poder sentir esas suaves ondas de color rojo contra mi piel.

—No puedo —ella dice en una voz tan suave como nunca me ha dado.

Manteniendo mi brazo envuelto alrededor de sus hombros, la sostengo contra mí por otro minuto, solo soltándola cuando ella retrocede. Se apoya contra la puerta mientras yo manejo la goma y me meto la polla todavía medio dura en los pantalones.

Riendo suavemente, agita una mano en la dirección general de mi bragueta.

—¿Esa cosa alguna vez desaparece?

—No cuando estás cerca. —Es la purita verdad.

Me agacho, y maldita sea, ahora lo siento en mis rodillas, está bien. Ella apoya una mano en mi hombro para mantener el equilibrio

mientras la ayudo con sus jeans, deslizándolos hacia arriba por esas hermosas piernas y luego tomándome más tiempo del estrictamente necesario con su bragueta… Dejando caer un beso en el botón superior cuando termino y empujando mi suerte en todos los sentidos deslizando mis brazos alrededor de sus caderas y apoyando mi frente contra su vientre.

—¿Por qué te esfuerzas tanto por convencerme de que eres tan dulce? —murmura, su voz suena lenta, cansada.

Triste.

Mis ojos se abren y la miro.

Respiro hondo y me pongo de pie frente a ella. Estoy demasiado cerca, elevándome sobre ella de una manera que generalmente me esfuerzo por evitar. Solo esto, ahora mismo, necesito que George me mire a los ojos y vea la verdad.

Porque ya es suficiente.

—Vamos. Necesitamos hablar.

Ella parpadea, aparta la mirada.

—¿No podemos hablar aquí?

—No. Si estamos aquí por cinco minutos más, voy a follarte contra esa puerta otra vez, haciendo que te corras tan fuerte, tantas veces, que cuando finalmente termine, no podrás caminar. Y cuando te lleve, puedes apostar tu dulce trasero a que volverás a mi cama y a ningún otro lado.

Mierda. Eso salió un poco más intenso de lo previsto. Pero todo sobre esta chica me llega de una manera que parece que no puedo predecir o incluso comenzar a entender.

Ella se congela. Probablemente tan sorprendida como yo.

Y cuando su cabeza comienza a subir hacia la mía, me preparo para que me arranque una nueva. Solo cuando nuestros ojos se encuentran, el cansancio desaparece y no es justa indignación lo que encuentro ardiendo en sus profundidades, sino algo mucho más ardiente.

Oh, mierda. Estoy duro como un clavo, y ella está alcanzando el cinturón que acabo de abrochar, esos hábiles dedos se enroscan alrededor del cuero mientras tira de mí más cerca.

—Está bien.

—¿Está bien? —No estoy seguro de estar siguiendo el significado de esa palabra. Como si estuviera abrumado con el vocabulario preescolar en lugar de tener un título de posiblemente una de las mejores escuelas del país.

Ella asiente, haciendo rodar sus caderas en contacto con las mías.

—Lo de la puerta. Hagámoslo de nuevo.

Lo de la puerta que termina con ella en mi cama. Mi boca aplasta la de ella, mi brazo se aprieta con fuerza sobre su espalda mientras atraigo su pecho con fuerza contra el mío. Y ella está lista para irse. Gimiendo mientras se abre a la demanda de mi beso, chupando mi lengua. Estirándose entre nosotros para ahuecarme en su palma.

—¡Mierda! —Me sacudo, mi corazón latiendo más fuerte que en el partido de esta noche—. No.

De acuerdo, y si no estuviera tan completamente nervioso y desarreglado en formas que solo tienen que ver con ella, me reiría de la mirada en el rostro de George en este momento. Es como una niña pequeña que derramó su cucurucho triple.

Paso un pulgar por su mejilla y niego con la cabeza.

—Nena, te quiero como nunca he querido a nadie en mi vida.

—¿Pero has terminado de dejar que te use? —susurra.

—No. —No en esta vida—. Pero primero tenemos que aclarar algunas cosas. Necesitamos hablar. Y luego, una vez que lo hagamos, puedes usarme tan a menudo como quieras. Y si quieres, incluso te traeré aquí para lo de la puerta antes de llevarte como un cavernícola a mi cama y empezar de nuevo.

Algo pasa por sus ojos, y juraría que es alivio, solo que se ha ido demasiado rápido para estar seguro.

—Bueno. Hablemos.

13

George

El *Five Hole* es un bar deportivo. No es un lugar elegante con cuerdas de terciopelo y gorilas que custodian una sección VIP para la élite deportiva. Los muchachos vienen a tomar una cerveza después de los partidos a veces y se sientan en la parte trasera. Pero aparentemente hay más en *Five Hole* de lo que parece. Y no me sorprende que Quinn lo sepa todo.

No quiero pensar en cuántas chicas se ha follado contra la puerta del baño. O cómo sabía sobre el bar del segundo piso que aparentemente se alquila para ocasiones especiales. Pero ahí es donde me lleva, tomándome de la mano porque estoy demasiado cansada para pelear con él e, incluso si no lo estuviera, se siente demasiado bien como para rendirme.

Hay asientos en un extremo de la sala, el televisor más grande que he visto en mi vida montado en el otro, y contra la longitud hay bancas semicirculares con pequeñas mesas redondas que parecen hechas vertiendo epoxi sobre un par de docenas de discos. Es genial, pero estar aquí arriba con Quinn hace que sea difícil de apreciar.

¿Con qué frecuencia trae chicas aquí?

Al menos el posicionamiento de las mesas me hace pensar que hay buenas posibilidades de que no voy a estar sentada en algún lugar donde Quinn se acostó con otra mujer.

Y luego va y agarra una mesa como si tal vez lo hubiera hecho cien veces antes y la quita del camino.

¿Es este su stand favorito?

Tengo una sensación horrible en la boca del estómago al pensar en eso, lo cual es completamente estúpido porque lo único que quiero de Quinn es lo que le ha estado dando a todas las chicas. Un puñado de orgasmos. Un buen momento.

No importa cuántas hayan venido antes.

Mientras más, mejor. Cualquier cosa que me recuerde que esto no es especial. No quiero que lo sea.

—Ven aquí —me dice, dejándose caer en el asiento acolchado y extendiendo una mano para que me deslice a su lado.

—Esto es porque eres grande y estás calientito, además me derretiste el cerebro con todo el asunto sucio y sexy. —No porque me esté desgastando o algo así.

Me da una sonrisa que es mitad infantil y mitad hombre engreído.

—Entendido. Conseguiste lo que querías allá atrás…

—No exactamente.

Suelta una risa corta.

—Correcto. No exactamente. Y ahora me estás usando por el calor de mi cuerpo.

No hay nada más que calidez en los ojos que me miran, pero, aun así, tengo que preguntar.

—¿Te importa?

—¿Sobre eso? No. Absorbe mi calor. Tal vez te enganches y cada vez que tengas frío, puedo esperar tenerte presionada contra mí. —Frota su mano sobre mi brazo, acercándome más—. Pero me importa lo fuera de base que estás sobre mí.

Todos esos músculos que se habían relajado en sus brazos se tensan.

—¿Crees que estoy fuera de lugar?

—Sí, George. No soy el tipo que crees que soy.

Odio este sentimiento en mi pecho, pero escuchar a Quinn decirme que estoy equivocada acerca de él es exactamente lo que necesito para recordarme que no deje que se acerque más.

—Está bien, a lo largo de los años ha habido muchas chicas. Y no sé qué pasó con tu amiga, pero nunca, nunca mentí ni traté de presionarlas para que se metieran en mi cama. —Se pasa una mano por la mandíbula y me lanza una mirada de disculpa—. Y, Dios, no puedo creer que realmente vaya a decir esto, pero creo que es importante, así que aquí está, *no tengo que hacerlo*.

Por un segundo estoy demasiado aturdida para responder. Para hacer algo más que parpadear y finalmente aspirar un poco de aire

en mis pulmones, pero luego me encojo de hombros y me zafo del agarre de Quinn y me acerco al otro lado de la mesa que acaba de mover.

Sus hombros caen y una respiración lenta se alivia.

—Sé lo arrogante que suena, pero este trabajo es diferente…

—Sé lo fácil que es para ti encontrar mujeres. No me importa nada de eso. —Lo cual es mayormente cierto, de todos modos. O al menos me gustaría que lo sea—. Me importa que me digas que nunca mentiste o empujaste a una chica a tu cama. Nunca.

Mi visión comienza a hacer un túnel, mi corazón late demasiado rápido.

No debería importarme, no quiero que me importe.

¡Excepto que me está presionando ahora mismo! Todavía puedo sentirlo dentro de mí, todavía siento el dolor de querer más… y me mira con esos ojos sinceros que *prometen* que nunca mentiría… y eso es exactamente lo que está haciendo. Solo que esta vez, no es para meterme en su cama. Es para conseguir algo más. Es para hacerme confiar en él, cuando ahora mismo está demostrando que no se lo merece.

—George, no lo he hecho. Aparte de tener la reputación de estar con muchas mujeres, estoy seguro de que eso es lo peor que se puede hacer. Revisa los tableros o busca mi nombre, no vas a encontrar muchas chicas despreciadas.

Lo dice con tanta confianza. Casi quiero reír, porque ¿qué? ¿Eso significa que realmente *soy* especial? No me parece.

—Dios, eres un mentiroso.

No puedo creer una maldita palabra de lo que dice.

Y ahora está de pie, pasando una mano por su cabello, claramente frustrado.

—¿Por qué sigues diciendo eso?

—¡Porque me estás mintiendo ahora mismo, Quinn!

Echa la cabeza hacia atrás y, sinceramente, este tipo merece un Oscar por la expresión de desconcierto en su rostro.

Lanzando mis manos a los lados, dejo escapar una risa amarga y me giro.

—He terminado.

Cualquiera que sea el juego de este tipo, no importa. Él nunca me va a trabajar de nuevo.

Tuve lo que quería de él. Estoy fuera.

—Dios, Georgie, me estás matando.

Debería tener sentimientos para sentirse herido y cuanto más trata de convencerme de que existen, menos le creo.

—Entonces, ¿por qué seguir viniendo por más?

—Porque cada vez que trato de parar, siento que no puedo respirar. Como si algo vital se escurriera entre mis dedos y si lo dejo ir, nunca volveré a estar bien.

No le creo. Por supuesto, no lo hago. Entonces, ¿por qué parece que soy yo quien deja que algo se me escape entre los dedos? ¿Que soy yo quien tira algo infinitamente valioso?

Esto tiene que parar. Y solo hay una manera de hacerlo.

—Quinn, la razón por la que no puedo creerte es porque ya he escuchado todo esto antes.



Quinn

Todo se detiene. Finalmente estamos llegando a alguna parte.

—Está bien, George, quiero entender, así que retrocedamos. ¿De quién estamos hablando?

—¿Qué quieres decir? —Tose, sus manos se juntan frente a ella —. Mi amiga. Te lo dije.

La desestimo.

—Lo sé, tu amiga. Lo que quiero saber es cuál. Mira, entiendo que no quieras traicionar su confianza. Pero tienes que darme más para continuar. Al menos tienes que darme la oportunidad de entender. —Ella ya está sacudiendo la cabeza, pero sigo presionando —. No la contactaré. No a menos que me des permiso. Pero al menos dime su nombre y cuándo sucedió esto.

—Su nombre no importa…

—¿Qué quieres decir con que su nombre no importa? George, esta es la razón por la que no confías en mí. *Claro que importa*.

Trato de tener cuidado. Para ser tan brutalmente honesto y directo como sea posible para que no haya espacio para que las expectativas se desalineen… pero de vez en cuando sucede. Aun así, me he estrujado el cerebro tratando de pensar en un momento en el que he sido bueno y me avergüenzo de mí mismo, y *no puedo*.

—Tienes que darme la oportunidad de explicar, de averiguar dónde se cruzaron los cables. ¡*Algo*!

—¿Cables? —Suelta una carcajada, pero no hay humor en ella.

De hecho, creo que nunca la había visto tan enfadada. ¿O es traicionada?

—¿Es *así* como lo llamas cuando pasas horas convenciendo a alguien de que lo que está pasando entre ustedes es real… Cuando la llevas de vuelta a tu cama y juras que nunca te has sentido así… ¿Cuándo la *ignoraste* al día siguiente? Solo… ¿cables cruzados?

Dios.

—No. —La palabra está fuera antes de que pueda pensar en ello. Ni siquiera tengo que hacerlo—. Lo siento, George, pero tu amiga

cometió un error.

Es mejor que decirle que su amiga es una mentirosa, pero estoy dispuesto a darle a esta chica sin nombre y sin rostro el beneficio de la duda. Por lo que me siento bastante bien hasta que veo la mirada atronadora en el rostro de George.

—No hubo ningún error —dice, su voz se superpone con una certeza mortal que tiene algo frío y duro formándose en la boca del estómago—. Ella te dijo que estaba bien con que fuera un rollito de una noche, y tú le dijiste que no. Que querías más. *La hiciste creerlo*. Y luego, al día siguiente, te vio haciendo los mismos movimientos con otra persona.

Joder. Esto es malo.

—George, tienes que escucharme. Lo que estás describiendo suena horrible. Pero no fui yo. Me tomo las relaciones en serio y no engaño a las mujeres porque es una mierda tratar a la gente así. Así que no llevo a las chicas a cenar y no las llevo al cine. Los únicos eventos a los que traigo citas son cuando un compañero de equipo necesita un favor.

La mirada en sus ojos es más que incredulidad. Es más que indignación en nombre de una amiga. Es casi… Dios, es casi como si la estuviera lastimando más con cada palabra.

—¿Y se supone que debo creerte sobre la palabra de una chica que conozco tan bien como a mí misma?

Ojalá lo hiciera. Porque es la verdad. Pero supongo que eso no está sucediendo.

—No me creas entonces. Puedes preguntarle a cualquiera. Pregúntales a los chicos del equipo. Te dirán que lo que estás describiendo no soy yo. Demonios, pregúntales a las mujeres con las que he estado.

Ella palidece, y sí, la idea de George alrededor de cualquiera de las chicas con las que he pasado la noche tampoco es algo que me sienta bien.

—O, *Dios*, *déjame hablar con ella*. Podemos arreglar esto con una llamada telefónica. Una taza de café. —Porque una parte de mí espera que esta chica me mire a la cara y diga—: Espera, *¿tú eres* Quinn O'Brian? Me he equivocado.

—Ella no quiere hablar contigo, Quinn.

Levanto los brazos, listo para refutar.

—¿Por qué no?

—Porque ella ya te ha visto desde entonces. Fue unos años más tarde. Y no te acordabas de ella. Al principio estaba enojada, pero luego se sintió aliviada. Creo que, en este punto, ella preferiría simplemente dejarlo atrás.

Alcanzo la mano de George, necesitando que ella piense en esto. Para darme una oportunidad.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—En el limbo. —Tres palabras. Suaves. Tristes.

He estado tratando de darle espacio, pero ahora estoy justo frente a ella. Tomando sus manos en las mías y rogándole con mis ojos que escuche.

—*George*.

—Te dije desde el principio lo que era esto y lo que no era —dice, su obstinada barbilla comienza a temblar.

—A la mierda, George. Tú también sientes esto. Lo puedo ver en tus ojos. Lo pruebo en tu beso. Lo siento en esos pequeños toques que ni siquiera creo que te das cuenta qué están sucediendo, pero vivo por ellos. Esos momentos en los que hemos tomado todo lo que necesitamos el uno del otro, cuando estamos sin aliento y débiles. Esos son los momentos en los que sé que esto no es solo unilateral.

Estudia el suelo frente a sus pies, sin decir una palabra.

Maldita sea. No puedo dejar pasar esto.

—¿No puedes mirarme y juzgarme por lo que soy hoy en lugar de algo que pudo o no haber sucedido hace años?

Entonces algo que ella dijo vuelve a mí, y los pelos en la parte de atrás de mi cuello se erizan.

—Dijiste que esto fue en la universidad… pero que ella me vio unos años más tarde y no la recordaba. —Honestamente, la mayoría de los acostones que he tenido a lo largo de los años no fueron lo suficientemente memorables como para recordar a la chica con la que estaba… Pero ¿y si…? No hay manera. No quiero preguntar, excepto que de repente es lo único que tiene sentido—. ¿Estaba en la escuela conmigo, o esto sucedió en *otro lugar*?

Dios, no me gusta la mirada en el rostro de George, porque me dice que tengo razón.

—George, ¿esto fue en México?

Ella ni siquiera tiene que responder. Ya lo sé.

Y ahora entiendo por qué no puede perdonarme. Porque no me lo merezco, carajo.

14

George

De todas las cosas que Quinn podría haber dicho, esta es la última que esperaba.

Busco su rostro, estudiando las características que no quiero conocer tan bien como lo hago. Los ojos en los que me he estado diciendo que no confíe desde la noche en que volvió a mi vida.

¿Es esto? ¿En el momento en que admite recordar quién soy?

¿El momento en que finalmente obtenga la explicación que he estado esperando durante casi siete años?

Volviendo a la cabina, me siento.

—Está bien, México. —Las palabras son rígidas, incómodas al salir de mi lengua. Pero si se da cuenta, no hay señales de ello.

No sé lo que quiero escuchar. Hay una parte de mí que está esperando que él me diga que no fui una completa tonta. Pero yo estaba allí, ¡yo estaba allí!

Y él tiene que saberlo, o no lo habría mencionado. Entonces, ¿por qué estaba tratando de convencerme de que no tuvo parte en el crimen del que lo acusé?

¿A menos que todo esto fuera para hacerme admitir que yo era la chica en México?

Me agarro a la base del asiento en el que estoy, sosteniéndome con fuerza mientras un millón de preguntas revolotean en mi mente.

—Estaba de vacaciones con mi hermano y un par de chicos con los que crecí.

Thad, a quien le gustan los cócteles de frutas y Camden, que tuvo que comprar un nuevo bañador porque se le rompieron en el tobogán. Y Patrick, que se parece tanto a su hermano que es asombroso.

—Eran las vacaciones de invierno, por lo que la temporada de hockey aún continuaba, pero tenía libre la semana entre Navidad y Año Nuevo. Yo era el único que jugaba a nivel universitario o tenía

algún tipo de oportunidad en el reclutamiento, por lo que los muchachos se estaban liberando de una manera no pequeña. Y a pesar de que no es así como generalmente soy… —Él toma aire y me mira con tanto arrepentimiento, lo siento a través de mí, debo haberme quedado atrapada en eso.

—¿Estás hablando de drogas? —susurro. Tendría que serlo, porque pasé todo el día y la noche con él y no tomó ni un trago. Ninguno de nosotros lo hizo.

Él se sacude hacia atrás tosiendo.

—¿Drogas? No en mi vida. Tenía el ojo puesto en una carrera profesional, de ninguna manera me habría arriesgado a eso. No solo caer en la adicción. Alcohol, analgésicos. Esa mierda me golpea más fuerte que la mayoría de la gente y, a veces, un poco de lado. Las drogas recreativas me asustan muchísimo. Pero en la universidad, supongo que tal vez no tenía el mismo manejo de mi tolerancia al alcohol que tengo ahora.

Hay una tensión nerviosa creciendo en mi vientre, y de repente me inclino hacia el espacio entre nosotros, hacia su explicación.

—¿Qué pasó? —pregunto, mi garganta seca, mis pulmones apenas funcionan. No puedo creer que me haya oído, pero continúa.

—¿La verdad? No lo sé de seguro. Un minuto estoy almorzando con los muchachos, y al siguiente me estoy despertando en mi habitación con más de veinticuatro horas que no puedo explicar y la madre de todas las resacas.

—¿Tú no recuerdas ese día? —No hay forma. No puede hablar en serio.

Él niega con la cabeza.

—Mi hermano estaba allí cuando me desperté, luciendo más preocupado por mí de lo que creo haberlo visto antes o desde entonces. Tendrás que creer en mi palabra, pero Pat es uno de esos tipos que solo se preocupa por sí mismo. Así que ver esa mirada asustada en sus ojos me dijo que iba en serio. Esperé a que las cosas volvieran a enfocarse, a que los espacios en blanco comenzaran a llenarse. Pero no había nada.

No hay suficiente aire en el lugar. Tal vez no lo suficiente en toda la ciudad.

—¿Te… golpeaste la cabeza? ¿Podría haberte pasado algo en el camino de regreso de…?

—Nah —dice lo suficientemente rápido como para esperar que no se haya dado cuenta de ese desliz—. Mi cabeza estaba bien, pero apestaba a alcohol y vomité lo que tenía en el estómago a los dos minutos de sentarme. Pero a pesar de lo mal que estaba, me di cuenta de que no había estado solo la noche anterior.

—¿Te lo dijo tu hermano? —*¿Le explicó acerca de la pelirroja que conoció al salir de su habitación?*

Un movimiento lento de su cabeza.

—No. —Se aclara la garganta, viéndose aún más incómodo—. Él también había estado bebiendo y no recordaba haberme visto con nadie.

—¿Espera, qué? No él…

—Yo, eh, sabía sobre la chica porque había un envoltorio de condones al lado de la cama. —Traga, mirando hacia abajo a sus pies—. Y algunas otras cosas.

—¿Qué tal un número? —La servilleta de cóctel en la que me había hecho escribir porque su teléfono estaba dañado y la batería de mi teléfono se había agotado horas antes de que pudiéramos regresar a su habitación.

—Créeme, busqué.

Un envoltorio de condón usado era todo lo que le quedaba de mí. Me siento enferma, pero también me siento enojada.

—Pero tu hermano, él…

¿Qué puedo decir? ¿Qué sé que estuvo allí? ¿Que su hermano es un mentiroso? Eso lo sé porque mi amigo mencionó que había estado allí y no parecía tan destrozado, un gilipollas, burlándose de ella por su nombre. Saboteándole a Quinn sus planes de conocer a sus padres la noche siguiente.

No.

La verdad es que no tengo ni idea de lo que pasó con él o su hermano después de que me dejó en mi habitación. Todo lo que sé es que esto no era lo que pensé que escucharía.

Cuando no digo nada más, Quinn niega con la cabeza.

—Mira, sé que esto sigue siendo sólo mi palabra y supongo que realmente no puedo esperar que me creas, pero tal vez al menos podrías decirle a tu amiga lo que pasó. Me sentí como una mierda por esa noche. Pero ahora que sé lo que dije… Dios, es mucho peor. Dile que lo siento.

15

George

Él no me mintió.

Él no me engañó.

No me hizo enamorarme de él con el único propósito de ver si podía.

Después de todos estos años, resulta que yo no era un juego. Un juguete nuevo. O una de tantas, que ni siquiera podía recordar mi cara.

Todavía estoy tambaleándome mientras subo las escaleras a mi apartamento. Si alguna vez deseé vivir sola en lugar de con tres de mis hermanos, es ahora. Antes de abrir la puerta, escucho gritos y gritos, un estruendo seguido de un latido de silencio y luego risas tan fuertes que no sé cómo no estamos recibiendo quejas de la gente de la calle.

—¡George! ¿Dónde has estado? —Ross grazna con esa voz de dos paquetes al día que ha tenido desde que aprendió a hablar.

Eli da una palmada en la mesa.

—Te hemos estado guardando un asiento.

El guardado es probablemente una exageración. Supongo que ninguno de estos tontos podría sacar un cuarto para su juego de póquer y esperan que me siente.

Pero por mucho que disfruto jugando por caramelos la mayoría de las noches, esta noche no estoy segura de poder pasar la cocina antes de desmoronarme. Y si eso sucede, estos muchachos perderán la cabeza. Uno de ellos estará hablando por teléfono con mi papá en treinta segundos, mientras que los otros intentan hacerme una llave de cabeza para animarme.

No, gracias.

Todo lo que necesito es algo de tiempo a solas. Algo de tiempo para pensar. Algo de tiempo para procesar el hecho de que todo lo

que creía saber estaba mal. Y que tal vez, solo tal vez, Quinn O'Brian no ha estado tratando de engañarme desde el principio.

Dios, tal vez es tan perfecto como pensé que solo estaba fingiendo ser.

—Gracias por la oferta. Pero voy a pasar.

Empiezan a regañarme mientras salgo de la cocina, así que llamo por encima del hombro—: Gary, parece que tienes una carta o dos metidas en la manga.

Es solo una suposición, pero con la conmoción que se produce, es seguro decir que al menos con estos muchachos, sé lo que está pasando.

Camino por el apartamento, sorteando los zapatos, la ropa sucia y la basura miscelánea que mis hermanos dejan por todas partes hasta que llego a mi habitación. Y cuando cierro la puerta detrás de mí, golpeo la cerradura con el pulgar y luego lanzo la cerradura deslizante que instalé porque mis hermanos son idiotas que piensan que invadir la privacidad de los demás es divertido. Me rindo, deslizándome lentamente hacia el suelo.

No fue una mentira.



Quinn

El entrenamiento de la mañana es duro. Y no tiene nada que ver con lo fuerte que me golpearon contra los paneles anoche y todo tiene que ver con George y México y una chica con la que me había resignado a no poder hacer las cosas bien hace siete años.

Una chica con la que lo más probable es que todavía no pueda hacer las cosas bien según el mensaje de George a las dos a.m.

Su amiga apreció entender lo que sucedió en ese entonces, pero aún no estaba interesada en dejarme disculparme en persona.

No sé cómo me siento al respecto. Culpable, supongo, porque escuchar que mis acciones la estaban afectando después de todo este tiempo debería haber sido lo único en mi mente. Pero no puedo quitarme a Georgie de la cabeza.

No sé dónde estamos parados, pero espero que sea en *alguna parte*.

Almuerzo con el equipo y me reúno con el asistente del entrenador para hablar sobre esta noche. Por lo general, tengo muchas ganas de viajar. Me gustan los partidos fuera de casa. Me gusta cambiar las cosas. Conocer gente diferente y comer comida diferente. Ver un horizonte diferente. Lo que sea.

Pero hoy odio que me vaya cuando nada está resuelto.

Cuando llego a casa, dejo mi equipo junto a la puerta y empiezo a empacar antes de dormir una siesta.

Reviso mi teléfono como la niña de trece años en la que me he convertido, buscando si tal vez ella me devolvió el mensaje. Si tal vez de alguna manera borré la notificación por accidente. Pero no hay nada después de mi mensaje preguntándole si podía pasar a verla hoy, y ninguna respuesta significa que *no*.

Una hora y media más tarde estoy listo para partir, esperando mi aventón de Vaughn al aeropuerto.

Suena un golpe en la puerta y agarro mi bolso.

—Amigo, habría bajado… *Georgie.* —Toso, sacudiendo la cabeza como si no estuviera seguro de que ella realmente esté allí.

Pero luego me recompongo, porque ella está totalmente allí.

—¿Me diste permiso para bajar?

Ella no hace contacto visual, sino que mira cerca de mi hombro.

—Ilusiones, supongo.

¿Qué está haciendo ella aquí?

—Algo informal con tu seguridad —me dice, encogiéndose levemente de hombros, sus ojos avanzando poco a poco hacia mi barbilla—. Vaughn estaría decepcionado. Quiero decir, ya sabes cómo se ponen algunos fans.

Está bromeando conmigo, y es tan completamente extraño que por un minuto ni siquiera sé cómo responder. Excepto que entonces hace clic: George está aquí, parada en mi pasillo, tratando de hacer una broma.

Ella está *aquí*.

Y eso es un millón de veces mejor que estar en cualquier otro lugar.

Apoyando un hombro contra la puerta, cruzo los brazos, bien, y los flexiono un poco también. Demonios, sé que a ella le gusta mi cuerpo y no estoy por encima de trabajarlo a mi favor. Especialmente cuando no estoy del todo seguro de poder volver a verla.

—¿Estás de humor para usarme, Georgie? Sólo tengo unos siete minutos antes de que aparezca Vassar. Pero soy un tipo que sabe cómo moverse rápido. De hecho, podría incluso ser capaz de sacarla de aquí dos veces.

Solo que entonces ya *no me está* mirando. Se mira los pies y baja por el pasillo hasta el ascensor.

Como si tal vez estuviera contando los segundos hasta que pudiera irse.

¿Y si esto es un adiós? ¿Y si la única razón por la que vino aquí fue para decirme que habíamos terminado?

Mierda, mierda, mierda.

—Georgie —me atraganto, alcanzando su mano. Acariciando mi pulgar sobre la piel suave cuando ella no retrocede—. ¿Qué está pasando?

Se muerde el labio inferior y lo siento en el estómago.

—No quiero volver a utilizarte, Quinn.

Mi garganta se cierra y todo lo que puedo hacer es asentir. Sostener su mano hasta que ella la retire. Lo dejo ir a pesar de que se siente como lo más malo que he hecho en toda mi vida.

Sólo que en lugar de darse la vuelta y alejarse, apoya esa mano contra mi pecho. Y poniéndose de puntillas, me mira con ojos tímidos, cálidos, nerviosos y decididos, ojos que me quitan el maldito aliento.

—Solo quería pasar antes de que te fueras y desearte buena suerte. —Luego, suave y ligera, me tira hacia abajo y presiona el beso más perfecto que he tenido en la comisura de mi boca.

—Que tengas un buen partido esta noche. Estaré viéndolo.

16

George

Me quedo dormida en la sala de Julia Baxter, los cócteles en la mesa frente al sofá que casi nos traga a los cinco mientras vemos a los *Slayers* dominar a los *Maple Leafs* en el tercer período. Cammy toma una foto de Rux en el área de penalti, con una mirada amarga en su rostro.

Deslizando su dedo alrededor de la pantalla a la velocidad del rayo, voltea el teléfono para mostrarnos el sombrero de burro de dibujos animados que dibujó sobre su casco.

—Es demasiado pronto. Lo sé. Pero mañana se reirán —ella asegura.

Por un segundo este verano, pensé que podría haber algo entre ellos, pero Nat dice que no. Al ser la hermana de Julia, Cammy también obtuvo el estatus de hermana con el equipo, y aparentemente nadie se lo toma más en serio que el capitán asistente. El chico incluso cuida a su hijo de vez en cuando.

Volviéndose hacia mí, niega con la cabeza.

—No puedo creer que rechazaras a O'Brian cuando se ofreció a llevarte al partido. Qué genial sería dejar todo y salir de excursión a otra ciudad. ¡Así!

Nat me empuja con el pie.

—¿Tal vez la próxima vez podamos ir juntas?

Frotando una mano sobre la tensión nerviosa en mi vientre, respiro temblorosamente.

—Ni siquiera sé a dónde vamos con esto. Desde el primer día, he estado cerrando a Quinn. Dándole este obstáculo imposible de superar. Y ahora que el desafío se ha ido, quién puede decir si estará interesado.

Comienza con tos. Y luego un resoplido. Y luego cada una de mis supuestas amigas se ríe a carcajadas.

Cammy es la que se acerca un poco más y me da un abrazo lateral que en realidad es increíble. Ella tiene una manera con el abrazo.

—Esto… estoy segura de que estás bien en el frente del desafío, porque… chica, eres un puñado.

Parpadeo, mirando de una cara a la siguiente, encontrando solo cálidas sonrisas de acuerdo con sus asentimientos.

Nat pone los ojos en blanco.

—En serio, eres la chica más desafiante que un hombre podría elegir, y no solo porque no querías salir con él después de lo que le hizo a tu amiga.

Mis ojos se encuentran con los de Margo, pero no hay juicio allí. Tengo la sensación de que entiende por qué a veces es necesario guardar los secretos.

Julia asiente, levantándose del sofá.

—Secundo eso. Además, Laurel está subiendo y va a querer vino. ¿Alguien más quiere una copa o todas seguimos bien con lo que sea que Margo está mezclando aquí?

Todas están bien. Aunque probablemente estoy un poco demasiado bien porque me estoy ahogando por tener a estas mujeres increíbles de mi lado.

Nat continúa—: Quinn va a tener que mantenerse alerta si quiere seguirte el ritmo.

Miro a mi amiga y siento una punzada de culpa por haberle ocultado la verdad todo este tiempo.

Pero incluso ahora, no puedo obligarme a admitir lo que sucedió.

Si las cosas no funcionan con Quinn, prefiero guardarme esta parte de mi historia personal. Y si funcionan, tendré que decírselo. No hay forma de evitarlo con mi familia y tal vez con la suya también; todavía no sé qué hacer con la afirmación de Patrick de no recordarme. Pero si le digo a Quinn lo que pasó y cuando lo haga, no será después de que la mitad de las personas con las que es amigo ya lo saben.

—Está bien, entonces tal vez el desafío no sea mi única preocupación. —Tomo una respiración lenta—. Supongo que

realmente no sé cómo se ve esto ahora que he dejado de decir que no.

Las puertas del ascensor se abren y Laurel sale, con el teléfono pegado a la oreja, una sonrisa brillante mientras saluda a todas y se dirige a la cocina.

—Law, esa es una noticia increíble, pero Boston, vaya… ¿Qué piensa Shelly?

Julia levanta las cejas y se vuelve hacia Margo, que se ha quedado inmóvil. O tal vez estoy equivocada, pero no lo creo.

—¿Su hermano se va a mudar?

Los hombros de Margo se levantan alrededor de sus orejas mientras vierte su trago. Luego, mirando a todo el mundo como si no le importara, dice—: Primero, lo escucho. Pero… pensé que él y Shelly habían terminado.

Julia agita una mano y pone los ojos en blanco.

—Aparentemente fue más un tiempo. Lo cual aparentemente ya terminó. O tal vez no. Supongo que depende de lo que esté pasando con Boston.

Ay, hombre.

—Oye —Cammy me da palmaditas en la rodilla—. No tienes que saber exactamente cómo es esta cosa con Quinn. Sólo que lo quieres, ¿verdad? Y te hace sentir bien.

Asiento, mi garganta apretada.

—Creo que sí. Y sí, realmente me gusta.



Quinn

Nos mensajeamos después de la victoria. No toda la noche, como Vaughn y Nat, sino de ida y vuelta durante aproximadamente una hora hasta que el avión despegó y luego un par de veces una vez que llegamos al hotel.

La verdad es que probablemente me hubiera gustado conversar con ella hasta altas horas de la madrugada, sobre nada en particular, siempre y cuando siguiera obteniendo más de los fragmentos que completaban la imagen de quién es ella. Cómo podríamos encajar ahora que no se está reteniendo con todo lo que tiene.

Dios, me gusta lo que estoy viendo.

Estamos en la arena viendo la cinta para prepararnos para el partido de esta tarde. Me encanta que sea una matiné porque existe la posibilidad de que regrese a Chicago lo suficientemente temprano para verla, quiero sentirla en mis brazos. Quiero otra probada de ese beso de antes de que nos fuéramos. El que me dio porque *quería*… no porque odiara querer hacerlo.

—¿Vas a verla después de que aterricemos? —Rux pregunta, cuando los entrenadores concluyen la charla.

Me dejo caer sobre la colchoneta y empiezo a estirarme mientras el chef del equipo prepara el almuerzo.

—No sé. Quiero verla. Pero no quiero que piense que solo estoy detrás de la aventura. Quiero decir, no va a ser una gran cita a las once o a la hora en que pueda llegar a su casa.

Él resopla una carcajada—: Lo siento. Sólo imaginarte apareciendo en su puerta esta noche para un rapidín y sus cuatro hermanos ahí mismo.

—Tres. Su hermano mayor está casado.

La comisura de su boca está levantada en esa sonrisa perpetua.

—Más que suficiente para darte el salto, especialmente después de un ida y vuelta.

Demonios, dos serían suficientes. Esto lo sé por experiencia personal, aunque en mi defensa, quienesquiera que fueran los

pequeños punks que saltaron sobre mí, lo hicieron como un montón de maricas, atacando por la espalda antes de que me diera cuenta de que estaban allí.

—Aun así, podría valer la pena.

Se ríe de nuevo y niega con la cabeza.

—Qué mal lo llevas, hermano.

—Desde el primer día que la conocí.

Ella me envía un mensaje antes del calentamiento y salgo al pasillo para devolverle la llamada.

—¿No tienes un partido? —responde, su voz ronca llena de una calidez que normalmente no se dirige a mí. Es asombroso.

—Sólo tengo un minuto, pero quería saludarte. —Y escuchar su voz para saber que todavía estamos en la misma página.

—Bueno, hola, entonces. Y… me da gusto que hayas llamado. He estado pensando en ti.

Froto ese punto cálido que se extiende por mi pecho.

—También he estado pensando en ti. —Siempre.

—Nat dice que volverás bastante temprano esta noche. Sé que te vas a cansar después de dos partidos seguidos fuera de casa, pero estaba pensando que si querías…

—Quiero —la interrumpo, sonando ansioso y sin importarme un poco.

Se ríe suavemente, y luego lo hace, deja escapar un *zumbido* suave y entrecortado que siento directamente a través de mi ingle.

—Sí, yo también quiero.

Y genial. Estoy de pie en el pasillo con gente caminando y luciendo una erección. Dios. Hago un ajuste rápido a mi paquete para que al menos no sea tan obvio.

—¿Puedo llamarte una vez que hayamos pasado la aduana? ¿Puedo tomar un carro y recogerte de paso?

Estoy buscando otro de esos dulces *tarareos*, pero ella está callada. Y me doy cuenta de cómo suena eso.

—O tal vez podríamos ir a tu casa. Ver un poco de televisión y ordenar comida. —Para una multitud. Lo cual está totalmente bien para mí, siempre y cuando pueda verla. Y besarla, al menos una vez.

Ella tose, tartamudeando antes de empezar de nuevo, la calidez y la tranquilidad faltan en su tono.

—No. Eso es umm… no… Oye, ¿qué tal si salgo con Nat y te veo allí? ¿Entonces Vaughn puede ir directamente a casa y podemos tomar un Uber o algo para volver a tu casa?

El aliento que no me di cuenta de que estaba conteniendo sale como un silbido y estoy sonriendo de nuevo. Mi sangre golpeando a través de mis venas.

—Eso es perfecto. —En ese momento, el entrenador asistente se asoma por la puerta y señala que es el momento—. Me tengo que ir.

—Que te vaya bien en partido, te veré esta noche.

Joder, sí.

17

George

No quiero admitirlo, pero ver jugar a Quinn esta tarde me hace doler con la necesidad de tenerlo a solas *pronto*.

No soy de utilidad en la tienda, viendo la televisión de mierda que estoy segura de que teníamos antes de que naciera Gary. Amenazando la vida de mis hermanos cuando seguían interrumpiéndome con los seis millones de preguntas que definitivamente deberían haber sabido las respuestas por sí mismos, pero nunca lo saben.

Estoy fascinada.

Luego, en el segundo, cuando Quinn eliminó a la oposición para una escapada y anotó con ese tiro tan rápido que tuve que alejarme de la pantalla para verlo realmente en la repetición… ay, hombre. Mucho calor. Y me arruino, porque en lo único que puedo pensar es en que, en tantas horas, ese hombre va a ser mío.

No puedo esperar.

Y aparentemente todo el mundo puede darse cuenta, lo cual es un poco molesto, porque… bueno, porque se supone que no pueden darse cuenta. Esto con Quinn… es nuevo. Pero incluso si no lo fuera, no lo entenderían.

Después de que cerramos, me escapo a mi habitación para darme una ducha y alistarme, prestando atención a los pequeños detalles de una manera que normalmente no hago. Ahora estoy tan pulida y lista como una chica tosca como yo puede llegar a estar. Tengo una capa ligera de rímel marrón oscuro y un poco de brillo que no sabe a caramelo. Llevo puesto un suéter azul por el que Cammy se quejaba cuando revisó mi armario la semana pasada. Uno que normalmente no uso porque aparentemente hace que mis tetas sean imposibles de ignorar, pero esta noche, ¿para Quinn?

Llevaré el suéter azul.

Después de todo, si estoy atrapada lujuriosamente por él todo el maldito día, entonces él también merece un poco de lujuria.

Mi cabello es literal mi cabello. No hay muchas opciones, ya que temo quemarlo si pruebo una de esas cosas para alisar, pero le pongo algunas de estas cosas que mi prima me dio por Navidad el año pasado. Tengo que decir que se ve bastante bien.

Mi teléfono suena y es Nat preguntando si me iré pronto porque está saltando en la ducha después de practicar con sus chicas. Salgo de mi habitación y me detengo en seco al encontrar a los tres títeres alineados frente a mí, bloqueando mi camino.

—Te dije que era un chico.

—Revisa el cabello.

—¿Eso es *maquillaje*?

—George, voy a decir esto una vez. *Cámbiate* el maldito suéter.

Respiro lentamente, y después de darles a cada uno una mirada furiosa que los hace dar un paso atrás, le respondo a Nat.

Yo: Tómate tu tiempo

Cuarenta minutos después estoy en camino.

No me siento fantástica por lo que acaba de pasar, me refiero a la parte de mentir, no a la parte de poner a mis hermanos en su lugar. Eso nunca pasa de moda.

Pero en serio, no hay forma de evitar el tema de los chicos. No me visto muy bien, y aunque son un montón de cabezas huecas, no están completamente ciegos.

Pero de ninguna manera iba a contarles sobre Quinn.

Quiero decir, todavía no.

Así que así fue…

Sí, voy a ver a alguien.

No, no voy a presentárselo con él.

Sí, lo conozco desde hace tiempo.

No, papá tampoco lo va a conocer.

Sí, sé lo que estoy haciendo.

No, no he hablado con papá sobre él. O la tía JoAnn. O la prima Carol.

Sí, estoy segura de que este tipo no es solo un gilipollas por una cosa.

No, no volveré esta noche. Y no, no necesitan llamar a Papá al respecto.

Todo eso es cierto. Pero probablemente es mejor para todos los involucrados hacerles creer que pasaré la noche con un oficial de préstamos de la sucursal local de nuestro banco, un tipo que conozco desde el tercer año de la universidad y que resulta ser amigo de varios de mis amigos… en lugar de compartir que estoy de vuelta en la cama con el tipo que me rompió el corazón y me humilló en México.

Es una pequeña mentira. Y no es para siempre.

El carro me deja frente a la casa de Nat y subo por la entrada que rara vez se usa. Hace frío, pero a mediados de octubre fácilmente tenemos uno o dos meses antes de que tengamos que preocuparnos por la nieve. Aun así, me estoy frotando los brazos bajo el brillo de la luz delantera cuando Nat abre la puerta a toda prisa.

Su cabello está húmedo, cayendo sobre sus hombros en espirales oscuras que se suavizan en bonitas ondas cuando se secan. Ella es un espíritu afín cuando se trata de mantenimiento.

—¡Oye, entra! Vaughn envió un mensaje diciendo que aterrizaron y pasaron la aduana. Deberían estar aquí muy pronto.

—Quinn también me envió un mensaje —digo con una sonrisa.

Estar al tanto con información de primera mano sobre él en lugar de obtener los detalles de la cuenta de otra persona es diferente. Diablos, ser capaz de admitirme a mí misma que quiero esa información también es diferente. Y también archivado bajo diferente…

—¿Es extraño usar el número de Vaughn?

Mirando hacia su camiseta de *Slayers*, Nat sonríe.

—Tal vez un poco al principio. Quiero decir, cuando iba a los partidos de Greg, usaba el suyo, pero ya sabes.

Me río.

—Sí, ninguna de nosotras usó el número de un chico en la espalda en la universidad, usábamos el nuestro. —Miro entre nosotros y me muerdo el labio—. ¿Crees que le importará que no tenga su número?

Ella rueda los ojos.

—Lo único que le va a importar es el hecho de que estás aquí. Además, ese suéter. Maldita sea.

—¿Cierto? —digo, pasando mis manos por los lados—. No tengo idea de qué hace que esta cosa sea mágica, pero lo es.

Se muerde el labio, mirando concentrada.

—Deberíamos hacer que Julia o Cammy nos expliquen.

—Lo sabrían totalmente.

—Sí, pero no esta noche. Quinn te echará un vistazo y te sacará por esa puerta en treinta segundos. Garantizado.

Diez minutos más tarde, estamos en la cocina analizando el partido de hoy cuando se abre la puerta trasera y entran los muchachos. Vaughn tiene a Natalie atrapada contra él en un santiamén, llamándola —Allie— como él lo hace de vez en cuando, dándole esta sonrisa que nunca le había visto estallar por nadie más. Ella se ríe, sus pies no tocan el suelo, pero estoy más interesada en el hombre que está parado a un lado detrás de su amigo.

Quinn todavía usa su traje de después del partido, pero su corbata color pizarra está floja en su cuello. Tiene su chaqueta colgando de un brazo y su bolsa de viaje en el hombro. Su mechón de cabello rubio oscuro parece como si hubiera pasado sus manos por él unas sesenta veces… pero son sus ojos los que llaman mi atención.

—Hola, *Georgeous*.

—Hola, Quinn.

Por una vez, no parece que esté evaluando la jugada, tratando de descifrarme. Él se ve feliz. Como un tipo que sabe a dónde va esto.

Lo cual es bueno, porque de repente yo no lo hago. Solo sé que quiero averiguarlo.

Rodeando a Vaughn, comienza hacia mí y luego se detiene en seco. Esos ojos cálidos y acogedores que han estado fijos en los míos me siguen en cámara lenta. Llegan a la vecindad de mi pecho y su boca se abre en un bostezo satisfactorio.

El suéter.

Y luego se está moviendo de nuevo. La intensidad sale de él en oleadas, la mirada que me está dando hace que el calor húmedo se acumule entre mis piernas.

—Gracias por el aventón, hombre —le dice, sin quitarme los ojos de encima. Agarrando mi mano, deja caer un beso en mi sien—. Tenemos que salir de aquí o te voy a follar contra su refrigerador en unos treinta segundos.

Bueno, Nat llamó a eso.



Quinn

No puedo sacarla de casa de Vassar lo suficientemente rápido.

Traté de estar tranquilo. Quedarme atrás y darle a Vaughn un segundo con su chica antes de que yo estuviera sobre la mía, esa primera mirada por encima del hombro, maldita sea.

Puede parecer que ella es mi chica, que lo ha sido todo este tiempo. Pero esto es nuevo. Y mientras podía ver que George estaba feliz de verme, no me perdí el toque de nervios ensombreciendo sus ojos.

Así que pensé en ir lento. Mano en su espalda en lugar de enterrada en su cabello. Besarla en la mejilla en lugar de follarla con la boca como me muero por hacer.

Ese era el plan hasta que la vi bien.

Ese suéter.

Mierda, sabía que tenía unas tetas espectaculares. Es imposible no verlas. Pero maldita sea.

Y más que eso, ella hizo algo con su cabello. Algo sexy y todavía tan totalmente ella. Hay un toque de maquillaje donde nunca lo había visto antes, y aunque creo que esta mujer es perfecta exactamente de la forma en que se ve cada vez que la he visto desde el día que nos conocimos… sabiendo que ella hizo todo lo posible, para mí, me derriba. Me encanta.

Es dulce, sexy y especial y lo aprecio.

Pero también, me excita y necesito tenerla a solas. Y no solo para poder entrar en ella, aunque eso está en la lista. Pero así puedo envolverla en mis brazos y decirle lo bonita que es y cuánto la he extrañado y besarla como se merece.

Vaughn tiene mi equipo en su camioneta y va a recogerme para patinar por la mañana, y parece que George no tiene nada más que esa bolsa de mensajero sin fondo. Entonces es una salida rápida, y ella me sonríe mientras caminamos por el frente.

La detengo antes de que despejemos el camino mayormente privado.

—¿Olvidaste algo? —pregunta, pero puedo ver en sus ojos que sabe que no lo hice. Que esto es sobre ella y yo.

—No. —Deslizo mi mano alrededor de su cuello, sintiendo la suave caída de su cabello en la parte posterior de mis nudillos. Bajo mi boca sobre la suya, dudando ante el suspiro que sale de sus labios. Y cuando esos ojos color miel se encuentran con los míos, mirándome como si este beso fuera todo lo que quiere en el mundo, me dejo ir.

Tan bueno.

Su boca es dulce, suave, exuberante y tentadora cuando se separa bajo la presión de mis labios. Mientras su suave gemido baña mi boca, y cierra la distancia entre nuestros cuerpos para que pueda sentirla hasta el fondo. Mientras sus brazos me envuelven como si quisiera aferrarse a mí tanto como yo quiero abrazarla a ella.

Y cuando retrocedo, es su boca la que sigue a la mía, persiguiendo el descanso como si no estuviera lista para ello. Sus dedos se cierran alrededor de mi corbata.

—George, te deseo tanto —le digo contra sus labios y su mejilla —. Pero si no nos detenemos ahora, te tendré aquí mismo, y estoy seguro de que Nat y Vaughn tienen cámaras aquí por seguridad.

—Yo… es que… —Ella deja escapar una risa suave y me mira a los ojos—. No estoy acostumbrada a sentirme así. Es como, una vez que dejé de luchar contra eso…

—Tienes una idea de lo que he estado pasando desde el día que te conocí.

Una sombra pasa detrás de sus ojos, pero cualquier duda que fuera desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Y luego ella me sonríe aún más brillante.

—Sí, yo supongo que sí.

Y es la forma en que lo dice… es como si lo *creyera*. Ella cree en mí.

Y luego estoy sonriendo aún más que ella mientras caminamos hacia el carro que espera.

—¿Tienes una limusina? —Ella se ríe, levantando una sola ceja.

—¿Espacio para las piernas?

Y, sinceramente, no quería arriesgarme a que un conductor de Uber o Lyft prestara más atención a quién tiene en su automóvil que a la carretera.

Subimos a la parte de atrás y mientras la mampara de privacidad está levantada, no voy a atacarla como un idiota en la noche del baile de graduación.

Es un recorrido corto. Puedo esperar.

O creo que puedo hasta que George empieza a jugar con mi mano mientras hablamos. Ella está trazando el contorno de mis dedos con las puntas de los suyos y debo estar muy duro porque la sensación de ella entrando y saliendo de los espacios intermedios me hace ponerme más duro que la piedra.

Podría retirar mi mano, excepto que no puedo. Se siente demasiado bien. Demasiado dulce. Demasiado familiar a pesar de que nunca había sentido algo así.

—¿Estás bien, Quinn? —me pregunta, con una mirada de complicidad en sus ojos. Ese poco de nerviosismo me hace reír y mirar por la ventana para no hacer algo como ponerla sobre mi regazo y empezar a moler con ella un bloque antes de llegar a mi casa. No cuando tenemos que pasar junto a Bobby en el vestíbulo.

—Aún no. Pero lo estaré pronto.

Ella se ríe suavemente.

—¿Te lastimaste en el partido? —Ella acerca más a su cuerpo, esas tetas espectaculares burlándose de mi costado.

No las toques.

—Podría *besarlo* y hacerlo mejor.

Dejo escapar un gemido y me deslizo hacia adelante para poder ajustar mi paquete. Pero lo que no hago es decirle que se detenga.

—Nena, será mejor que te prepares porque casi he agotado lo último de mi restricción.

Ella deja escapar un suspiro forzado y asiente.

—Yo también.

18

George

El abrazo de Quinn es firme pero suave mientras me conduce a través del aireado vestíbulo. Saluda al tipo del mostrador de seguridad, Bobby, como un amigo, pero no se detiene en nuestro camino hacia el ascensor que espera.

La anticipación vibra a través de mí, mi deseo por este hombre me confunde con su intensidad. He estado con él antes. Pero sobre todo en mis términos. Principalmente manteniendo mis sentimientos fuera de esto, o tratando de hacerlo.

Mayormente seguro de que podría irme sin que me costara emocionalmente.

Pero esto, ahora.

Quinn no es el tipo que pensé que era.

Es el tipo que me odié por creer que podría ser hace siete años.

Tal vez por primera vez desde esa noche, no estoy preocupado por ocultar algo. Y si no tengo que preocuparme por mantener el control, por darle la oportunidad de jugar conmigo, entonces puedo estar aquí con él *por completo*.

Las puertas del ascensor se cierran y los ojos de Quinn se cruzan con los míos cuando el vagón arranca hacia su piso.

Apenas nos hemos tocado, nada más que tomados de la mano, pero mi piel está tirante y sensible. Mis senos se sienten pesados. Y entre mis piernas… *me duele por él*.

Su pulgar roza mi mano y se me corta el aliento mientras los escalofríos me suben por el brazo.

Ninguno de nosotros dice una palabra.

Ninguno de nosotros puede mirar hacia otro lado.

El ascensor suena en su piso, haciéndome saltar. Quinn me saca de la cabina y me lleva por el pasillo hasta su casa.

Me deja entrar y luego cierra la puerta detrás de nosotros. El pestillo suena y, al mismo tiempo, su bolso golpea contra el suelo.

Me giro y él me agarra por la cintura y la nuca, acercándome con fuerza a su cuerpo. Nuestras bocas chocan en un beso voraz e intenso, mi interior se retuerce con una necesidad que apenas puedo respirar.

—Te deseo —gimoteo en su boca, mis caderas se mueven inquietas contra él. Nuestras manos están en todas partes. Tengo su camisa abierta y su bragueta desabrochada.

Mi suéter cae al suelo y mi espalda golpea la pared al lado de la puerta cuando Quinn palmea mis senos, reafirmando su agarre y luego rozando con el pulgar el satén transparente que cubre mis pezones. Con necesidad agarra mi centro lo suficientemente fuerte como para hacerme jadear.

—Joder, me encanta cómo suenas.

Otro roce de estos pulgares y esta vez es menos un jadeo y más un grito a medida que se agudiza el borde del deseo.

Los ojos de Quinn se encuentran con los míos y nuevamente, tengo esa loca sensación de conexión. Como si supiera cuánto lo deseo, cómo esta cosa es mucho más que física.

Su boca aplasta la mía y lo que viene a continuación es poco menos que salvaje. Mis piernas se cierran alrededor de su cintura y su lengua empuja profundamente y con fuerza entre mis labios. Ruedo contra él, gimiendo al sentir su polla, acerada entre mis piernas.

Le quito la mitad de la camisa y mi sostén termina en el suelo junto a sus zapatos. Mira mis tetas presionadas contra su pecho y gime como si le doliera.

—En mi boca— gruñe mientras permanezco ingrávida por el segundo que le toma levantarme más alto contra la pared, de alguna manera enganchando sus brazos debajo de mis rodillas para que mis senos estén alineados con su cara.

Dándome la mirada más sexy que he visto en toda mi vida, tira de su labio inferior a través de sus dientes de una manera que me hace retorcerme por más.

Lame el costado de un seno y luego raspa con los dientes el otro antes de cubrirlo con la boca. La succión, cálida y húmeda, me

asalta mientras tira con avidez de mi piel sensible. Es demasiado, demasiado bueno, pero ni siquiera lo suficiente.

Tiro de su cabello para detenerlo.

—Abajo —jadeo, apenas reconociendo mi propia voz.

Esos ojos verde mar están empañados por el sexo y llenos de concentración mientras él me baja lentamente, asegurándose de que mi sexo y mis senos se rocen contra su cuerpo todo el camino.

Cuando nuestros rostros se alinean, desliza su lengua por mis labios para frotarlos contra los míos, dándome lentos empujones provocativos hasta que mis pies tocan el suelo.

Luego, presionando una mano en su pecho, me hundo hasta las rodillas.

El calor brilla en sus ojos, pero está sacudiendo la cabeza, tratando de levantarme.

Un gruñido amenazante se escapa de mi garganta mientras aparto sus manos.

—Déjame. —Quiero saborearlo. Lamerlo. Volverlo loco.

Él planta sus manos en la pared sobre mí, mirando con la cabeza inclinada mientras los pantalones de su traje caen al suelo, el cinturón hace un pesado sonido metálico.

Apenas puedo respirar, él es tan increíblemente sexy parado sobre mí así. Su camisa colgando de un brazo y su corbata todavía enrollada alrededor de su cuello desnudo, la ropa interior blanca de compresión tirando alrededor de su sobresaliente polla y abrazando sus enormes muslos.

Pero es la manera en que me mira lo que hace que esa necesidad se agite dentro de mí. Trabajo su eje libre, deslizando mis dedos alrededor tan lejos como sea posible. Es grueso y ancho, suave como la seda y duro como el acero.

Su aliento se detiene por encima de mi cabeza, pero mi enfoque es más bajo. Lo quiero en mi boca, mi lengua deslizándose sobre esa piel cálida y tensa.

Lo bombeo una, dos veces, deleitándome con la forma en que tiembla sobre mí. Puede que esté enjaulado por su cuerpo, pero si el control era algo que buscaba, no creo que haya sentido la emoción más que en este momento.

Mi lengua recorre su piel, y es tan bueno que tarareo con placer mientras lo atraigo.

—George —se ahoga en algún en una combinación de placer y dolor.

Es más grande que los otros hombres con los que he estado. Más ancho y largo también. Nunca he sido una gran fanática de hacer mamadas, pero con Quinn, siento que el mundo se va a acabar si no me meto su polla en la boca. Si no lo saboreo. Siento cómo se frota contra mi lengua mientras lo tomo tan profundamente como puedo. Es cierto que no es muy profundo. Pero es suficiente tener su esencia salada en mi lengua, sentir la forma en que este beso lo hace temblar y estremecerse, y me da la sensación de que es el último intento de Quinn de aferrarse a algo de control.

Dios, hace tanto calor.

Vuelvo a tararear, y esta vez Quinn balancea sus caderas hacia atrás, soltándose de mi agarre con una maldición grave.

—No voy a durar —gruñe, hundiéndose de rodillas frente a mí. Atrayéndome de nuevo a sus brazos, de vuelta a su beso y la tempestad de necesidad entre nosotros.

Estamos volando juntos, mis bragas empapadas son la única barrera para la penetración.

—Te necesito —susurro mientras se desliza contra el punto de ceder entre mis piernas. Sé que necesitamos protección. Pero no puedo evitar presionarme un poco más en esa provocación.

Es demasiado.

Demasiado cerca de lo que ambos necesitamos.

Nos separamos, la respiración irregular.

—Estoy tomando la píldora. Dime que estás limpio —jadeo, quitándome las bragas para quedar desnuda.

Ojos salvajes arden sobre mí.

—Limpio. Uso siempre protección. Me hicieron pruebas hace dos semanas y… No he estado con nadie desde la noche que nos conocimos.

Está gateando sobre mí, pero pongo una mano en su pecho.

—¿La noche en el hospital?

Eso fue hace más de ocho meses.

Me da una mirada burlona.

—¿Hubo otra?

Eso es todo. El momento de decírselo. Porque si existe la posibilidad de que las cosas funcionen entre nosotros, él lo descubrirá.

Mi familia estaba allí.

Y la suya también.

Pero en lugar de responder, dándole la verdad que se merece, lo atraigo hacia un beso que habla de lo mucho que lo deseo. Que, aunque no estoy lista para confiarle nuestra historia, le confío mi cuerpo.

Esta vez, cuando se sube sobre mí, no hay nada entre nosotros. Sin dudarlo. Sus ojos se encuentran con los míos y empuja lentamente dentro de mí.

—Quinn —susurro, deslizando mis dedos por su mandíbula y labios mientras él llena mi cuerpo con el suyo. Y cuando está enterrado dentro de mí lo más profundo que puede ir… aguanto.

Esa desesperación frenética se siente como otra vida. Así en este momento es exactamente donde se supone que debemos estar.

—Te extrañé, *Georgeous* —murmura, moviéndose lentamente ahora.

—Yo también te extrañé. —En formas que no estoy lista para explicar, pero puedo sentir en un nivel casi molecular. Echaba de menos sentirme segura. Extrañaba sentir que podía entregarme a alguien por completo. Que podía permitirme querer a alguien sin que la sombra de la duda se colara. Y extrañaba la forma en que se sentía dejarse ir y enamorarme de este hombre.

—Se siente tan bien dentro de ti… nunca lo había tenido tan bien.

—Nunca —repito, pasando mis manos por su pecho y hombros. Deslizando mi rodilla por su costado. Necesitando tocarlo en todas partes.

Cada embestida medida es deliberada, haciéndome apretar y espasmos a su alrededor. Llevándome más cerca de ese lugar al que ambos necesitamos ir.

—Necesito sentir que te corres —gruñe, meciendo las caderas para encontrarse con la parte más profunda de mí.

—Estoy cerca —jadeo mientras empuja con más fuerza—. Como *eso*.

Lo hace una y otra vez, la presión aumenta a medida que mi cuerpo lo agarra con más fuerza con cada golpe más profundo.

No puedo ni respirar.

—¡Oh, Dios, *más*!

—Te doy cualquier cosa, Georgie. *Todo*.

Y lo hace.

Todo lo que tiene.

Su ingle besa mi clítoris con cada embestida alucinante. Y yo estoy allí, tambaleándome al borde.

—Siento como… te he estado esperando… por ti… desde siempre.

Oh, Dios, esa presión en mi corazón, es demasiado.

—No puedo…

Empuja dentro de mí de nuevo, meciéndose en esos puntos de contacto, sus ojos fijos en los míos. El significado más profundo se aclara entre nosotros cuando apoya su mano sobre mi corazón.

—Puedes.

Estoy cayendo. Cayendo como nunca lo he hecho antes. Ni siquiera hace todos esos años cuando nunca se me hubiera ocurrido que había algo que perder, que podría lastimarme.

Esta vez lo sé… y me dejo llevar de todos modos.

Gritando mi liberación, me aferro a él con mi cuerpo y mis manos, temblando por la oleada tras otra de implacable placer hasta que los músculos tensos a lo largo del cuello y los brazos de Quinn se destacan y sus ojos se encuentran con los míos. Él me sostiene. Susurra mi nombre como si fuera el principio y el final, y se derrama muy dentro de mí.

Es una intimidad que nunca había experimentado.

Otra primera vez.

Es increíble y aterrador al mismo tiempo. No porque crea que Quinn no está a salvo. En algún nivel, sé que nunca necesitaría

dudar de él de esa manera. Pero porque por primera vez desde que tengo memoria, tengo algo que perder.

19

Quinn

Estoy tratando de mantenerme tranquilo, evitando que mi sonrisa me rompa la mandíbula y recordar mirar la televisión al menos de vez en cuando.

Pero maldita sea, es difícil cuando tengo a George abrazada contra mí en mi cama. Está nadando en mis calzoncillos y camiseta mientras yo tengo puestos unos pantalones de dormir, con una mano jugando con las puntas de su cabello mientras ella juega con la otra. El momento es tranquilo y cómodo a un nivel que no podría haber imaginado con esta chica.

Se siente tan bien, es como si nos hubiéramos deslizado en un marco que habíamos construido en otra vida. Como si este lugar perfecto nos hubiera estado esperando todo este tiempo.

Dios, soy un idiota.

—¿Qué pasa con la risa? —pregunta George, mirándome por encima del hombro.

Me debato durante aproximadamente medio segundo si debo sincerarme, pero lo admito. Después de todo lo que costó conseguir a esta chica, de ninguna manera voy a arriesgarme por no ser sincero con ella.

—Normalmente no soy un tipo cosita, ¿de acuerdo?

Su ceja se desliza hacia arriba, y se mueve para estar más o menos acostada encima de mí, el documental de rock que hemos estado viendo olvidado en el fondo. *Dios*, tener sus ojos en mí así es como nada más.

—Está bien.

—Normalmente no me trago esa basura cuando la gente habla de vidas pasadas, ya sabes, pero la forma en que me siento cuando estoy contigo, es casi como si hubiéramos estado aquí antes. Esta conexión… es una *locura*. Así es como sé que esto está bien, que es real. Georgie, nunca había sido así para mí.

Esa hermosa sonrisa que era mía hace cinco segundos se tambalea y quiero patearme el trasero por no saber cuándo callarme.

—Pero tal vez es el cansancio después de estar de viaje, tal vez deberías ignorarme hasta después de que haya dormido un rato —bromeo o al menos hago el intento.

Pero entonces George se apoya en sus brazos y se inclina para presionar sus labios contra los míos. No es un beso picante destinado a distraerme y apaciguarme al mismo tiempo. Es tierno, dulce y persistente.

Y luego mete la cabeza en el hueco de mi cuello y me rodea con los brazos.

—También lo siento. Nunca es… yo… —Sacude un poco la cabeza en ese lugar que se siente como si hubiera sido hecho solo para ella, y su suave aliento acaricia mi piel—. Sólo me he sentido así contigo.

Tengo la sensación de que hay más, pero espero, acariciando su cabello y su espalda. Después de un rato siento el roce de su pulgar a mi lado.

—No he tenido muchos novios. Salgo un poco, no como tú, pero de vez en cuando —añade en voz baja, sin juzgar—. Pero no confío fácilmente.

En cualquier otro momento podría haberme burlado de ella, reído y dicho—: ¿Qué, *tú*? —Pero esta noche, la abrazo con más fuerza—. ¿Dime por qué?

Su agarre se vuelve infinitesimalmente más fuerte, y la forma en que su próximo aliento se rompe me hace apretar mi agarre también.

George no es una chica tranquila, es audaz, descarada, nerviosa y segura de sí misma en muchos sentidos. Pero lo que dice a continuación es apenas un susurro.

—Quiero decirte.

Pasan los segundos y con cada respiración suave que ella no se atreve a hacerlo, mi corazón se rompe un poco peor.

Alguien la lastimó.

Tal vez incluso la forma en que lastimé a alguien que le importaba.

—No tienes que decírmelo, George. No hasta que estés lista.

—Lo haré… Fue hace mucho tiempo… y una especie de… malentendido. Pero…

—Pero no estás lista. Oye… —Tomo su mejilla en mi palma e inclino su cabeza para poder mirarla a los ojos, y mi estómago se anuda ante las sombras de dolor y miedo en ellos—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Esto es solo el comienzo, lo sabes, ¿verdad?

Se queda quieta por un segundo y luego asiente, dándome un atisbo de la sonrisa sin la que me pregunto cómo he podido vivir.

—Sí, te creo.

20

George

—Oye, George, ¿vas a ver a ese banquero esta noche?

Miro desde la bicicleta que estoy terminando hasta Gary, que está tirando el candado de la puerta principal. —No, se supone que debo cuidar a los niños. ¿Por qué? —pregunto, siempre en guardia cuando uno de los chicos menciona —ese banquero—.

Supongo que es mejor que si tuviera hermanas: por lo que he visto con mis amigas, estarían exigiendo acceso a su perfil de Insta y detalles sobre cada aspecto de su vida. De ninguna manera lo habría hecho más de un mes con mi artimaña de —banquero—. ¿Pero estos chicos? Lo han mencionado una suma total de tres veces. ¿Y su nombre?

Él siempre será *ese banquero* para ellos.

O al menos lo hará hasta que me sincere. Lo cual haré. Eventualmente.

—Está bien, pero estás ocupada, ¿verdad? Entonces, si Diego pudo conseguir tres boletos VIP esta noche, ¿puedo tener el tuyo?

Mi cuñado, Diego, siempre recibe boletos en buenos lugares, y constantemente bromeamos con Pete acerca de que esa fue la razón por la que se casó con él. Pero lo que sea que haya logrado tener en sus manos esta noche no importa, ya que le prometí a mi prima que cuidaría a los niños la semana pasada.

Aun así, es tentador hacer trabajar a Gary un poco, decirle que tendrá que cuidar a los niños y que voy a salir, pero no puedo hacerlo.

Culpo a Quinn. Con la forma en que me ha estado manteniendo en los suspiros y las sonrisas cursi, he estado holgazaneando seriamente en darles a mis hermanos el tiempo difícil que se merecen.

—Que lo disfrutes.

Da toques como el idiota total que es y corre por la parte de atrás, ya ladrando en su teléfono.

—Estoy en… sí, le pregunté… vete a la mierda, idiota, lo hice… sí, vente de regreso. Estoy listo.

Riendo, saco el *Cutthroat Force 1* del estante. Lo giro entre mis dedos y actualizo el recibo. Un minuto después, escucho la puerta trasera de nuevo. Porque, por supuesto, mis hermanos son físicamente incapaces de irse como la gente normal. Por lo general, se necesitan tres intentos sólidos antes de que funcionen de verdad.

—¿Qué, no te llevarán sin una nota firmada renunciando a los derechos o algo así? —pregunto, mirando hacia arriba esperando encontrarme con un par de ojos molestos y beligerantes solo para encontrar…

—¡Oh, mierda! —grito, tropezando con el mostrador mientras todo el aire sale de mis pulmones y mi estómago cae cerca del sótano.

Quinn se lanza hacia adelante, con la disculpa grabada en las líneas de su rostro demasiado guapo.

—¡Perdón! Soy yo. —Es rápido con los pies, cruza el área de trabajo en un abrir y cerrar de ojos y me atrapa por el costado con una gran mano—. Nena, ¿estás bien?

Tal vez asiento, pero no puedo estar segura. Todo lo que sé es que apenas puedo respirar y estoy segura de que me voy a enfermar.

—Se supone que no deberías estar aquí —jadeo, buscando el espacio detrás de él.

¿Se cruzaron en el callejón?

Mira a su alrededor y luego me sonríe.

—No te preocupes, no había nadie en la parte de atrás. Y me aseguré de que estuvieras cerrado antes de venir. *Dios*, te asusté mucho.

Él no tiene idea.

—¿Estás seguro de que no había nadie ahí fuera?

Asiente y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Positivo.

Mis pulmones comienzan a trabajar de nuevo y me inclino hacia él, presionando mi cabeza contra su pecho por un minuto mientras me recupero.

—Sé que tienes esa cosa con tu prima esta noche, pero terminamos temprano en el hospital y con el partido fuera de casa mañana pensé que podría robarte unos minutos. Pero me siento como una mierda por asustarte.

Ambos tenemos agendas ocupadas, y el hecho de que él encontró una manera de pasar más tiempo conmigo de todos modos… es una tontería, pero significa mucho.

Todo lo que quiero hacer es enterrarme en sus brazos y dejar que me bese sin sentido… tan pronto como salgamos de aquí.

—¿Qué tal si tomas tu carro y yo limpio y tomo mis cosas arriba? —sugiero, revisando los mostradores mientras hago rodar la bicicleta hacia el portabicicletas contra la pared trasera—. Entonces podemos ir a tu casa. Tengo unos noventa minutos antes de que necesite irme.

—¿Qué? ¿Ni siquiera puedo ver tu apartamento? ¿Conocer a tus hermanos?

Parpadeo. Porque, por supuesto, no entiende por qué no puede reunirse con ellos. Todavía. ¿Pero en cuanto a ver mi lugar?

Lo he estado desanimando cada vez que pregunta acerca de venir. Pero tal vez esta es mi ventana.

—No, lo siento, el apartamento es un desastre y por lo general una puerta giratoria de locura con los chicos y sus amigos y, a veces, incluso las chicas con las que salen. Normalmente no traigo gente. Pero todos están fuera esta noche. Entonces, si crees que puedes mirar más allá de la decoración y los electrodomésticos originales de la década de los setenta, puedes venir.

Quién sabe cuándo habrá otra oportunidad como esta.

Él sonríe y toma mi mano.



Quinn

—Vaya. —Por lo general, cuando las personas hablan mal de su casa, están exagerando. Pero resulta que George es una chica de palabra. Este lugar está hecho un desastre.

—Te lo advertí —dice, cruzando el suelo de linóleo con dibujos amarillos y marrones en una cocina que ha visto días mejores.

La silla en el lado derecho de la mesa pequeña parece que el respaldo se mantiene unido con cinta adhesiva. Hay una papa en la superficie de la mesa de fórmica del tamaño aproximado de mi mano. En realidad, al gabinete sobre el fregadero le falta la puerta, pero una bisagra doblada todavía cuelga.

—Cariño —empiezo, pero luego veo el detector de humo colgando del techo, los cables arrancados, la carcasa rota… y ni siquiera tengo palabras para describir el lío.

Sus ojos se estrechan ante la carnicería y deja escapar un breve suspiro.

—Eso es nuevo.

—Empaca una maleta, *Georgeous*. Estoy hablando del tamaño de una bolsa de hockey. —Y ella es portera, por lo que la suya es aún más grande—. Te mudas conmigo.

Ella se ríe y se acerca a lo que resulta ser un armario, lleno con más papel higiénico del que he visto en mi vida. Focos. Extintor de incendios y un montón de otras cosas.

—Pensé que podríamos haber tenido un reemplazo aquí, pero tendré que conseguir uno de mi papá mañana.

Ella no lo entiende.

—Lo digo en serio. Y no solo porque tus hermanos son… esto…

—¿Idiotas descuidados?

—Por supuesto. —Estaba intentando algo menos insultante, pero ahora que he visto la marca que están dejando, literalmente, ya que hay un parche que aún se está secando en el yeso de la pared de la sala, no obtengo nada.

Tomando su mano, la tiro hacia mi pecho. Y cuando ella me mira con la sonrisa nerviosa que me pone duro cada vez que la veo, lo digo de nuevo.

—Múdate conmigo.

Ella parpadea, sus cejas se unen mientras su barbilla se echa hacia atrás.

—Quinn, eso es una locura. —Y luego se aparta de mis brazos y se adentra más en el apartamento hasta que llega a una puerta que supongo que es suya.

La sigo a una habitación que es tan totalmente George que no puedo evitar sonreír. Tiene pancartas de Wisconsin, carteles y talones de boletos de sus bandas favoritas. Una taza que parece estar hecha con una cadena de bicicleta llena de algunos bolígrafos. Y una variedad de palos de portero rotos y retirados montados en su pared junto a un tendedero con su equipo de portero colgado en él.

Me estoy excitando, pensando en todo esto llenando mi espacio.

—Cariño, podríamos tener una pared de palos de hockey para él y para ella.

Se quita la camiseta y la tira en el cesto de malla al lado del armario.

—Pregúntame de nuevo en dos años si todavía estamos juntos.

¿Si todavía estamos juntos?

Tal vez me enojaría un poco, excepto que estoy mirando a sus tetas perfectas cubiertas por nada más que un sostén sedoso de color púrpura mientras busca en un cajón de la cómoda repleto de camisetas. Mi mente vuelve automáticamente a los sonidos que hizo en mi oído la última vez que las vi. *Que jugué con ellas*.

Me acerco detrás de ella y deslizo mis manos sobre las caderas de sus jeans, hasta la piel desnuda de su cintura y costillas, luego la atraigo hacia mí mientras la ahueco sobre su sostén.

Hay un espejo sobre su tocador y estoy seriamente interesado en ver la expresión de su rostro mientras me observa amasarla a través de su sostén. Llevando mi boca a la concha de su oído, muerdo ligeramente.

—Vamos a estar juntos en dos años. Y es mejor que creas que vamos a estar más que viviendo juntos para entonces también.

—¿Tan seguro? —me desafía, pero puedo ver la sonrisa jugando en sus labios y escuchar la respiración entrecortada.

—Diablos, sí, lo estoy.

Ella se estremece, sus manos se envuelven flojamente alrededor de mis muñecas. No alejándome, solo sosteniéndome mientras la toco. Apretando y rellenando, jugando con sus pezones hasta que su respiración es tan irregular como la mía. Deslizando una mano por su vientre hasta el botón de sus jeans. Frotando sobre la parte superior de la mezclilla para ahuecar entre sus piernas, y luego deslizándome hacia arriba para sumergirse dentro.

Sus caderas se mecen en mi toque, dándome lo que quiero.

—Tan húmeda para mí, *Georgeous*.

Mordiéndose el labio, deja escapar ese pequeño maullido que me hace gemir contra su oído. Presionando mis caderas hacia adelante mientras ella se balancea hacia atrás.

—Voy a hacer que te corras. Justo así. —Deslizo un dedo dentro de ella y mis bolas se tensan cuando ella lo aprieta—. Y vamos a mirar juntos.

Oh sí, a ella le gusta este jueguecillo.

Nota mental: conseguir un espejo más grande para mi casa.

Estoy bombeando mi dedo dentro de ella, lento y firme. Frotando su punto dulce con la palma de mi mano.

—Te gusta verme tocarte, Georgie. ¿Quieres verme hacer que te corras?

Ese gemido. *Dios*, ella ya está cerca.

—O tal vez quieras ver más… —Capturando su pezón entre mis dedos, le doy un pequeño tirón y obtengo otro apretón más fuerte —. ¿Quieres ver cómo te follo?

—Quinn —jadea, su respiración se rompe y se queda atrapada.

—¿Debería quitarte los jeans? ¿Inclinarte sobre este tocador? —Y está bien, ella no es la única para la que funciona esta fantasía. Prácticamente puedo sentir su culo desnudo contra mí, mi rodilla abriendo sus muslos—. Y cuando empuje dentro de ti, desnudo, nada más que mi polla dura trabajando dentro de tu coño húmedo y resbaladizo…

Esa tensión creciente se rompe y ella grita, una vez, antes de que capture el resto con mi beso, casi humedeciendo mis propios jeans al sentirla correrse sobre mi mano. Lo haré como le describí, porque claramente le gustó, pero de regreso en mi casa, donde puede hacer todo el ruido que quiera y podemos pasar el resto de la noche enredados el uno con el otro. No cuando tiene menos de una hora antes de que necesite ir a cuidar a los niños de su prima.

Manteniendo mi brazo abrazando su parte media, deslizo mi otra mano libre de sus bragas.

—Eso fue tan…

—¿Ardiente? —digo lamiendo su dulzura de un dedo y luego del siguiente.

—Locamente ardiente —susurra, los ojos ya nublados por la necesidad. Y luego se está poniendo de puntillas, encontrándose conmigo para un beso que está empezando a quemarse fuera de control, cuando se desgarra, con los ojos muy abiertos—. ¿Escuchaste eso?

—¿Qué? —Porque no escucho nada más allá del latido de mi corazón y sus suaves gemidos.

Pero ahora lo hago.

El crujido de la madera y el repiqueteo de las llaves.

Ella pronuncia las palabras *mi padre* y luego pierde completamente la cabeza. Está fuera de mis brazos en un abrir y cerrar de ojos, tropezando con sus pies mientras me mira con pánico, gira en círculos y luego abre el armario, lleno de estantes, gira hacia la ventana y comienza a tirar de la manija.

Lo que me tiene empezando a enloquecer, porque

—Cariño, no voy a salir por la maldita ventana.

Ella agarra mi camiseta y tira de mí hacia el pasillo, pero al sonido de la puerta abriéndose me empuja hacia atrás.

—Relájate, déjame conocerlo. Debería haber conocido a este hombre hace un mes.

—¿Qué? —sisea tan bajo, pero con tanta fuerza que ni siquiera estoy seguro de cómo lo hizo—. ¿Vas a *estrecharle la mano*?

Está bien, ella tiene algo de razón. Pero aun así…

—Quinn, métete debajo de mi cama.

Estoy a punto de protestar porque tengo veintisiete años. Ambos somos adultos. Esto no es como el bachillerato cuando…

—Él te *matará*.

Y hay algo en la forma en que lo dice que me hace arrastrar mi cuerpo de ciento veinte kilos y uno noventa y cinco de altura hasta el suelo en el lado opuesto de su cama y meterme debajo.

—¿Papá? —gruñe—. ¿Eres, tú?

—¡George! —Una voz profunda y áspera resuena. Hay un murmullo de pasos pesados y tal vez un abrazo—. Pensé que estarías en ese concierto ya que los planes de Charlotte fracasaron.

—¿Qué? ¿Cuándo…?

—Dijo que pasó por la tienda a la hora del almuerzo. —Y luego se ríe con esa especie de risa de Kris Kringle que me hace preguntarme qué diablos estoy haciendo, escondiéndome debajo de esta cama—. Gary no te lo dijo, ¿eh?

—No, pero veo que te habló del detector de humo. ¿Por qué no me dejas eso a mí y yo me encargo?

Hay una especie de ruido áspero de burla y ya puedo decir que no voy a ir a ninguna parte porque él tampoco.

—*Papá*, sé cómo hacerlo.

—Sé que sabes cómo.

Algo se arrastra por el suelo y deja escapar un crujido metálico: ¿un taburete?

—Sabes hacer de todo. Apuesto a que tú eres la que… —su voz suena diferente, como si estuviera hablando con los brazos sobre la cabeza—. Que también parchó el yeso… Es por eso que obtendrás la Tienda y ellos se pondrán a trabajar para ti. Eres la única con algún sentido en la cabeza.

Hay un poco más de movimiento, pero no puedo decir qué es.

—La única en quien puedo confiar para tomar las decisiones correctas. —Hay un pitido y un clic y luego un paso pesado—. Listo.

—Gracias —dice George, y puedo escuchar la sonrisa en su voz. Al igual que pude escuchar lo orgulloso que está su padre de ella.

—Y ahora tienes toda la noche libre.

Si no fuera raro, gritaría mi propio agradecimiento porque *toda la noche* suena muy bien.

—Eso hago. —Y eso suena como otra sonrisa. Definitivamente estoy colado por esta chica.

Quiero conocer a su padre. Y así. Quiero mirarlo a los ojos y estrecharle la mano, cuando no iré directamente al infierno por ello. Y luego quiero ayudar a empacar las cosas de George y mudarla a mi casa. O un lugar que elijamos juntos si ella lo prefiere.

Pero antes de hacer nada de eso, quiero asegurarme de que sepa cómo me siento. No lo he estado escondiendo. Pero… en realidad tampoco lo he dicho.

No se lo he dicho a nadie.

Pero se lo diré a ella.

He perdido el rastro de la conversación entre George y su padre. Él está preguntando sobre los recibos y ella está tratando de responder lo más rápido que puede. Ojalá pudiera decirle que se tome su tiempo, que me gusta escucharla con su familia.

Pero su papá debe entenderlo porque entonces está dejando escapar una risa baja.

—Está bien, lo entiendo. De repente tienes una noche libre y sin que los chicos estén armando un lío. Algo me dice que ese banquero tuyo también está a punto de cambiar de planes.

¿Banquero?

¿Qué mierda?

21

George

Esto no está saliendo como tenía planeado.

Lista para vomitar, me giro tan sutilmente como puedo, medio esperando encontrar a Quinn saliendo de debajo de la cama para enfrentarme. Pero él no se mueve. No hace ningún sonido.

¿Por qué no le conté lo del banquero?

Porque no quería llamar más la atención de la necesaria sobre el tipo de reacción que mi familia tendría cuando saliera con él.

Y ahora escucha esto.

—Esto… papá…

—Espero conocerlo. Pronto. ¿Por qué no lo llevas a la cena de Acción de Gracias?

—Sobre el banquero.

—Lo sé. Te gusta. Incluso tus hermanos idiotas pueden decirlo. —Mi padre se inclina, tirando de mí hacia su gran pecho en forma de barril para uno de esos raros abrazos—. Relájate, chica. No lo voy a matar.

Es una linda fantasía, pero si mi padre alguna vez conoce a Quinn, de ninguna manera lo va a matar. Pero ese es un problema para otro día. ¿Ahora? Podría decirle que terminé con el banquero, pero entonces, ¿cómo explicaré que salí esta noche y todas las otras noches que no dormiré aquí? No lo haré. No, esto es el mal menor. Por ahora. Así que sonrío y asiento y espero que cuando llegue el momento, todas las personas con las que no he sido sincera me perdonen.

Afortunadamente, el teléfono de mi padre comienza a sonar, alguien de sus otros negocios lo llama y hace una serie complicada de gestos con las manos que no tengo idea de cómo descifrar. Todo lo que importa es que se dirige a la puerta recitando un montón de preguntas sobre un equipo en el lavado de carros.

Desesperada, vuelvo a mi habitación y, enferma de nervios y culpa, miro debajo de la cama.

—No es lo que piensas —susurro, no al cien por ciento, mi padre no volverá cuando termine su llamada.

Solo la mirada en los ojos de Quinn cuando sale me advierte que tengo problemas más grandes en mis manos. Porque este es una Quinn que nunca antes había visto. La tensión pulsa fuera de él mientras la rabia arde en sus ojos. Su mandíbula está apretada, y cuando alcanza su altura total, se siente como si su cuerpo se hubiera expandido de alguna manera para ocupar toda la habitación.

—Quinn, no es…

—Llámalo —grita entre dientes, su voz tan mortalmente baja que no estoy seguro de haberlo escuchado bien—. Toma tu teléfono, George, llama a ese hijo de puta ahora mismo y termínalo. Fin. No van a salir a tomar café o almorzar para que le expliques. Termínalo.

Estoy aturdida, ni siquiera puedo parpadear.

—Eres mía, George. No hablamos de exclusividad, pero *eres mía*. Siento que he estado esperando toda mi vida por ti. Y tal vez me convierte en un imbécil. Tal vez me convierte en un cavernícola. Pero no te voy a compartir con nadie. Esos otros hijos de puta tuvieron su oportunidad. Se la perdieron.

Este no es el tipo tranquilo con un flujo interminable de líneas de jugadores y un coqueteo implacable que ha estado sobre mí durante la mayor parte de este año. Este es alguien completamente diferente. Alguien agresivamente posesivo… de mí.

Y aunque estoy un poco avergonzada por la reacción que tengo ante esa mirada casi irrazonable en sus ojos, tengo que detener esto.

—Quinn, no hay nadie más.

—Así es, no lo hay —gruñe, empujándome contra la pared, sujetando mis caderas allí con sus manos—. No te iba a follar aquí… pero si no me estoy dentro de ti, voy a perder la cabeza.

El calor se derrama a través de mi centro cuando me abre la bragueta y me baja bruscamente los jeans y las bragas. Libero una pierna y pateo con la otra. Porque yo también necesito esto. Ver lo que incluso la idea de perderme le hace a él, no puedo soportarlo.

Alcanzo su cinturón, apenas liberando la tira antes de que me aparte las manos para hacerlo más rápido.

Su respiración es irregular, pero sus ojos nunca dejan los míos. Ni una sola vez. No cuando cree que hay otro hombre, no cuando me quita los pantalones, no cuando desabrocha los suyos. No cuando está gimiendo mientras empuja hacia adentro.

No hasta que está enterrado tan profundamente que apenas puedo respirar por lo llena que estoy de él. Y luego sus ojos se cierran y presiona su frente contra la mía.

—Por primera vez desde que tengo memoria, no siento que me falte algo.

Deslizo mis dedos en el cabello en la parte posterior de su cabeza, sosteniéndolo contra mí con una mano mientras tomo las líneas cinceladas de su mandíbula con la otra.

—No existe ese banquero. Lo inventé porque mis hermanos me sorprendieron preparándome para una cita *contigo*… y… no quería que se pusieran raros por lo que eres. —Necesito decirle la verdad, pero no esta noche. No después de lo que acaba de pasar.

Esta vez, cuando sus ojos se encuentran con los míos, es Quinn, *mi Quinn* mirándome.

—¿No existe el banquero?

—No —confieso en voz baja.

—Eres mía —responde, las palabras llenas de tanta emoción me tocan en lugares que nadie más puede alcanzar.

—Soy tuya.

La intensidad en sus ojos crece y su polla late dentro de mí.

—Dilo otra vez —murmura contra mis labios mientras comienza a moverse, su pesada polla se arrastra lentamente hacia atrás y luego empuja profundamente de nuevo, aún más lento.

—Soy tuya.

Otro empuje medido y está de vuelta en ese lugar que tensa mi cuerpo y me roba el aliento, amenazando con enviarme al borde con un solo empujón.

—Sólo tuya.

Otro. Más duro.

—No quiero a nadie como te quiero a ti.

Aún más duro. La presión, es demasiada y, sin embargo, estoy deslizando mi rodilla más alto a su lado, inclinando mis caderas contra las suyas. Empujando. Mi cuerpo pidiendo más.

—*Nunca*… he querido a nadie… Como te quiero a ti.

Su respiración se rompe y la desesperación en la forma en que me sostiene hace que me duela el corazón, me hace buscar su boca y besarlo con todo lo que tengo.

—¿Seguro que tus hermanos se han ido? —me pregunta, haciendo algo con sus caderas que me deja apenas capaz de asentir —. Bien. Porque estoy a punto de hacer que te corras con tanta fuerza que te oirán hasta el lago.

22

Quinn

De ninguna manera deberíamos haber perdido contra Nashville. Estamos alineados en la pista esperando para abordar el avión, la charla habitual como mínimo mientras todos repiten la mierda que salió mal en sus cabezas.

Demasiadas cagadas. Las líneas no estaban sincronizadas. Agrega a eso el golpe que recibió Baxter en el tercer periodo, y la cabeza de todos está en un mal lugar.

Quiero hablar con George.

No para quejarme de mierda de esta noche, sino para escuchar su voz y saber que algo va bien. Ya llevamos juntos casi dos meses, pero juro que parecen años. Hablamos todo el tiempo. Nos reímos como nunca me he reído con nadie más. Y tener a esta chica en mi cama… Maldita sea, no quiero que se vaya nunca.

Tarea difícil ya que ambos estamos muy ocupados, así que por ahora tomaré lo que pueda conseguir. Y como este es el día uno de otro consecutivo, no puedo conseguir esta noche. Demonios, probablemente ni siquiera podré hablar con ella hasta después de que aterricemos en Filadelfia. Mi chica está jugando su propio juego en este momento y saliendo con los chicos, sí, ella es la única chica del equipo, después. Así que las posibilidades de escuchar su voz ronca contándome sobre su día y cualquier mierda estúpida que sus hermanos hayan hecho son entre escasas y nulas.

Subo a bordo, pasando a Baxter en la parte delantera del avión hablando con uno de los chicos de medicina. Vassar tiene un asiento libre a su lado, pero antes de que llegue mi teléfono se enciende con una llamada.

Tengo alrededor de un segundo de pensar que es mi chica antes de que la cara de mi hermano aparezca en la pantalla y me meto en una fila abierta en lugar de regresar.

Patrick no llama para disparar la mierda. Llama cuando quiere algo. No estoy de humor, pero nunca lo estoy realmente. Demonios, vivimos en la misma ciudad y apenas nos vemos una vez al año, si es eso.

Armándome de valor, conecto la llamada.

—¿Hey, hombre, qué pasa?

—Partido duro esta noche, hermano. Te robaron. ¿Cómo está el brazo de Baxter después de ese golpe?

En realidad, no es que todo vaya de rositas, pero de ninguna manera le confiaré ese tipo de información a menos que esté listo para encontrar que los problemas de mi equipo se filtraron a cualquier pasquín que esté dispuesto a dejar a mi hermano con algunas facturas menos.

—Bien. Él está bien.

—Me alegra oírlo.

El silencio se filtra, inclino mi cabeza hacia el resto y pellizco mi nariz. Odio esta mierda. Él llama. Probablemente después de dinero o un favor o algo que no debería darle, pero cuatro de cada cinco veces lo haré… y luego me obliga a quitárselo.

Pero si salgo directamente y le pregunto qué es lo que busca, jugará como una parte lesionada y le llevará el doble de tiempo averiguarlo.

—Pat, estoy en el avión. ¿Necesitas algo más?

—Maldita sea, tranquilo, hombre. Sólo estaba viendo tu maldito juego pensando que había pasado un tiempo y quería ver cómo estaban las cosas.

Mierda.

No necesito que me haga sentir culpable. Conozco a este tipo. Pero él es mi hermano y aunque es un idiota egoísta con un sentido común como nunca había visto… necesito tratarlo como tal.

—Lo siento. Todavía adolorido por el partido, eso es todo. ¿Cómo has estado?

Y esto es lo que pasa con Pat. Puede que no me encante la sensación de que él me enfade, pero cuando está siendo él… el tipo tiene carisma saliendo de su trasero. A continuación, me cuenta sobre un par de chicos con los que sale y cómo estaba saliendo con

una modelo que solía salir con otra celebridad que no me importa. Pero me tiene riéndome de sus historias y sacudiendo la cabeza ante sus payasadas, y es exactamente lo que necesito.

—Hombre, odio decirlo, pero voy a tener que terminar la llamada muy pronto.

—No hay problema. Pero muy rápido, sé que no te convenció la propuesta original que te envié antes. Pero han pasado muchas cosas desde que hablamos, y…

—Pat —lo interrumpo, frustrado porque estamos volviendo a esto —. Lo siento. No es una buena inversión. Mi asesor hace esto para ganarse la vida y dijo que de ninguna manera.

Hay un latido de silencio cuando pienso que aquí es donde vamos a dejarlo, y me siento como una mierda, porque durante unos minutos fue realmente bueno hablar con él.

—Oye, hombre, olvida que lo mencioné, ¿de acuerdo? Dime algo sobre ti. ¿Qué estás haciendo estos días además de mantenerte alejado de las redes sociales?

Por supuesto que se daría cuenta. Y me alivia no dejar las cosas con una nota amarga. Solo Dios sabe cuánto tiempo pasará antes de que tenga la oportunidad de volver a hablar con él si se lo toma como algo personal.

—Conocí a una chica. Ella es bastante reservada y todavía es algo nuevo, por lo que estamos tranquilos por ahora.

—¿Tú? De ninguna manera.

Me río.

—Es verdad, hombre. Una mirada y lo supe.

—¿Supiste qué, que querías tener a quien follar?

Mis puños se aprietan, pero mantengo el nivel.

—Sabía que ella era *la elegida*.

Él gime, murmurando mi nombre.

—Por favor, no me digas que ya le diste el anillo.

—Aún no. —Pero solo porque no quiero asustarla. Ni siquiera me ha dejado conocer a su familia todavía—. Pongámoslo de esta manera. Podría haberlo sabido desde el principio, pero a George le tomó un poco más de tiempo darse cuenta.

Hay un latido de silencio. Luego,

—¿Cuál es su nombre?

—George. En realidad, es Georgia Bowen, pero nadie la llama Georgia. Hombre, ella era portera en Wisconsin. Cabello rojo, mucha personalidad. Esta chica tiene una ventaja que me atrapa en todas las mejores formas, pero por debajo… ella es suave.

—Todas son suaves, Quinn. Se llama coño.

Me enderezo, captando su cambio de tono.

—¿Cuál es tu problema?

—Esta jugadora de hockey pelirroja llamada George está jugando contigo, hombre.

Está bien, y ahora estoy enojado.

—¿Qué mierda? Ni siquiera la conoces. ¿Por qué diablos dices eso?

—Porque… sé cómo es tu cuenta bancaria, imbécil. Sabes que te quiero. Pero no eres exactamente material de novio de calidad. Lo que significa que esta chica está seriamente fuera de tu alcance y aún no se ha dado cuenta. Quiero decir, ¿tiene idea de cuántas chicas te has follado? Porque eventualmente, ella va a querer saber.

—¿O?

—O ella *no* está tan lejos de tu liga, pero te está usando. Y hermano, apostaría mi dinero a ello.

—Entonces perderías. Porque esta chica no está jugando conmigo. Ella no podía soportarme cuando nos conocimos. Ni siquiera me hablaba, porque…

No quiero decirle nada sobre George, pero al diablo. Al menos así retrocederá.

—¿Recuerdas México, ese viaje que hicimos en las vacaciones y la noche en que me desmayé? ¿La mujer?

—¿Es ella?

—No, gracias a Dios no. Pero esa chica es una de sus amigas. George me odió a primera vista, hombre. Y sí, esta chica definitivamente está fuera de mi liga. Ambos lo sabemos. Pero tenemos esta conexión, esta cosa entre nosotros que, no sé cómo describirlo, excepto que es real y es increíble.

Él no responde de inmediato, pero luego—: Si es así, me alegro por ti, hombre.

Todavía estoy irritado, no me gusta la idea de defender a George ante nadie. Especialmente ante él.

Tomo un respiro.

Él no la conoce. Eso es todo. Él no la conoce, y cree que todos se preocupan por sí mismos porque él es así.

—Mira, tengo que apagar el teléfono. Tómalo con calma.

—Tú también, hermano. Y perdón por dudar de esta chica. Eres mi hermanito. Supongo que todavía estoy cuidando de ti.

Sí, bueno, no lo necesito.

Guardo mi teléfono en el bolsillo y me dirijo de nuevo al asiento abierto junto a Vassar.

23

George

Estoy inclinada sobre el ordenador en la tienda, tratando de averiguar qué hizo mal mi hermano en este último pedido porque los números están completamente alterados. Ha estado nevando desde esta mañana, y aunque eso casi garantiza un día lento para la tienda, estoy abstraída en el silencio y el remolino de copos que pasa suavemente por las ventanas delanteras. Por ahora, de todos modos, se supone que se pondrá bastante desagradable más tarde.

Miro mi teléfono, algo que he estado haciendo más y más últimamente, esperando ver qué va a enviar Quinn a continuación.

Hace dos horas, envió un mensaje después de su reunión matutina con un video que que Vsev estaba compartiendo de este cachorro pug sobre un *Roomba*, con las patitas colgando detrás en el piso recién limpiado.

Este tipo es ridículo y me estoy enamorando más cada día.

Quinn ha mencionado conocer a mi familia un par de veces desde que estuvo a punto de pasar arriba, pero sigo posponiéndolo con una excusa endeble tras otra. No es justo que todavía no le haya dicho la verdad, pero cada vez que lo intento, empiezo a entrar en pánico. Tengo miedo de cómo va a reaccionar. Cómo reaccionará mi familia.

Pero es hora.

Suena el timbre de la puerta de la parte delantera de la tienda y levanto la vista, esperando saludar a algún cliente empedernido en busca de neumáticos con clavos de carburo para la nieve, pero una mirada a los ojos verde mar que tengo delante me tiene tropezando de mi taburete.

—¿Patrick? —Todavía se parecen, pero en los casi siete años desde la última vez que vi a este hombre, las diferencias se han vuelto más pronunciadas. Donde las características de Quinn son esta hermosa combinación de fuerza y equilibrio, las de su hermano

están un poco fuera de lugar. Los pómulos más angulares, una estructura más delgada en un marco más corto. Sus ojos son versiones desvaídas de lo real.

Se quita la gorra de béisbol y se pasa la mano por el cabello ralo.

—*Dios*, en realidad eres tú.

—¿Te acuerdas de mí? —jadeo, agarrando el mostrador frente a mí. ¿Qué está haciendo aquí? Sé que vive en la ciudad, pero Quinn dijo que apenas se hablan, se ven aún menos.

Quinn.

Mi estómago se retuerce. Oh, Dios, si Patrick está aquí, entonces Quinn lo sabe.

Él sabe de México. Y sabe que le oculté la verdad.

Lanzo una mirada de pánico a mi teléfono y lo tomo, sosteniéndolo cerca de mi pecho.

—¿Está enojado? —Me las arreglo para ahogarme. Con las manos temblorosas por la culpa y el miedo, trato de desbloquear mi teléfono. intentándolo de nuevo, solo que se cae al suelo.

—Enojado, ¿por qué estaría enojado? —Patrick se agacha y levanta el teléfono por mí. Presionándolo en mi mano, lo mantiene allí mientras nuestros ojos se encuentran y un escalofrío se desliza a través de mí. Él deja escapar una risa corta—. Y claro, te recuerdo. Algo difícil de olvidar, con ese cabello y un nombre como George.

—Pero… —Le dije a Quinn que no. Y por improbable que pareciera que ambos perderían los recuerdos de esa noche, supongo que una parte de mí esperaba que fuera cierto. Que había una mejor explicación que el hermano de Quinn que le mintió intencionalmente.

Porque *eso* es lo que esto significa, *¿verdad?*

Patrick se dirige al estante lleno de accesorios y toca una montura para cámara.

—No podía creerlo cuando me dijo que te había encontrado de nuevo. El destino es impredecible, ¿eh?

Mi cabeza se levanta. *¿Qué?*

Pasa a los cascos.

—Mira, Quinn me dijo que no mencionara el tema y que probablemente se volvería loco si supiera que vine a verte.

Mi corazón está acelerado y mis manos se sienten entumecidas. Estoy tratando de seguir lo que dice, pero no tiene sentido. ¿Quinn *no* sabe que Patrick está aquí?

—Pero si ha encontrado una manera de superar lo que sucedió en México y tal vez vamos a estar en la vida del otro por un tiempo, quería aclarar las cosas entre nosotros. Que sepas que siento mucho lo que pasó.

—Lo sientes… —¿Por no decirle a Quinn que me recordaba hace tantos años? Eso tiene que ser lo que quiere decir. O tal vez…

Suspira y me mira a los ojos.

—Los juegos que mi hermano estaba jugando en ese entonces estaban jodidos. Pero si te hace sentir mejor, creo que en realidad se sintió mal por ti. Después.

—¿Qué? —pregunto.

No es lo que parece. Es…

—¿Después de que se *desmayó*?

—¿De qué se desmayó? Mierda, no recuerdo eso. Quinn realmente no bebe mucho. Si se desmayó, no fue conmigo. Sólo sé que en el avión a casa el tipo no era él mismo. Dijo que podría haber llevado las cosas demasiado lejos esa vez.

Niego con la cabeza, las palabras que vienen hacia mí no tienen sentido.

Ese momento.

Los juegos que estaba jugando.

La tienda se siente como si se estuviera cerrando, las paredes pulsan a mi alrededor.

Si no se desmayó…

Si Patrick sabe quién soy…

Si Quinn estaba hablando de mí en el avión…

El dolor me atraviesa.

Entonces todo este tiempo Quinn ha estado jugando conmigo. Es un mentiroso que supo desde el principio quién era yo y ha estado fingiendo todo este tiempo.

Mis ojos se clavan en los de Patrick.

—¿Por qué?

La mirada que me da es comprensiva.

—Quién diablos sabe por qué. Tal vez es toda una vida en la que todo le resulta demasiado fácil. Necesitaba el desafío o algo así. Quería ver cuánto podía salirse con la suya. Cuantas chicas. Hasta dónde podía llevarlo.

Él se aclara la garganta para decir—: Pero bueno, tal vez esto signifique que finalmente está superando toda esa mierda. Diablos, ¿qué otra cosa *podría* significar? No quedan juegos para jugar entre ustedes, ¿verdad? Así que tal vez seas tú quien finalmente lo enderece. Sea lo que sea, me alegro de que se hayan encontrado de nuevo. ¿Y el resto es agua debajo del puente? —Patrick interviene y me da un abrazo mientras mis manos cuelgan inertes a mis costados —. George, no quiero que el tipo se enoje conmigo. ¿Te importa no mencionar que vine?

Asiento distraídamente en señal de acuerdo cuando él se va, mi mente aún se tambalea por tener cada uno de mis miedos, ansiedades y temores más profundos de los últimos siete años desenterrados con unas pocas palabras descuidadas. Una disculpa.

Me siento enferma. Abusada.

Enojada y herida.

Humillada. Otra vez. Porque si lo que dice Patrick es cierto, entonces he dejado que Quinn juegue conmigo de nuevo. *Lo invité* sirviéndome como la chica que estúpidamente piensa que tiene la sartén por el mango… haciéndome el desafío que él no pudo resistir.

No puedo respirar. No puedo respirar. No puedo respirar.

¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría dejar que sucediera de nuevo?

Pienso en Quinn. Sobre lo implacablemente que me perseguía, lo decidido que era.

No puede ser verdad.

Sobre esos meses antes de que lo dejara entrar, y los momentos en que su fachada de jugador se deslizaba y veía destellos del hombre haciéndose vulnerable a mí una y otra vez.

No podría haber sido un acto.

Pienso en las marcas de besos con pintalabios y niños chillando de alegría mientras Quinn patinaba con ellos. Sobre marcos de fotos en forma de corazón y testimonios de equipos. Sobre todas las

formas en que Quinn O'Brian le muestra a la gente cuánto le importan las acciones por encima de las palabras. Pienso en hablar con él hasta altas horas de la noche y en esos momentos en los que no dijimos nada. Pienso en lo mucho que luché contra él y en lo que me costó volver a confiar en él.

Y cómo una vez que lo hice… *supe* que estaba bien. Que era real.

Pienso en el hombre al que me permití amar y me doy cuenta con la certeza más profunda de que nunca haría las cosas que Patrick decía.

Nunca.

Oh, Dios. El dolor se apodera de mi vientre, doblándome.

¿Cómo pude haber creído a Patrick, incluso por un minuto? ¿Cómo podría haber escuchado?

Quinn se merece más. Se merece más que un hermano que es un mentiroso de la peor calaña y una novia apenas mejor. Porque ahora lo veo con una claridad repugnante. Todo este tiempo he tenido tanto miedo de volver a confiar, tan egoístamente preocupada por *protegerme*… cuando debería haber considerado lo que mis mentiras le harían a Quinn. Qué traicionado se va a sentir.

Una hora más tarde, todavía estoy de pie en el mismo lugar cuando Ross y Eli entran, pisoteando y dejando nieve por todo el piso, uno empujando al otro hasta que se dan cuenta de mí.

—Mierda, George. Te ves bien —comenta Ross, esquivando la llave de cabeza de Eli.

Asiento. Sacudo mi cabeza. Me rindo y encojo los hombros. No he dejado de pensar en qué decirle a Quinn desde que se fue su hermano. Cómo me explico, porque de repente todas esas justificaciones y racionalizaciones a las que me he estado aferrando durante los últimos meses parecen débiles excusas de cobardes.

Podría odiarme después de esto.

Otra mirada de preocupación pasa entre mis hermanos antes de que Eli se acerque y toque mi cabeza.

—¿Estás enferma?

—Sí.

—Ve arriba entonces. Toma una siesta o una ducha o algo. Yo me encargo de la tienda.

Ross agrega—: Pon un balde junto a tu cama.

Camino a través de mi tienda, a través del área de trabajo y doy la vuelta hacia el pasillo trasero y subo las escaleras hasta nuestro apartamento y regreso a mi habitación donde abro mi teléfono con manos temblorosas para ver de nuevo al pug en el *Roomba*.

Quinn tiene mucho corazón. Tiene que entender.



Quinn

—¿Quién se comió tu queso? —Rux me pregunta, subiéndose los pantalones.

Él está raro desde esta mañana cuando descubrimos que Greg no podía jugar esta noche; estoy seguro de que tenemos que agradecerle a Cammy Wesley por eso, ya que ella atendió su llamada mientras salían a almorzar. Pero el hecho de que no esté haciendo twerking o algo así dice que el tipo está preocupado por su centro. Vaughn, Rux y yo nos adaptamos bastante bien al hielo y hemos jugado así antes, pero joder dos líneas sólidas nunca es lo ideal.

Dicho esto, no son las líneas en mi cabeza.

—No tuve la oportunidad de hablar con George, eso es todo. También canceló a las chicas.

—¿Está enferma? Mierda, quiero rociarte con Lysol solo por mencionar su nombre. En ese momento —Él sacude la botella imaginaria y la agita a mi alrededor antes de volverse contra sí mismo—. Ninguno de nosotros puede darse el lujo de estar distraído esta noche.

—Ella no está enferma. —No creo—. Es extraño no hablar con ella antes del calentamiento. Te acostumbras a esas cosas bastante rápido.

Pasa una mano por su largo cabello y me mira con los ojos entrecerrados.

—Mierda. ¿Esta es una situación de la suerte del atleta? —Luego echa la cabeza hacia atrás y grita al techo—. ¡Vaughn!

—Dios, Rux, estoy aquí —gruñe Vassar desde mi otro lado, donde se ata los patines—. ¿Qué?

—Amigo, activa el árbol telefónico. Nat necesita darle una pista a George sobre el concepto de tomar una por el equipo. Quinn, necesita un… —Sus ojos cortaron los míos, tan malditamente intensos que estoy como un 90% seguro de que solo está jugando

—. ¿Qué, un mensaje de buena suerte, cosa sexy o hablar sucio por teléfono?

—Vete a la mierda, hombre. —Me río.

Él asiente, extiende su mano para un lado cinco, seguido de un choque de puños.

—Dame hasta después del partido. Entonces, listo. —Revoloteando sus dedos hacia mí, me guiña un ojo y me deja con la imagen desconcertante de hacia dónde se dirige esa mano.

Dios.

A George le encantaría esto. Pero mientras miro mi teléfono, no hay respuesta a mi mensaje de hace cuatro horas. No puedo quitarme la sensación de que algo anda mal.

24

George

Quinn llamó antes del partido como sabía que lo haría. Se ha convertido en parte de nuestra rutina y casi me mata dejar ir la llamada al buzón de voz. Pero no había forma de que pudiera hablar con él sin decirle que algo anda mal.

Así que esperé hasta que comenzó el partido y le envié un mensaje cuando supe que no podría devolver la llamada. Le deseé suerte y me disculpé por no contestar su llamada, escondiéndome en la excusa de un mal día, que al menos no era mentira. Y le pedí que me enviara un mensaje cuando aterrizara.

No me importa lo tarde que sea. Quinn necesita saber la verdad.

Por ahora estoy acurrucada en el sofá de la sala viendo a los *Slayers* pelear contra los Penguins. Quinn, Rux y Vaughn están jugando con el tipo de delicadeza que esperarías de jugadores que han estado emparejados durante años, mientras que Popov, Vsev y Hudson parecen estar aguantando a duras penas. Es el tipo de partido que debería tener toda mi atención, pero todo lo que puedo pensar es cómo debería haberle dicho la verdad desde el principio. Qué aterrorizada he estado de dejar ir este secreto y exponer esta última vulnerabilidad. Y cómo protegerme nunca podría valer la pena por el daño que mis mentiras le causarán a Quinn.

¿Y si no puede perdonarme?

Mi estómago se sacude ante la idea de perderlo.

Mi teléfono está explotando con mensajes de Nat, Margo, Cammy, Julia y Laurel. Están en casa de Nat esta noche, viendo el partido que tengo en mi computadora portátil, y aparentemente, algo está pasando con el ex de Cammy. Tendré que esperar para que me cuenten en otro momento, porque no sirvo para nadie así. No puedo dejar de pensar en Quinn. Y tan desesperadamente como necesito un hombro sobre el que llorar… Quinn merece saber la verdad antes de compartirla con ellas.

Un golpe suena en la puerta principal, y por un segundo irracional creo que podría ser él. Pero teniendo en cuenta que acaba de anotar una asistencia desde varios estados de distancia, es seguro que no lo es.

Mis piernas se sienten tan pesadas como mi corazón mientras camino hacia el frente y miro por la mirilla.

—Papá, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunto, abriendo la puerta de par en par para dejarlo entrar y luego sacudiendo la acumulación de nieve de sus hombros y cabello—. ¿Y qué pasa con eso de tocar a la puerta?

Se quita el abrigo y me entrega una bolsa de comida para llevar que, basada en el aroma embriagador de las especias griegas y la carne asada, tiene que ser del puesto de gyros de la calle. Mira la mesa de la cocina y niega con la cabeza antes de continuar hacia donde estoy sentada en el sofá. —Ehh, es hora de que empiece a recordar que esta es tu casa y no la mía.

—¿Te sientes bien? —pregunto, porque, ¿de dónde viene esto?

Me mira con los ojos en blanco, sus cejas pobladas empujando en los pliegues de su frente.

—Sí, George —dice pacientemente, dejando la bolsa en el suelo y sacando un bulto envuelto en papel de aluminio para mí—. ¿No puede un hombre traerle la cena a su hija favorita?

Mi boca se hace agua de inmediato, y me doy cuenta de que no he tomado nada más que una taza de café desde que me desperté esta mañana.

Mira la computadora portátil abierta donde las estadísticas de Quinn parpadean en la pantalla y sacude la cabeza con disgusto. Espero a que me pida que lo cambie y encuentre *The Big Bang Theory* o una de las otras comedias de situación que siempre lo tienen riéndose hasta tener un ataque de tos con la cara roja. Pero simplemente le da un bocado a la comida y observa en silencio a los *Slayers* tomar el control del juego.

Observamos en cómodo silencio durante un rato y cuando estoy lamiendo el último tzatziki de mi dedo, él asiente con aprobación.

—¿Mejor?

Asiento. Lo que significa más de lo que puedo explicar.

—¿Quieres hablar de eso?

—¿Qué? —pregunto, mirando alrededor en busca de otra servilleta.

—Tus hermanos dijeron que les dijiste que estabas enferma, pero ellos saben que no lo estás. —Él se recuesta en los cojines—. Me pidieron que me hiciera cargo de eso.

Realmente no sé qué decir. Es sorprendente que los chicos hayan notado algo así, pero la verdad es que son tipos inteligentes. Simplemente… no los más maduros. Pero eso explica por qué no he visto a ninguno de ellos desde que llegué aquí.

—Así que. —Pasa una mano por su pecho y luego hace una seña a la pantalla—. ¿Por qué estás mirando a este tipo? ¿Pasó algo con ese banquero, y ahora vuelves a castigarte por un error al confiar de nuevo en un pedazo de basura como él?

Mis ojos comienzan a mejorar, y mi respiración se convierte en pequeños hipidos que me hacen esconder mi rostro entre mis manos mientras mi papá envuelve un brazo alrededor de mí y me aprieta con fuerza.

—Papá, ese banquero nunca existió.

Quinn

Necesito verte

Eso es lo que George me envió en un mensaje la única noche que no puedo hacer nada para volver a ella. La fuerte nevada y el viento hicieron que no llegaran los vuelos, así que después de esperar por un largo rato, finalmente nos llevaron al hotel más cercano para dormir unas horas antes de salir temprano. Ella entiende sobre los compromisos de viaje y equipo, así que sé que no es eso. Pero todavía no he hablado con ella y algo al respecto se siente mal.

Lo suficiente como para que, en lugar de colapsar cuando finalmente llego a casa a las siete de la mañana y después de su duro día.

A las diez, he dormido durante una hora, me he dado una ducha e hice un mandado rápido. Cuento con poner una sonrisa en el rostro de mi chica. Las máquinas quitanieves ya han pasado, lo que hace que las carreteras sean transitables pero que los estacionamientos estén a reventar, así que tomo un Uber y me dirijo a la tienda.

Cambian el horario de trabajo en el invierno, pero está abierta ahora. Me detengo en el frente, balanceo la caja de barras de limón en mi mano antes de meter las flores que he comprado debajo de mi brazo. Mi pulso comienza a acelerarse como si estuviera esperando para saltar los paneles con dos minutos restantes en el reloj y un solo punto necesario para ganar.

Estoy haciendo lo correcto. Es posible que George no esté loca por la atención que atraigo en su tienda, pero tan temprano después de una tormenta de la que la mayoría de la ciudad no ha salido, confío en que el negocio sea lo suficientemente lento como para que una visita sorpresa no vaya a ser un problema.

No lo es. Hay un chico al teléfono detrás del mostrador cuando entro y la estación donde ella estaba trabajando la última vez está vacía. Espero que esté durmiendo hasta tarde, ya que sé que se

quedó despierta hasta tarde esperándome antes de que finalmente me enterara de que no íbamos a regresar anoche.

El chico detrás del mostrador parece familiar. Tiene que ser uno de sus hermanos. No creo que nadie trabaje aquí excepto los Bowens.

Cuelga, mira en mi dirección y…

—¡*Dios*, joder! —ladra, retrocediendo dos veces.

De acuerdo, esa no es realmente la reacción que obtengo de la mayoría de las personas. Las chicas tienden a entrar en mi espacio personal, prácticamente ronroneando mientras intentan frotarse sobre mí. Los tipos, diablos, puede haber un ladrido de sorpresa, pero generalmente va acompañado de un apretón de manos entusiasta o una sonrisa de oreja a oreja. Este tipo parece que está a punto de mearse encima.

—Lamento asustarte, hombre. Estoy buscando a George. ¿Ella está aquí?

Su barbilla se echa hacia atrás, su rostro cambia de incredulidad a… ¿hostilidad?

—¿Qué diablos quieres con mi hermana?

Entonces es un hermano. Y vaya.

—Somos amigos. Solo quería darle esto. —Me giro para mostrarle las flores y luego extiendo mi mano libre para saludar—. Quinn O'Brian.

Me quedo allí como un imbécil durante unos segundos hasta que su hermano, de nombre desconocido y modales idiotas, resopla y se cruza de brazos.

Mi mandíbula se aprieta. ¿Qué demonios? Quiero decir, está bien, *yo* sé que ella es demasiado buena para mí. Pero este gilipollas seguro que no.

—Mira, hombre, ¿está ella por aquí?

—George nunca sería tu amiga —se burla—. Ella te odia.

Parpadeo. Y luego hace clic. La razón por la que no he conocido a su padre. Por qué no quiere que vaya por la tienda. Por qué este tipo no me estrecha la mano.

Saben de su amiga de México. La que es como de la familia. O tal vez *incluso* es familia.

¿Por qué no me diría eso?

Estoy a punto de lanzarme a una seria humillación cuando un chico más joven en una bicicleta de truco salta por la parte de atrás y pierdo el hilo de mis pensamientos.

Este tipo, Dios, se parece tanto a George que es extraño, pero eso no es lo que me tiene boquiabierto y mi corazón se detiene. Conozco a este tipo… incluso siete años después, reconozco ese cuerpo desgarbado y ese diente faltante.

Todo sonrisa, mira hacia arriba y se cae de la parte trasera de la bicicleta, trepa al banco de trabajo y aparece agarrando una llave inglesa como su arma.

El hermano de George: vuelvo al tipo con el que he estado hablando, el que, incluso con la mitad de mi tamaño, parece que está a punto de despedazarme, y ahora lo veo, *sus hermanos son los pequeños punks que me atacaron en México*.

La siguiente respiración se siente como vidrio moviéndose a través de mis pulmones.

Porque si los hermanos de George fueron los chicos en México, entonces eso significa, George… *mi George*… era la chica.

La amiga que nunca existió.

Solo estaba la chica de la que estoy enamorado, que me odiaba a primera vista porque la lastimé tanto que después de siete años su corazón aún no había sanado. Y después de todos estos meses… todavía no me lo decía.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —el chico más joven grazna, Gary, creo, acercándose al lado de su hermano que ahora está pellizcando el puente de su nariz.

—Está buscando a George —dice Ross, tal vez. ¿Pero tal vez Eli? Pete no, no trabaja en la tienda. El chico me recibe con una mirada nivelada—. ¿O tal vez estás buscando algo más ahora?

Lentamente sacudiendo mi cabeza, empujo las flores y la caja en las manos del chico. Dice algo más, pero ya estoy saliendo por la puerta.

¿Por qué no me lo diría?

25

George

Ni en un millón de años, no habría esperado que mi padre fuera a quien recurriera en busca de consejos románticos. Especialmente no en lo que se refiere a Quinn O'Brian. Pero estaba en mi punto de quiebre anoche y cuando me atrajo para el abrazo que necesitaba más que nada… eso hizo que todo estallara dentro de mí.

Esperaba que se volviera loco.

Empezar a hablar de conocer a alguien que conoció a alguien.

Llamar a un par de mis tíos para manejar las cosas ellos mismos.

Pero la reacción que vi hace siete años no llegó.

En cambio, me preguntó si Quinn era el tipo de hombre que merecía mi confianza. Me preguntó la razón por la que no he hablado con él. Que es lo mismo que mi corazón me ha estado diciendo.

Hablamos sobre la confianza y el amor, y las diferencias entre ser inteligente y tener miedo. Hablamos de mi mamá. Cómo fue cuando la conoció y cómo fue después de que ella se fue. Hablamos de Quinn y de qué era lo que me impedía ir a lo seguro con él como lo he hecho con todos los demás hombres que he conocido. Me preguntó si estaba enamorada y me volvió a abrazar cuando le dije mi respuesta.

Y cuando se fue, me dijo que era hora de ser valiente y confiar en mi corazón.

No hay ningún mensaje nuevo de Quinn esta mañana, pero no importa porque ya he decidido ir a su casa y esperar a que llegue a casa. Debería haber llamado, pero no quiero hablar con él por teléfono. Quiero poder ver su rostro. Tocarlo.

Sólo Bobby me detiene en el momento en que entro en el vestíbulo. Quinn ya se ha ido.

¿Y si Patrick habló con él?

¿Y si intenta lo mismo con Quinn que había intentado conmigo?

Mi estómago se retuerce pensando en lo mucho peor que sería para Quinn saber que yo era la chica en México de otra persona.

Ahora estoy mirando mi teléfono como si lo hubiera hecho durante la mitad del viaje de regreso a la tienda. Mi pulgar se posa sobre el nombre de Quinn, pero mi mente está demasiado confusa para saber qué decir cuando responda.

Antes de que pueda darme cuenta, llego a la tienda y me quedo boquiabierta ante el cartel de cerrado que cuelga en la ventana.

—¿Por qué diablos estamos cerrados? —pregunto, caminando por la mitad esperando encontrar los restos de un incendio o un robo. En cambio, solo son Gary y Ross inclinados hacia el mostrador, uno en el taburete encorvado sobre una pila de migas, mientras que el otro se apoya en la caja registradora, lamiendo lo que parece azúcar en polvo de sus dedos.

No tengo tiempo para esto. Necesito averiguar qué le voy a decir a Quinn. Necesito *encontrarlo*.

Gary se quita las manos de los jeans.

—Volveremos a abrir en un minuto. Pero primero, ¿quién es este chico con el que estás saliendo de nuevo?

Una punzada de inquietud me sube por la nuca y cruzo los brazos a la defensiva.

Les voy a decir, pero no hasta que haya hablado con Quinn.

—Un tipo cualquiera. ¿Por qué, qué te importa?

—Un banquero, ¿verdad? —Ross interviene, con la boca hacia abajo en un ceño exagerado.

Definitivamente algo está pasando aquí.

—¿A qué te refieres?

Mi relación con mis hermanos es complicada. Son protectores y, a veces, tontos, pero en su mayor parte he sido el jefe de ellos desde que tenía unos diez años. Pero ahora mismo, por la forma en que me miran, uno pensaría que la policía me acaba de arrastrar a casa a las tres de la mañana.

—Sólo que estoy seguro de que pasó por aquí hoy.

Oh, Dios. ¿Él estuvo aquí?

—¿Qué quieres decir? —pregunto, mis manos comienzan a temblar. ¿Le dijeron algo? ¿Él ya lo sabe?

—Quiero decir que ese maldito idiota de las vacaciones estaba aquí buscándote. Hablando de cómo eran *amigos*. Ni siquiera nos reconoció hasta que un idiota salió de la trastienda y nos vio juntos.

—Por última vez, ¿cómo se suponía que iba a saber que estaba aquí? —Gary se queja.

Espera…

—¿Qué quieres decir con que te reconoció? ¿A *ustedes*?

Quinn me ha estado mirando a los ojos durante la mayor parte de dos meses, mirándome desde el otro lado de la habitación desde antes de eso. Y aparte de una sensación de familiaridad que no puede explicar, no hay reconocimiento. ¿Pero *estos tipos* los reconoció?

Gary se ve demasiado presumido para mi gusto.

—Supongo que causamos una impresión duradera al otro lado de la frontera —él dice, tocándose el puente de la nariz.

Pero no es hasta que Ross gime, diciéndole que se calle, que hace clic.

—Ay, Dios mío. ¿Ustedes son los tipos que lo golpearon?

Gary sonríe, mostrando esa brecha desdentada.

—De nada.

No.

Quinn estuvo aquí. Probablemente mientras estaba en su casa. Y ahora… lo sabe. Él tiene que.

Tiene que estar volviéndose loco.

—¿Te dijo algo?

Los chicos niegan con la cabeza. Gary agita una mano sobre los restos de algunos pasteles esparcidos sobre mi mostrador de servicio.

—Le dio una caja blanca a Ross y se fue.

Ross golpea un ramo de tallos contra mi pecho, y ante mi mirada inquisitiva, asiente hacia el cubo de la basura que está lleno de flores.

—Y estos también.

Sacudiendo la cabeza, empiezo hacia la parte de atrás. Necesito encontrar a Quinn. Explicarle. Si es que me deja.

Por favor, no me dejes esperar demasiado.

Subiendo las escaleras de dos en dos, miro el plato en mi mano. Es de su cocina. Todo lo que me trajo… lo *hizo* para mí.

—Supongo que les gustaron las barras de limón, pero las flores no tanto, ¿eh?

Mi cabeza se mueve hacia donde Quinn está sentado con la espalda contra la puerta de mi apartamento. Está vestido con jeans oscuros y una térmica con un chaleco negro abierto. Esa insinuación siempre presente de una sonrisa no se ve por ninguna parte y sus ojos han perdido su luz. Moviendo los brazos desde donde están descansando sobre sus rodillas abiertas, se pone de pie lentamente.

—Te estaba buscando —susurro.

Se pasa una mano por la cara y levanta su teléfono, la pantalla de mensajería abierta a mi nombre. Nada de mi.

—¿Sí?

Niego con la cabeza, odiando el dolor que veo en su rostro, que siento salir de él.

—Fui a tu apartamento.

Mira hacia otro lado.

—Algo de lo que necesitabas ocuparte en persona, ¿eh?

—*Quinn* —le suplico, acercándome más—. Lo siento. Debería haberte dicho. Hablé contigo antes. Pero yo…

—Eres la chica de *esa noche* —gruñe, con la voz llena de certeza y arrepentimiento—. México. Supongo que esto explica por qué no querías que conociera a tu familia. ¿Por qué pensaste que tu padre *realmente* podría matarme?

—¿Podemos entrar?

Él asiente y se para detrás de mí, sin tocarme, sin hablar mientras entramos. Dejo la caja y los tallos en la mesa de la cocina y me vuelvo hacia él.

—Lamento que mis hermanos hayan arruinado esto.

Camina hacia el fregadero lleno de tazones de cereal y mira por la ventana.

—Tenían una muy buena razón.

No lo habrían hecho si les hubiera dicho la verdad antes.

—¿Fueron los tipos que te atacaron en México?

—Como dije, tenían una razón para ello. —Él se da la vuelta, agarrando el mostrador detrás de él lo suficientemente fuerte como para que sus nudillos se pongan blancos—. Deberían haberlo hecho peor.

Doy un paso más cerca, mis manos se unen en un candado ansioso. Voy a preguntar Una vez. Y entonces nunca voy a necesitar preguntar de nuevo.

—¿Recuerdas esa noche? ¿Me recuerdas?

Renuncia a este sonido estrangulado, sus ojos se vuelven rojos.

—Recuerdo que eras virgen.

No puedo respirar. No puedo hacer un sonido. Pero luego ese pánico se desvanece, porque, aunque esto suena como una cosa… sé que no lo es.

Toma una respiración entrecortada.

—¿Lo eras, cierto? A la mañana siguiente… vi las sábanas.

Y ahí está. Conozco a este hombre.

—Sí.

Ahogando un ruido estrangulado, se empuja del fregadero y toma mis hombros en sus grandes manos.

—¿Por qué me dejarías acercarme a ti otra vez? Cariño, ¿cómo pudiste dejar que te tocara después de lo que hice? *Nunca debiste dejar que te tocara*.

Tomo aire y sacudo la cabeza con impotencia.

—No podía alejarme de ti. Yo quería. —Mi voz es apenas un susurro ahora—. Te odié por lo que pensé que habías hecho. Por cómo me sentí. Y… me odiaba a mí misma por no haberlo superado nunca. Solo quería poder dejarte atrás, dejar de comparar a todos los chicos que conocí contigo. Y pensé que tal vez, si cedía a ese tirón… pero en mis términos…

Cierra los ojos, emitiendo una risa sin humor.

—¿Si me usaras a mí, en lugar de que yo te use a ti?

—Pensé que finalmente sería capaz de seguir adelante.

El aire sale de sus pulmones en una fuga lenta y él inclina la cabeza.

—De eso se ha tratado esto. Me estás poniendo detrás de ti.

—Al principio. Pero Quinn, eso no fue lo que pasó. —Me acerco, pasando la palma de mi mano por un lado de su cara—. ¿Cómo podría, cuando no importa cuánto tiempo esperé que me mostraras al villano que rompió mi corazón cuando tenía veinte años… todo lo que vi fue al hombre del que me enamoré? El que creo que nunca superaré.

Sus ojos se encuentran con los míos, buscando respuestas.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que te amo. Y siento mucho no haberte dicho la verdad antes. Tenía demasiado miedo de permitirme confiar completamente en ti, y más tarde tenía demasiado miedo de perder…

Pero luego me besa con fuerza en la boca y luego suavemente, con fervor, en la frente y en las mejillas. Me está atrayendo hacia su cuerpo y sosteniéndome como si realmente no fuera capaz de dejarme ir. Y cuando lo hace…

—George, te amo mucho. Te juro que puedo ser ese chico del que te enamoraste.

Niego con la cabeza, pasando las yemas de los dedos por su boca, su mandíbula.

—*Te amo*. Veo a ese chico en ti, pero lo que eres para mí ahora es mucho más. No quiero a nadie más.

—Lo juro por Dios, traté de encontrarte. Averiguar quién eras. Si lo hubiera sabido, Georgie… —Sacude la cabeza, el dolor en sus ojos es fresco y crudo—. ¿Te imaginas cómo habría sido si te hubiera encontrado?

La primera lágrima se desliza por mi mejilla.

—Sí… —admito en voz baja. Lo he imaginado demasiadas veces para contarlo. Pero esta es la primera vez que siento que la pérdida de eso *podría haber sido* de esta manera… porque podría habernos dado lo que perdimos.

—Te vi —susurro, mi corazón se rompe de nuevo—. Al día siguiente.

Frunce el ceño y deja caerla cabeza hacia atrás.

—Se suponía que ibas a cenar con mi familia. Les había hablado de ti. Pero no viniste. Y después, cuando caminábamos de regreso a la habitación, pasamos por uno de los bares y ahí estabas tú. Me sentí tan aliviada que le señalé a mi familia. —Tomando un respiro, sigo adelante—. Estaba a punto de entrar corriendo y… y luego esta rubia se deslizó en tus brazos. Y en lugar de confrontarte por eso, estaba tan dolida, tan avergonzada… me escapé.

—Georgie, lo siento mucho. Pensé, que esa chica… Patrick dijo que habíamos estado saliendo el día anterior y pensé que tal vez era ella. Tardé menos de diez minutos en darme cuenta de que no era la indicada. Diez minutos y podría…

—No estabas saliendo con ella. —Pase lo que pase aquí, esto es algo que puedo darle a Quinn. Algo que necesita tener—. Nos conocimos cuando te encontraste conmigo en el puesto de helados justo después del almuerzo.

Sacude la cabeza, frunciendo el ceño.

—Yo no… Pero él dijo…

—Lo sé. Te creo, pero no creo que tu hermano esté siendo sincero contigo sobre ese viaje. Patrick estaba allí. Antes de que me acompañaras a casa esa noche, pasamos un rato juntos y él me hizo prometer que no te entretendría demasiado porque quería tomar una cerveza cuando regresaras. Lo que sea que te hizo perder la memoria sucedió después de eso, porque no tomamos ni una gota de alcohol en todo el tiempo que estuvimos juntos. —Tomo su mano en la mía, odiando lo que estoy a punto de decir—. Y Patrick definitivamente me recuerda.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Tomando una respiración profunda, lo miro a los ojos.

—Porque vino a la tienda ayer. Y Quinn, dijo que *tú* también te acordabas de mí.

26

Quinn

George y yo hablamos durante horas.

Fue desgarrador e injusto, y lo único que me ayudó fue tener mis brazos alrededor de ella mientras nuestro pasado finalmente salía a la luz. No sé cómo encontró la fe en mí para aguantar después de la mierda que hizo Patrick, pero gracias a Dios lo hizo.

Deslizando mis dedos por su cabello, me inclino para darle un beso que desearía que durara.

—Puedo hacer esto mañana. Podemos quedarnos aquí en tu habitación en esta pequeña cama que es tan angosta que tendrás que dormir encima de mí. Pedir comida a domicilio. Mirar…

—No. Has esperado lo suficiente para comprender lo que sucedió esa noche. Y quiero que podamos dejar esto atrás. Vamos. Habla con él. Estaré aquí cuando regreses.

Le doy otro beso y luego me obligo a irme. Ella está en lo correcto. Necesito entender qué pasó, y mientras George llenó los espacios en blanco más importantes, resulta que el gilipollas de mi hermano podría tener las respuestas para el resto.

Tardo tres llamadas en averiguar dónde está Patrick y diez minutos antes de que un carro me deje en el gimnasio donde está jugando baloncesto. Es una instalación de alto nivel, brillante y elegante, mucho más que lo que alcanza a pagar con su presupuesto. Lo que significa que empujó a alguien para que entrara o que está viviendo fuera de sus posibilidades. No sería la primera vez.

Está en medio de un juego, y ofrezco un saludo abreviado a los muchachos que se detienen mientras entro. Todos excepto mi hermano, que le quita la pelota de la mano a su amigo, llevándola a la cancha para un tiro y un punto barato que no me sorprende.

—Pat, ¿tienes un minuto?

Con las cejas levantadas, hace una mueca.

—¿Interrumpir un juego con mis muchachos? Debe ser serio.

Le doy un fuerte asentimiento, no queriendo entrar frente a los chicos, pero apenas aferrándome a la ira que crece dentro de mí.

Cuando se encuentra conmigo fuera de la cancha, me tiemblan las manos.

—Lo sabías —lo acuso, paseando a lo largo del corto corredor.

—¿Sabía qué? Amigo, me estás asustando.

Haciéndose el tonto. No tiene idea de lo cerca que estoy de perderlo.

—Sabías que era *ella*. George. Mentiste sobre eso y luego fuiste a buscarla y *mentiste sobre mí*. —Aspiro una bocanada de aire que no hace nada para calmarme.

Los ojos saltones de Pat. Y ya puedo escuchar lo que va a decir. Que él no sabe de lo que estoy hablando o estoy muy equivocado, pero no lo estoy. Y antes de que abra la boca, estoy de vuelta en su cara.

—¡Por qué *diablos* harías eso!

Su expresión se afloja y se tambalea un paso atrás, mirando hacia la puerta donde sus amigos han vuelto a jugar a la pelota.

—Mira, hermano, tenemos que hablar de esto. Pero no ahora. ¿Por qué no te encuentras conmigo en mi casa esta noche y te lo explico todo?

Cierto. Así que tiene tiempo para aclarar su historia.

—Sí, no sé en qué estaba pensando al interrumpir tu *partido de baloncesto* para descubrir por qué me mentiste sobre la mujer que amo.

—Pensé que te estaba ayudando —él dice, secándose el sudor de la cara con la parte posterior del brazo—. Estabas tan confundido esa noche, y ella parecía el tipo de chica que podría leer las cosas. A la mañana siguiente, cuando no te acordaste, supuse que era lo mejor.

Esto es demasiado.

—¿Así que esto era por mí?

—Siempre, hombre. Siempre. —La sinceridad está rezumando de él, pero lo conozco—. Ibas a convertirte en profesional y necesitabas

mantener la cabeza en el juego. Estabas tan cerca y todos habíamos estado apoyándote durante tanto tiempo.

—Entonces, ¿estabas pensando en mi carrera cuando me *drogaste* a mitad de temporada? —Es solo una corazonada, pero si no había estado bebiendo con George, seguro que no habría comenzado a tomar tragos con este imbécil.

Sus hombros caen y se aleja.

—Te juro que no sabía que te jodería así. Era una mierdecilla, eso pensé que era. Quería que te relajaras un poco. Disfrutar la fiesta. Diviértete un poco.

Quizás. Patrick es lo suficientemente tonto y egocéntrico como para hacer ese tipo de justificación, pero después de lidiar con su mezquino resentimiento hacia mí desde la primera vez que lo superé en el hielo, no estoy tan seguro.

—Entonces, ¿por qué mentir?

Levantando las manos, mira a su alrededor.

—¿Cuál es el maldito problema?

—¡Ella lo era! Y luego se fue como si nunca hubiera estado allí… excepto que he pasado los últimos siete años sintiendo que faltaba algo, tratando como el demonio de llenar un vacío que no podía empezar a entender. *Cuando estabas allí*. Sabías exactamente quién era ella y lo que perdí.

—Sí, una chica a la que te tiraste. ¿Cómo diablos se suponía que iba a saber que ella era algo más que eso? Te olvidaste de toda la noche y pensé, mejor para todos.

—¿Mejor para *ella*? —exijo, lista para poner mi puño en su rostro porque en este momento todo lo que puedo ver es el dolor que debe haber estado en ella.

—Quizás. Ibas a entrar en el *draft*, hombre. ¿Crees que ibas a tener tiempo para un pedazo de trasero de larga distancia?

Creo que habría tenido tiempo para George. Pero nunca lo sabremos.

Me inclino en su espacio, por una vez despreocupado de que mi tamaño intimide a alguien.

—¿Qué tal ahora mismo?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que vas a su casa y mintiéndole sobre lo sucedido. Acerca de mí. Me refiero a que eres un idiota tan egoísta que preferirías vernos destrozados y solos que admitir el hecho de que sabías quién era ella en México, que lo sabías todo. *¿Por qué?*

—Todo lo que sabía era que ella tenía todo el maldito derecho de odiarte. Supuse que ella buscaba venganza y traté de detenerlo antes de que terminaras casado.

Miro a mi hermano a los ojos.

—Mierda. Esto se debe a que eres un gilipollas celoso, demasiado perezoso para trabajar por la vida que quieres, demasiado egoísta para entender por qué no puedes tenerla de todos modos, demasiado egocéntrico para tolerar que alguien más obtenga lo que tú no puedes.

—Vete a la mierda, hombre.

—No, jódete. —Empiezo a alejarme, porque esto no va a ningún lado bueno. Sé lo que pasó. Y ahora solo quiero volver con George.

No doy tres pasos cuando dos manos aterrizan en mi espalda, empujándome.

—Tú tienes *todo*.

Me detengo, cerrando los ojos. Si retrocede ahora… Pero no.

—Ni siquiera tienes que *intentarlo*. Juegas un para ganarte la vida. Perras cayendo de rodillas rogando por pulir tu polla. Más dinero del que jamás podrías necesitar.

Otro empujón…

—Y aun así no ayudarás a tu hermano a levantarse. Muy bien, ¿sabes qué? Sí, tal vez en ese entonces pensé que era *hora* de que no te salieras con la tuya por una vez. Y diablos, ahora, sólo quería que te dejara antes de que esa perra…

Le doy justo en la barbilla antes de que pueda terminar. Y antes de que sus rodillas toquen el suelo, me voy. He terminado.

~

Esto es probablemente un error después de todo lo que sucedió hoy. Mis nervios están disparados, mis emociones crudas. Y más que

nada quiero volver arriba con George. Pero esto tiene que suceder.

Por segunda vez hoy, suena la campana antigua mientras entro en *The Bike Shop* y una vez más me encuentro cara a cara con los tipos responsables de mi primera fractura en la nariz.

—¿En serio, cabrones, se comieron toda esa caja de barritas de limón? Yo las hice. Desde cero para tu hermana.

Ross me da la actitud de brazos cruzados de nuevo.

—Pensé que ella no las querría.

Gary comienza un agarre lento y totalmente notorio de la llave inglesa a su lado.

—Pero estaban buenas.

—*Dios*. Déjalo —digo, quitando la llave inglesa y colocándola fuera de su alcance—. Mira, hay algo que necesito decirles, así que escuchen.

Me dan actitud coincidente y me río antes de continuar.

—Estoy enamorado de su hermana, ¿de acuerdo? Lo que pasó en México entre ella y yo es algo de lo que me arrepentiré por el resto de mi vida. Pero de alguna manera encontró en su corazón darme una segunda oportunidad, lo que significa que voy a pasar ese mismo tiempo compensándola.

Respiro hondo y me encuentro con sus ojos, uno y luego el otro.

—Aquí está la cosa, muchachos. Necesito que sepan que no estoy enojado ni guardo rencor por lo que hicieron. Vieron a un imbécil engreído faltarle el respeto a su hermana e hicieron algo al respecto. Y por mucho que me asaltaran por detrás y me rompieran la nariz, me alegro de que ella tuviera a alguien que se preocupara lo suficiente por ella para hacerlo.

Sus hermanos se enderezan, intercambiando una mirada demoníaca que me pone los pelos de punta.

Pero antes de que puedan poner en práctica cualquier idea que estén cocinando, George aparece detrás de ellos y los toma de las orejas.

—Pero si alguna vez vuelven a intentar esa mierda…

Sus manos están arriba, sus voces en alto.

—Él nos va a colgar de las pelotas a todos. Lo entendemos.

Inclinándose entre ellos, ella ronronea—: Él no lo hará. *Pero yo lo haré*.

Se ponen blancos como una sábana, murmurando que entienden mientras retroceden, dejándonos a George y a mí solos en la tienda. Ella rodea el mostrador y se mete en mis brazos, aferrándose a mí de una manera que se siente tan completa y correcta, que tengo que tragarme la emoción que despierta.

—¿Como te fue? —me pregunta, mirándome con preocupación en sus ojos.

Paso una mano por su cabello y respiro profundamente.

—Fue complicad. Quiero decir, tenía una idea bastante buena de lo que iba a escuchar, pero al final se perdió. —Me alegro de que ella no estuviera allí.

—Lo siento, Quinn. Sé que tiene que doler.

Acunando su mejilla en mi palma, inclino su cabeza hacia atrás para que pueda ver mis ojos.

—Lo que duele es saber cuánto *te lastimé*. Y sabiendo que nunca podré volver a ese día que tuvimos juntos.

Ella parpadea y se pellizca los labios entre los dientes.

—¿Qué?

Sus ojos se mueven hacia el mostrador todavía cubierto de azúcar en polvo y migas.

—¿Hay más de esas barras en tu casa?

Dejo escapar una risa corta que se siente condenadamente bien después de todo lo demás hoy.

—Hay una, y es tuya si vuelves conmigo.

—Es un trato. Déjame cerrar las cosas aquí abajo y podemos irnos.

Diez minutos más tarde, George y yo subimos las escaleras para tomar algunas cosas de su habitación, algunas más de las necesarias para una noche, y estoy sonriendo más que cuando me llamaron para integrarme a un equipo. Ella amenaza a sus hermanos con limpiar el desorden en la tienda y luego nos dirigimos de regreso a mi casa.

Cuando entramos en mi apartamento, tomo su mano.

—Hermoso, He estado pensando. Tal vez no deberíamos mudarnos juntos todavía. Siento que ya le he faltado el respeto a tu padre y a tu familia. Tal vez deberíamos esperar a la boda.

Ella tose, esos ojazos miel encontrándose con los míos.

—¿La boda?

—Sí. La boda. —La atraigo hacia mí, amando la sensación de su cuerpo contra el mío—. ¿Tienes algún problema con eso?

Sé por la amplitud de su sonrisa cuál es su respuesta antes de que la diga.

—No, ninguno.

Bueno. La esperaría para siempre si eso fuera necesario. Pero prefiero poner mi anillo en su dedo y hacerla mía en todos los sentidos tan pronto como sea humanamente posible.

—Apuesto a que podríamos lograr una dentro de un mes. Pero, de nuevo, no quiero cabrear a tu padre más de lo que ya lo he hecho. ¿Crees que con dos es suficiente?

—Creo que estás loco. Y te amo. Y podemos averiguar los planes de boda más tarde. Pero tampoco creo que vayas a tener el problema con mi padre que te preocupa.

Recuerdo la mirada de puro terror en sus ojos cuando me dijo, *él te matará*.

—Bueno.

—Y estás invitado a cenar en su casa el viernes. Él… esto… ya revisó tu horario de partidos.

—Genial. —Maldición, pensé que tendría más de dos días con esta mujer antes de salir a la luz. Pero si eso es lo que hay, me gusta.

—¿Qué tal esa barra de limón? —Me dirijo a la cocina, pero ella toma mi mano y me empuja hacia la sala.

—Luego. Lo compartiremos. Pero sentémonos un minuto primero.

Me acomodo en la esquina del sofá y George saca su teléfono antes de meterlo debajo de mi brazo.

—Sabes, la razón por la que no intercambiamos números fue porque dejaste caer tu teléfono en la piscina o algo así.

—De toda la mierda para recordar, recuerdo eso.

Ella se acurruca más cerca.

—Así que solo había un teléfono entre nosotros.

La miro, mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Georgie, ¿tienes fotos?

—Un par. —Se muerde el labio y me mira—. Solía odiarme a mí misma por no poder tirar esto. Por aferrarme a algo que no creía que fuera real. Pero ahora me alegro de haberlo hecho.

Pasando su teléfono a la vida, hace clic en un videoclip con palmeras en el fondo. Y mi corazón casi se detiene, porque ahí está ella. Georgie, mi Georgie, pero años más joven, su ondulado cabello rojo le caía hasta la mitad de la espalda. Su yo más joven me mira, riendo.

—¿Qué estás haciendo?

—Documentando este momento para nuestros nietos —digo fuera de la pantalla.

Pone los ojos en blanco, pero está encantada, adorable y sexy en ese pequeño top de ganchillo que tiene puesto.

—Georgeous, ¿vas a dejar que te bese de nuevo?

Y sonríe, empujándome hacia abajo para sentarme a su lado en la arena.

—No en cámara.

—Sólo uno. Puedes enviármelo para que tenga algo para entre visitas.

Su mano cubre la lente, pero no completamente. Y luego, después de unos segundos, desaparece, o tal vez es la cámara la que cae porque entonces el ángulo es diferente y estamos en la esquina de la pantalla, pero puedes ver nuestras caras. La de ella estaba algo aturdida por la sorpresa. Me estoy alejando, toda mi arrogancia se pierde en la mirada que le estoy dando a esta chica. Trago saliva y asiento solo un poco. Ella asiente también, una mirada en sus ojos que he comenzado a ver en esta última semana. Pero estaba allí hace siete años. Es inconfundible.

Amor.

Un yo más joven busca a tientas la cámara y la escena se corta. Me deslizo a través de las siguientes fotos. Georgie, mirándome y mis dedos jugando con un poco de su cabello. Una selfie de

nuestros yo más jóvenes completamente ajenos a lo que traería el día y los años siguientes.

Y luego yo. Otro videoclip, y estoy llenando la pantalla, inclinándome como si tuviera algún tipo de secreto que contar. Estoy mirando la lente y frotando mi mano sobre mi corazón. Y mi sonrisa. Dios, no puedo recordar la última vez que sonreí así. Como si viniera de lo más profundo de mí. Como si mi felicidad fuera tan completa que nada pudiera tocarla.

—Georgie, tu teléfono está casi sin batería, así que voy a decir esto rápidamente, para que no lo olvides. Una mirada a ti y lo supe… Encontré a la chica con la que me voy a casar.

Me río y me giro hacia George, que sonríe a mi lado. Sus ojos se llenaron de alegría en lugar de dolor.

—Así que este tipo se me adelantó, ¿eh?

Pasa un dedo por la pantalla y la cierra con ternura.

—No iba a obligarlo a hacerlo.

—¿No? —La pongo sobre mi regazo, así que está sentada a horcajadas sobre mí, sus rodillas en mis caderas, mis manos sobre las suyas. Más centrado en nuestro futuro que en nuestro pasado, pregunto—: ¿Qué hay de mí, *Georgeous*?

Ella arquea una ceja, dándome ese borde que amo tanto mientras me sonríe.

—¿Tú? Oh, eres mío ahora. Me aferraré a ti para siempre.

Eso funciona para mí. Porque nunca dejaré ir a esta chica.

—Te amo, cariño.

—Yo también te amo, Quinn. Con todo lo que tengo, sin mirar atrás. Soy tuya.

EPÍLOGO

George

—*Georgeous*, sé que estás cansada. Pero cariño, tenemos que levantarnos.

Ruedo sobre mi estómago, enterrándome profundamente debajo de nuestro edredón mullido.

—No estaría tan cansada si *alguien* no me hubiera mantenido despierta la mitad de la noche.

Hay un resoplido de risa desde el final de la cama, y agarro las sábanas, tratando de resistir.

No es mi primer rodeo.

Una áspera disculpa que no suena para nada sincera y un tirón firme más tarde, estoy riendo boca abajo en nuestra cama, nada más que un par de bragas y una camiseta sin mangas que me cubre. Bueno, eso y Quinn, que está trepando por la cama, su boca moviéndose sobre mis pantorrillas y la parte posterior de mis rodillas con besos hambrientos. Su lengua deslizándose por mi muslo.

—Cariño, sabes que quiero quedarme en la cama contigo todo el día. Pero de ninguna manera voy a llegar tarde al asado de tu padre.

Debería haber pensado en eso antes de todos los besos en las piernas, porque ahora quiero quedarme en la cama, pero por una razón completamente diferente. Inclinando mis caderas hacia su beso, me muerdo el labio inferior cuando me da ese gruñido de hombre al límite y agarra mis caderas.

—¿Crees que hoy es el día? —pregunto un poco sin aliento, amando la sensación de sus manos moviéndose sobre mí… su boca.

—Oh sí.

Han pasado seis meses desde que Quinn comenzó a pedirle la mano a mi padre; seis meses y trece negaciones. Y mientras Quinn sigue saliendo de su oficina con una sonrisa en el rostro y sin resentimientos, prometiéndome que se lo ganará la próxima vez… Me estoy impacientando.

A mi padre le agrada Quinn. Entiende lo que sucedió hace más de siete años y ha sido fundamental para garantizar que el resto de la familia recibiera a Quinn con los brazos abiertos.

Dice que soy su hijita y que quiere conocer mejor al hombre que pide mi mano antes de darme su bendición, lo cual es dulce… pero por regla general, los Bowen no lo son. Nuestra especie tiende a guardar rencores más tiempo del estrictamente necesario. Y tengo la sensación de que tal vez se está divirtiendo demasiado a expensas de mi novio.

Así que sí, probablemente deberíamos ir allí… Así puedo hablar con mi papá, antes de que alguien más lo haga.

Pero luego Quinn hace eso donde chupa la piel justo debajo de mi trasero y dejo escapar un gemido que ambos sabemos significa que la ventana para llegar a tiempo a casa de mi padre ya está cerrada.

Esas manos posesivas se aprietan, volteándome sobre mi espalda. Y luego, el hombre al que amo como si no supiera que era capaz me mira con sus hermosos ojos de héroe de Disney y una sonrisa que promete que llegar tarde valdrá la pena.

—Tienes que hacerlo rápido —le digo sin aliento mientras me quita las bragas.

—Dos para ti, uno para mí.

Pongo los ojos en blanco, riendo y luego gimiendo mientras empuja dentro de mí, llenándome con su cuerpo y su amor y todas las cosas que nunca pensé que serían mías. Y todo lo que puedo pensar es *sí* y *más* y *por favor* y *nunca te detengas* porque esta vida que encontramos juntos lo es todo, y nunca lo dejaré ir.



Quinn

Hoy es el día. Lo sé.

El señor Bowen está más cerca de romperse cada vez que le pregunto. Puedo verlo en sus ojos, sabe que la amo. Él sabe que estoy en esto a largo plazo. Y él sabe que nunca dejaré que sufra como lo hizo antes por mi culpa.

Pero este es su padre. Y por mucho que quiera casarme con George, hay una parte de mí que lo respeta aún más por hacerme retorcerme.

No continuará para siempre. Y lo que sea necesario para que se sienta bien acerca de poner su mano en la mía cuando llegue ese día… lo haré.

Pero de verdad, será hoy.

Estacionamos en la calle frente al bungalow de su padre en Peterson. Ayudo a George a salir del carro y agarro la caja de barritas de limón del asiento trasero.

¿Parezco sediento?

No hay duda de eso. ¿Qué me importa? No.

Uno de los tíos de George abre la puerta, el mismo que finalmente dejó de darme la mirada de muerte hace aproximadamente un mes. Hoy es todo sonrisas y palmadas en la espalda mientras media docena de niños menores de cinco años corren entre nuestras piernas y doblan la esquina, el último agarrando la mano de George y arrastrándola con él.

Esta familia es un caos colorido, hermoso y salvaje como la mujer de la que me he enamorado dos veces y me enamoro un poco más cada día que estamos juntos. Amo a esta familia. Incluso Ross, que está sentado en las escaleras delante de mí y me saluda con la mano.

Le doy un asentimiento cuando una de las tías pasa, dejando un beso en mi mejilla y batiendo las barras de limón en la parte de atrás.

Gary me entrega un bebé que me dice murmullos y me abofetea las mejillas mientras le hago cosquillas en la barriga, vaya, y que necesita urgentemente un cambio de pañal.

Gracias, hombre.

Para cuando encuentro a su papá en el caos, ya cambié un pañal, ayudé a mover una cómoda de la camioneta de un primo a la de otro y le prometí un partido de fútbol en el patio.

George está sonriendo junto a su padre, cuya sonrisa se desvanece cuando me ve.

Mierda.

—O'Brian. —Es como tratar de ganarse a George de nuevo, pero un día lograré que me llame Quinn—. ¿Tienes algo que quieras preguntarme hoy?

Apretando la mano de mi chica, asiento.

—Sí señor.

Dentro de su oficina, cierro la puerta y él se deja caer pesadamente en la gastada silla con ruedas detrás de un escritorio repleto de archivos.

Sé cómo va esto.

Comienza con algunas miradas intensas y un silencio incómodo y prolongado en el que me paro frente a su escritorio básicamente infiriendo todos los pensamientos de no-eres-digno-de-mi-niña que está pensando. Me pregunta si todavía me tomo a su hija tan en serio como antes. Le doy todas las razones por las que lo hago y siempre lo haré. Y luego me dice que no está listo, pero que le pregunte de nuevo en un par de semanas.

Y lo hago.

Aclarar. Repetir.

Y esa mirada dura que me llega desde un montón de carpetas manila dice que hoy será más de lo mismo. Está bien. Ya estoy viviendo el sueño. Tengo a mi chica. Somos un caminar, hablar, felices para siempre en acción.

El señor Bowen se aclara la garganta y yo pongo cara de póker.

—Está bien, hijo. Siéntate y muéstrame el anillo.

¡Felices para siempre en camino, nena!

~

¡Gracias por leer Slayers Hockey! Suscríbete a mi boletín para recibir enterarte de las rebajas, las novelas recién traducidas y mucho más: https://geni.us/boletin_miralynkelly

¿Listo para más diversión sexy con Slayers Hockey?

Cammy es mi mejor amiga. La única persona sin la que no puedo vivir. La chica con la sonrisa más radiante, la nevera llena y el niño más increíble que he conocido nunca. También es la madre soltera más sexy que he visto nunca y me he propuesto protegerla de tipos como yo. Y no voy a arriesgar nuestra amistad intentando algo más.

No puedo ser su amigo para siempre. No soy ese tipo de persona. Soy el chico divertido. El payaso de la clase. El jugador de hockey. Soy feliz por ahora, pero no para siempre.

Me mantengo al margen, pero cuando el ex de Cammy necesita una lección, mi parte impulsiva y sobreprotectora salta a la palestra y paso de ser su mejor amigo a su novio falso en el tiempo que dura un beso. Y eso es solo el principio. Porque cuando se trata de Cammy...

No hay nada que no haría por ella. **Incluso si eso me destruyera**.
https://geni.us/ConsueloPeligrosoMLK

OTRAS OBRAS DE MIRA LYN KELLY

SLAYERS HOCKEY

Secreto peligroso

Aventura peligrosa

Consuelo peligroso

Palabras peligrosas

Trato peligroso

Navidad peligrosa

Prometido peligroso

Defensor peligroso

Reto peligroso

Coqueteo peligroso

¡Cada semana se traducen más libros de Mira!

Suscríbete al boletín de Mira para acceder a escenas extra, recibir notificaciones cuando haya una nueva historia disponible y mucho más. https://geni.us/boletin_miralynkelly

ACERCA DEL AUTOR

Mira Lyn Kelly, una romántica empedernida, es una autora superventas cuyos libros han aparecido en la lista de los más vendidos de *USA TODAY*. Ha escrito más de veinte apasionadas historias de amor que han sido leídas por más de dos millones de lectores en todo el mundo.

Tras crecer en la zona de Chicago, se licenció en Bellas Artes por la Universidad Loyola. Mientras estudiaba en Roma, Italia, conoció al amor de su vida... solo para descubrir que había estado viviendo a la vuelta de la esquina durante años.

Mira pasó sus veinte años trabajando y divirtiéndose en la Ciudad del Viento, luego se mudó con su marido a la Bahía de California, donde tuvieron cuatro hijos maravillosos, y finalmente a la hermosa Minnesota, donde planea vivir el resto de sus días.

miralynkelly.com/espanol

